

FRANCISCO ZARAGOZA ESABRI

LA GENESIS DE LOS DIOSES MEJORES



Lectulandia

La génesis de los dioses menores es una novela que combina la ciencia-ficción con unas estudiadas y sutiles dosis de mitología, de astrología, de historia y de matemática. El resultado es un cóctel explosivo que se materializa en una historia fantástica que nos sorprende a todos sin excepción, y que a su vez, nos incita a una reflexión de resultados inquietantes.

La desaparición de un grupo de investigadores en el parque nacional estadounidense de Muir Woods, unido al descubrimiento de unos extraños signos en las milenarias y gigantescas secuoyas de dicho bosque, hacen que la policía federal recurra a Patrick Hastings para poder descifrar el significado de un dibujo formado por cinco círculos irregulares y a la vez perfectamente concéntricos que contienen varios símbolos en su interior.

Lectulandia

Francisco Zaragoza Esbrí

La génesis de los dioses menores

ePub r1.0

Banshee 26.12.13

Título original: *La génesis de los dioses menores*
Francisco Zaragoza Esbrí, 2009

Editor digital: Banshee
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

A mis dos dioses menores, mis hijos,
Francesc y Sergi.

*El mundo ya no es lo que siempre había
aparentado ser.*

*El tiempo se ha convertido en atemporal y la
materia ha alcanzado el preocupante calificativo de
ser intangible.*

*¿Qué sorpresas nos va a deparar el
futuro?*

*¿Existimos realmente o sólo somos el resultado
de un juego en manos desconocidas?*

Capítulo 1

100N, Arney Road, Woodburn, (OR).

El sol comenzaba a despuntar. Este hecho sin embargo, no pareció que le importara lo más mínimo. Él continuó caminando por aquella desconocida carretera que no aparentaba tener ni principio ni fin. Sacó la cartera de su bolsillo y comprobó que esta vez iba a tener un problema añadido. Un billete de veinte y otro de diez dólares no iban a darle mucho juego.

Divisó la gasolinera a lo lejos y dirigió sus pasos hacia ella. Aceleró el ritmo. No quería llegar tarde. Tenía información fidedigna de que el cambio de turno se realizaría a las siete en punto y lo que él tenía que hacer no admitía ninguna clase de interferencias. Necesitaba dinero con urgencia y tenía que conseguirlo lo más rápido posible.

Sintió frío. En un principio esta sensación no le molestó, sino todo lo contrario, pero ahora ya empezaba a crearle un dolor que también era nuevo para él. Instintivamente se frotó los brazos para entrar en calor.

Faltaban escasos tramos para que la manecilla grande apuntara verticalmente hacia abajo y él había aprendido que eso significaba que ya sólo le quedaba media hora.

El empleado de la gasolinera le vio acercarse pero no se sorprendió en demasía por el hecho de verle llegar andando. El mundo estaba lleno de excéntricos y de chiflados. Él a su edad ya lo había visto casi todo. Estaba totalmente curado de espantos.

El desconocido llegó hasta la protegida ventanilla de seguridad del establecimiento. El viejo empleado le saludó con una sonrisa acomodada a las circunstancias.

—¿Puedo hacer algo por usted?

—He tenido un accidente.

—¿En coche? ¿Dónde?

—En aquella dirección —contestó el forastero, señalándola con todo el brazo extendido.

—¿A qué distancia?

—A cuatro millas y ochocientas noventa y tres yardas.

—¿Cómo? —preguntó el empleado completamente extrañado por la exactitud con la que le había contestado el desconocido.

—A un poco más de cuatro millas y media —rectificó.

—¿Qué desea?

—Déjeme entrar.

—Eso no va a ser posible. Las normas no permiten abrir la puerta en el turno de

noche. Dígame lo que desea y yo se lo entregaré a través de la ventanilla. Tenga presente que está preparada para ello.

El visitante se rascó la nariz y retrocedió unos pasos. La totalidad del círculo solar era ya completamente visible por encima del horizonte. Miró a su reloj. Ya sólo faltaban once tramos para que la manecilla apuntara hacia arriba.

El dependiente no podía creer lo que estaba sucediendo. El forastero realizó un salto y entró a través de la puerta sin abrirla ni dañarla. Era un hecho totalmente inexplicable. No tenía que ser posible pero lo era. Tenía al desconocido a menos de dos metros, frente a él. Su primera reacción fue coger el arma, pero el forastero se lo impidió.

—No le va servir de nada —le dijo con voz serena—. Sólo necesito el dinero. Deme todo el que haya en la caja —añadió.

—No me haga daño —gritó el asustado dependiente mientras le hacía entrega de algo más de trescientos dólares.

—Eso sólo depende de usted —contestó el extraño atracador haciendo recuento de los billetes recibidos.

—¿Qué les voy a contar a mis jefes?

—La verdad. Siempre es mejor contar la verdad.

—No me van a creer.

—Me temo que va a ser como dice, pero este no es mi problema. Yo tengo una misión que cumplir.

—¿Cómo lo ha hecho?

—¿El qué?

—Entrar de ese modo. Atravesar el cristal sin romperlo.

—No ha sido nada difícil. Fíjese.

El desconocido se dirigió hacia la puerta y, cuando el empleado de la gasolinera quiso darse cuenta, el atracador ya estaba caminando por el exterior. Desapareció como había venido. Le vio caminar tras uno de los surtidores y después no volvió a verle nunca más.

Joss estaba todavía con la nariz pegada al cristal cuando llegaron sus dos compañeros, Dan y Steven. Eran los empleados del turno diurno de la mañana.

—¿Cómo ha ido todo, viejo? ¿Muchos clientes? —preguntó Dan.

—Me ha pasado algo extrañísimo —contestó Joss mientras descorría los cerrojos para abrirles la puerta.

—¿Por qué todo lo interesante les sucede sólo a los viejos? —exclamó Steven al tiempo que se quitaba el chaquetón de piel de vaca que llevaba desde hacía más de tres inviernos y se colocaba el uniforme acolchado con el logo de la «Texaco».

—Me han robado todo el dinero que había en la caja. Algo más de trescientos dólares —explicó ante la sorpresa de sus dos compañeros.

—Cuéntanos la verdad, Joss. Aquí no hay señales de lucha y la puerta está en perfecto estado. ¿Por qué has roto las normas? Sabes que no se puede abrir la puerta en el turno de noche.

—No la he abierto. Os juro que no lo he hecho. Os lo juro por lo que más queráis. Tenéis que creerme.

—Estás acabado, Joss —dijo Steven que había ido a comprobar el estado de la caja registradora.

—Esto no te lo van a perdonar —añadió Dan moviendo la cabeza de un lado para el otro.

—Tenéis que apoyar mi versión. Sin vuestro testimonio estoy perdido. Registradme. Comprobaréis que yo no tengo el dinero. Además, seguro que le habéis visto. Ha debido cruzarse con vosotros.

—Es inútil, Joss. No hemos visto a nadie y tú sabes que mientes. Tu coartada no se aguanta por ninguna parte. No te esfuerces. No podremos ayudarte cuando nos pregunten. Nos va nuestro empleo en ello. Sólo tú y el Señor sabéis lo que has hecho con el dinero. Aunque lo más probable es que se lo hayas entregado a través de la ventanilla a algún cómplice tuyo. No te das cuenta de que él ya habrá desaparecido con el dinero y que tú te vas a quedar con todo el marrón, pero sin empleo y sin pasta —terció Steven de nuevo.

—Él entró a través de los cristales. Yo me asusté mucho y le pedí que no me hiciera daño y él me hizo caso porque no me golpeó, ni siquiera me tocó el brazo —seguía explicando Joss, totalmente impermeable a las razones que acababa de esgrimir Steven.

—Nadie te va a creer.

—Eso mismo le dije yo a él.

—¿Hablaste con él?

—Sí.

—¿Te dijo quién era?

—No, sólo me dijo que necesitaba el dinero y yo se lo entregué.

—¡Por Dios! ¿Quién crees que pueda tragar con toda esta sarta de mentiras? —volvió a exclamar Dan.

—Es la pura verdad.

—¿Qué le vas a contar a Marianne cuando te despidan?

—La verdad. Él me dijo que siempre era mejor decir la verdad.

—No ha bebido —dijo Steven regresando del interior—. He comprobado y no hay botellas vacías a la vista.

—Las habrá escondido. No puede ser que se haya vuelto loco en una sola noche —apostilló Dan.

—No estoy loco. Él me dijo que había tenido un accidente. Llegó caminando.

Parecía que sentía el frío más de lo normal.

—¿Y por esto le dejaste entrar? Fue esto lo que sucedió, ¿verdad? Te engañó para que lo hicieras y luego te amenazó con un arma. No te pudiste defender porque te cogió por sorpresa. Esto al menos tiene una cierta coherencia y puede que alguien se apiade de ti.

—No sucedió como tú lo cuentas, Dan. Él entró y salió sin ninguna clase de problema. Atravesó la puerta. Ya te lo he dicho. Te aseguro que no puedo ser más claro. Esas cosas suceden, ¿sabes?

—Solo en tu cabeza, Joss. Definitivamente has debido perder el seso esta noche. ¡Pobre Marianne! Siempre ha sido una mujer muy desgraciada a tu lado. Ella no se merecía esto. ¿Por qué nunca le has dado ninguna alegría?

—Eso que dices no es cierto. Ella me entenderá. Ya veréis como ella me entenderá. Marianne nunca se me ha quejado de nada. No es como todos vosotros. Mi esposa es muy feliz a mi lado.

—Tenemos que llamar a la oficina y dar parte de lo sucedido. Será mejor que lo hagas tú, Steven —dijo Dan—. Yo no tengo valor para hacerlo porque será el fin de este tonto del culo.

—De acuerdo —admitió el más joven de los tres.

La llamada no duró más de tres minutos. Steven regresó junto a sus dos compañeros. Su cara hacía presagiar lo peor.

—Me han dicho que no te muevas, Joss. Me han pedido que te atemos si ello llega a ser necesario. Por favor, Joss, te ruego que no nos hagas pasar ese mal rato. No nos obligues a hacerlo. No tardarán más de cuarenta minutos en llegar.

—No padezcas, hoy no tengo prisa —respondió el viejo.

Joss Bernstein fue interrogado y posteriormente despedido de forma fulminante. De nada le sirvieron las extensas y completas explicaciones de todo lo sucedido. Ni sus jefes ni la policía le creyeron. Sus compañeros no pudieron ayudarle y ni siquiera lo intentaron porque era un caso perdido. Después, cuando él regresó a su casa en aquella fría mañana de aquel desapacible viernes 18 de febrero de 1994, se lo contó todo a su esposa. Marianne no le dijo nada. Ella no tenía por qué dudar de la versión de su marido. No lo había hecho nunca y tampoco iba a hacerlo en esta ocasión.

El suceso fue muy comentado por los vecinos de la pequeña comunidad en la que Marianne y Joss vivían. La mayoría de ellos opinaban que era una lástima que Marianne se hubiera enamorado de aquel lunático. Y casi nadie dudaba de que ella hubiera podido aspirar a alguien mucho mejor que Joss.

A los pocos días, la policía dio por cerrado un caso que en realidad no había llegado a abrir nunca. Todo se olvidó rápidamente hasta que tres meses después, en una soleada mañana del mes de mayo, alguien cayó en la cuenta de que Marianne y

Joss no estaban. Se pudo constatar que hacía varios días que nadie recordaba haberles visto. Parecía que habían desaparecido sin despedirse de nadie.

En un primer momento, el inesperado suceso conmocionó a sus convecinos. Días después, cuando su desaparición se confirmó de forma inapelable, se llegaron a desatar mil y una conjeturas acerca de lo que podía haber sucedido. Hubo quien se atrevió a relacionar su ausencia con el extraño episodio de la gasolinera. Otros muchos sin embargo, se decantaron por la posibilidad de un ataque de enajenación mental de Joss. Se revisó la casa y sus alrededores con el temor de encontrar la terrible confirmación de esos presagios, pero no se encontró ni rastro de ellos. Nadie les volvió a ver nunca más.

La policía local reabrió entonces el caso, pero volvió a cerrarlo de nuevo por falta de pruebas en las que poder basar una mínima investigación. Los agentes no pudieron recoger ni un solo testimonio fehaciente y veraz de lo acontecido. El registro minucioso que se hizo de la casa y de sus pertenencias no aclaró nada. Todo parecía continuar en su sitio. Dio la impresión de que se habían marchado sin haberse llevado ni siquiera un alfiler. Incluso la joya más preciada de Joss, su viejo Ford, continuaba reluciente en el desvencijado garaje de la casa. La manopla que solía utilizar el viejo para pasar y repasar el abrillantador estaba encima del parachoques delantero derecho. El volante estaba cubierto y protegido con su funda original y las herramientas no delataban ningún desorden, sino más bien todo lo contrario.

Solo un hecho mereció la atención policial. Fue el descubrimiento de un extraño dibujo (1) en el techo del salón principal de la casa. El grafismo estaba formado por cinco círculos irregulares pero perfectamente concéntricos que contenían unas indescifrables inscripciones dentro de cada una de las coronas. Eso hizo que la policía local contactara y pidiera la opinión de expertos en temas de simbología. Se fotografió el dibujo desde varios ángulos en busca de una explicación razonable, pero nadie pudo aclarar nada. Nadie pudo aportar ninguna información consistente. Pasadas algunas semanas, este hecho también volvió a perder fuerza y poco a poco cayó en el olvido.

Alguien sin embargo, en un pequeño laboratorio de la zona norte del condado, había fotocopiado el informe con el resultado analítico de la composición de la pintura de aquel techo. Lo había hecho con la firme intención de intentar averiguar algo más de lo que se había reflejado en el informe oficial.

Ese alguien sabía que el espectrógrafo de masas había ofrecido un valor imposible.



(1) Grafismo descubierto en el techo del salón principal de la casa del desaparecido Joss Bernstein.

Capítulo 2

Columbia St, Seattle, (WA), Abril de 2012.

Dorothy se sentía feliz. Estaba en paz consigo misma. A sus treinta y dos años había logrado su tan anhelada estabilidad. Estaba satisfecha con su trabajo aunque no disfrutaba de él. Pero, al fin y al cabo, se sentía a gusto y el sueldo, por otra parte, no era nada despreciable.

Eran las diez y cuarto de la mañana cuando se remangó las mangas de su jersey color fucsia hasta la mitad del antebrazo. No quería causar ningún estropicio con los cafés. Se miró al espejo. Su esbelta figura hacía que combinaran a la perfección el llamativo jersey con los pantalones de color negro. Unos zapatos a juego y el pañuelo azul celeste anudado al cuello acababan de completar, con cierto atrevimiento, el conjunto elegido para el día de hoy.

Dorothy sabía que, cuando entrase en la sala de juntas con la bandeja de los cafés, tendría sobre ella la mirada de varias parejas de ojos que la iban a repasar de arriba abajo.

Se colocó bien el sujetador y se amplió la abertura de la parte superior del jersey hasta dejarla caer por encima de un hombro. Las miradas directas a su escote no iban a escasear.

Con no poco trabajo, colocó la mano y la parte anterior del brazo izquierdo bajo la bandeja de los cafés. La levantó a peso y se dirigió hasta la doble puerta de madera de la Sala de Juntas. Golpeó con los nudillos de la mano derecha sobre la hoja izquierda de la puerta. No esperó permiso y entró. Al instante notó clavarse en su cuerpo trece pares de ojos que la desnudaron por completo.

Ignoró la circunstancia y repartió las humeantes tazas a los doce miembros del Consejo de Administración de la «Nature World Corporation». En último lugar, y siguiendo el estricto protocolo establecido, sirvió la taza de café al Presidente de la Empresa, el doctor Kevin Mullhouse. Fue a él, y de forma totalmente premeditada, a quien Dorothy ofreció la más completa y profunda visión de sus tetas. Acto seguido, se retiró sin haber abierto la boca y con la sensación de conocer a la perfección cuál era el nuevo objetivo de las miradas de aquellos hombres.

Salió y cerró la puerta con sigilo. Había superado con éxito la primera prueba. Sabía que como mínimo aún le quedaban otras tres, la de esta tarde y las dos de mañana.

Este era su cuarto año consecutivo y ella ya se había habituado a las circunstancias de estos actos. A su mente acudió el recuerdo de sorpresa y de pavor que sintió en la primera de aquellas ocasiones. Ahora, sin embargo, todo había sido muy distinto porque había disfrutado con su pequeña pero importante actuación. Recordó con satisfacción aquellas agradables palabras que le dirigió Mullhouse, dos

días después de su segundo Consejo, el del año 2010.

—Su presencia, señorita Shealton, ha sido lo único realmente reseñable de la Reunión del Consejo de este año. Muchísimas gracias.

Dorothy no supo qué contestarle en aquella ocasión. Desde aquel día había ensayado muchas veces una contestación con una respuesta válida e ingeniosa por si volvía a producirse un halago como aquel, pero ello no había sucedido en ninguna de las otras reuniones.

Sin embargo, Dorothy no desesperaba. Siempre defendía la idea de que ella le gustaba a Mullhouse. Basaba esta afirmación en el hecho de que él siempre la miraba de una forma especial y las mujeres entendían de esas cosas.

El doctor Mullhouse era su principal objetivo y ella no iba a desfallecer. Un cuarentón rico y apuesto con el cabello completamente canoso no podía ignorarse y a Dorothy tampoco se le había pasado por alto. Había reservado para la doble sesión de mañana su arma más infalible. Una falda corta y ajustada de color azul marino y una blusa semitransparente de color blanco. Esta combinación podía subir la tensión y provocar la explosión de algún globo ocular. Pero a Dorothy esto le daba lo mismo porque a ella sólo le interesaban dos de aquellos veintiséis ojos.

Dentro de la Sala de Juntas, la reunión continuaba debatiendo el Orden del Día establecido y ya le había llegado el turno a Carl Northon.

Carl, uno de los dos nuevos miembros del Consejo, se dirigió a la Presidencia, pidiendo permiso para exponer su informe.

—Doctor Mullhouse. Caballeros —dijo mirando al sillón presidencial, para luego extender su mirada al resto de componentes del Consejo.

Respiró un par de veces simulando poner en orden sus papeles y comenzó.

—Voy a presentarles un descubrimiento tan prodigioso como altamente preocupante. Me estoy refiriendo a uno de esos hallazgos que pueden cambiar el sentido de la historia de nuestro querido planeta Tierra. Lo que estoy a punto de referirles y mostrarles debe permanecer en secreto hasta que hayamos decidido el camino a seguir. He de informarles que debido a la gran importancia del tema en cuestión, este ya ha sido presentado con la debida anterioridad a nuestro Presidente —dijo volviendo la mirada hacia el aludido, obligándole a que este realizara un ligero asentimiento con la cabeza—. El doctor Mullhouse está de acuerdo en que el sistema de la votación tiene que ser por mayoría simple. Dado que somos un número impar de votantes, concretamente somos trece, no cabe la posibilidad de empate. En un tema considerado de importancia máxima, nuestros Estatutos no permiten que se pueda votar en blanco ni tampoco se contempla en ellos la abstención. Realizado este preceptivo preámbulo, voy a pasar a exponerles los resultados de mi informe.

Northon volvió a respirar hondo y continuó.

Hace unos diez meses fui comisionado para realizar un estudio sobre la evolución

del efecto de la fotosíntesis en los árboles de nuestro Parque Nacional de *Muir Woods*. Las milenarias secuoyas, desde su imponente grandeza, iban a prestarnos toda su antigüedad para poder conocer cómo había variado este proceso bioquímico a través de los siglos. Nuestra idea inicial era aprovechar los árboles que por alguna u otra razón habían sufrido daños. Ya saben ustedes, árboles que se habían visto alcanzados por algún rayo, o bien afectados por la caída de otros árboles o porque simplemente habían sido talados para la conservación del ecosistema. Mi equipo lo empezaron formando seis unidades a parte de mí mismo. Éramos cinco hombres y dos mujeres. Yo era con diferencia el más viejo de los siete. La edad del resto oscilaba entre los veintisiete y los treinta años. Todos estábamos muy entusiasmados ante la magnífica oportunidad científica que se nos presentaba. Para ello, disponíamos de los más modernos aparatos de medición y de análisis. La gran joya de nuestro equipo de pruebas era un simulador de la etapa que se conoce con el nombre de «fotofosforilación». Como ustedes saben, esta es la etapa en la que la energía lumínica se transforma en energía química y es el punto clave para desvelar qué sucedió con el exceso de oxígeno que liberaron estos espectaculares organismos autótrofos en los siglos que nos han precedido. Comenzamos trabajando muy duro. Ante nosotros se erigían unos testigos tan imponentes como silenciosos del paso de todos esos años. Nuestra jornada no bajaba de las quince horas diarias. Llegamos incluso a solicitar un permiso especial de acampada dentro del propio recinto del Parque para poder ampliar, de este modo, nuestra presencia activa. Nos lo denegaron, pero por otra parte nos autorizaron a establecer el cuartel general a poco más de un kilómetro y medio del confín del Parque. Era una zona perfecta que estaba aislada y protegida del paso de visitantes y vecinos. Los resultados se nos resistieron al principio y poco a poco fuimos perdiendo parte de nuestro ímpetu inicial. Yo sostengo la teoría de que era el propio estado de ansiedad, en el que nos encontrábamos todos sumidos, el que se nos transformaba automáticamente en un cierto desánimo al no ver que nuestros esfuerzos fructificaran en algo tangible. Habíamos basado toda nuestra investigación en el estudio de dos puntos esenciales. Por un lado, el análisis de los anillos de crecimiento y, por otro, el sistema de alimentación de esos colosos de la naturaleza. Sin embargo, la historia del mundo en el que vivimos nos demuestra que no hay que desesperar, aunque a veces nos cueste mucho no hacerlo. Una noche de finales de junio, cuando llevábamos casi tres meses de trabajo en el proyecto, nos cayó encima una de esas tormentas que ya hubiera querido el gran Alfred Hitchcock para sus películas. Aquella noche llegamos incluso a temer por nuestra integridad. Los rayos se cruzaban sobre nuestras cabezas y el ruido de los truenos nos dejó completamente sordos en varias ocasiones.

—Doctor Northon, le ruego que deje usted de relatarnos sus aventuras de *boyscout* y se circunscriba únicamente a las investigaciones —interrumpió Jeff

Robertson.

El Presidente Mullhouse salió rápidamente en defensa de Carl.

—Jeff, deja que Northon realice su presentación de forma libre. No le atosigues con tu impaciencia y escúchale con atención. Estoy seguro de que te gustará conocer los hechos que él nos va a relatar. Prosiga usted, Carl. Se lo ruego, por favor.

—Gracias, señor Presidente. Intentaré ceñirme al tema, señor Robertson. Aunque creo que, en este caso, es de suma importancia encuadrar al máximo todo lo sucedido en el marco y en las circunstancias que lo propiciaron. Lo cierto es que todo lo que hemos descubierto se lo debemos a aquella terrible tormenta que les estaba contando. El temporal amainó con la salida del alba y Mike Kingston decidió salir de inmediato a comprobar los daños que de buen seguro se habrían producido. Por la noche habíamos oído fuertes crujidos e imaginamos que algunos árboles habían sido alcanzados por rayos y que más de uno habría caído. Cuando Mike partió hacia el parque, Gina, la doctora Hartford, se unió a él y le acompañó. El resto nos quedamos intentando recomponer y minimizar los daños y el desorden sufridos en el campamento. Mike y Gina regresaron al cabo de dos horas y media. Tiritaban de frío pero sobre todo temblaban de emoción. Les oímos dar gritos de alegría al acercarse. Los dos estaban como locos. Yo personalmente no los había visto nunca en el estado de excitación que demostraban. Nos hicieron abandonar todo lo que estábamos haciendo y los siete salimos hacia el Parque. Los dos se miraban con complicidad pero no nos soltaron prenda de lo que habían visto. Nos dijeron que no querían influir en nuestra decisión. Querían comprobar que nosotros íbamos a llegar a la misma conclusión a la que ellos habían llegado.

Carl Northon hizo una mínima pausa para volver a coger aliento y proseguir con su relato.

—Sin embargo, al llegar al lugar donde ellos nos indicaron no vimos nada sobresaliente a excepción, claro está, de unos gigantescos destrozos que lamentamos profundamente. Es curioso ver como la obra que la Naturaleza ha tardado siglos en crear, ella misma es capaz de destruirla en pocas horas. El espectáculo que contemplamos nos dejó impávidos y lo del descubrimiento pasó a un segundo término. Mike y Gina debatían en privado lo que había podido suceder. El resto decidimos no insistir y dejarles hacer. Todos sabíamos que era lo mejor que podíamos hacer. De nada hubiera servido hacer lo contrario. Ellos mismos nos pidieron paciencia y nos solicitaron aplazar su explicación hasta poder repetir en la próxima madrugada la experiencia de esta misma mañana, en los mismos términos en los que se había producido. No había ninguna razón para negarse, ya que la ciencia tiene como base la repetición de las condiciones y de sus resultados obtenidos para poder dar por válido cualquier hallazgo. Por nuestra parte, sólo les pedimos poder acompañarles y ellos, naturalmente, nos contestaron afirmativamente. Invertimos el

resto del día en hacer inventario de los destrozos sufridos en nuestro pequeño campamento. La tensión flotaba en el ambiente y se acentuaba todavía más con el silencio. Durante la cena, echamos a suertes quién iba a quedarse de guardia en el campamento, porque sólo cuatro de nosotros cinco íbamos a salir en compañía de Gina y de Mike. El desafortunado vencedor de aquel sorteo en el que nadie quería ganar fue Ben Carraguer. Aquella noche nadie logró conciliar el sueño más de dos horas seguidas. Mike y Gina se levantaban y hacían continuos apartes para contrastar una y otra vez sus teorías. El resto de nosotros lo continuábamos aceptando con respeto. Todos éramos conscientes de la valía y de la capacidad que ambos habían demostrado en otras ocasiones. Además, en estos casos está demostrado que lo mejor es dejar madurar la fruta en el mismo árbol que la ha generado, y así lo hicimos.

Carl Northon sorbió un poco de agua. Aún no había comenzado con la parte más importante y significativa del informe pero ya había logrado su propósito con creces. Sabía que, en aquellos momentos, él retenía toda la atención de aquellos hombres. Incluso reparó en que Jeff Robertson había permanecido muy atento y completamente callado. Y eso era un hecho tan reseñable como inaudito.

Miró a la sala y se sintió satisfecho consigo mismo. En muchas ocasiones se había preguntado si sería capaz de lograr lo que acababa de conseguir. Se sonrió a sí mismo interiormente y retomó la palabra.

—Cuando empezó a clarear, ya estábamos listos y preparados. Salimos esperanzados en que iba ser nuestro día y así fue. En apenas veinte minutos llegamos a encontrarnos de nuevo frente a aquella zona del Parque que, en verdad, sólo podía transmitirnos pesar y desolación. Los daños nos parecieron todavía más impresionantes que el día anterior. Gina fue la primera en localizar lo que ellos dos estaban buscando. Rápidamente llamó a Mike y este hizo lo propio con nosotros. Acudimos hacia ellos y por fin pudimos contemplar lo que ellos habían mantenido en secreto desde el día anterior. Ante nosotros yacía un árbol que había sido derribado por un rayo. El árbol se había partido en dos pero lo había hecho de una forma muy peculiar y afortunada para nosotros. La secuoya se había resquebrajado en vertical. Había dejado un tronco ascendente, todavía enraizado, de más de quince metros de altura. La secuoya iba disminuyendo su sección a medida que se separaba del suelo. La forma en que se había roto simulaba el efecto de un gigantesco hachazo que lo hubiera rajado partiendo de un costado hacia el otro y siguiendo una imaginaria línea diagonal descendente. El objeto de todas nuestras miradas se centró en el trozo derribado. En él pudimos apreciar de forma clara una línea irregular de color negruzco que estaba situada siguiendo la división de uno de los primeros anillos de crecimiento. Era una línea seguida y no medía más de veinte centímetros. Mi primera sensación fue de desilusión porque había imaginado muchas hipótesis. Mike y Gina seguían entusiasmados. Les dije que podría tratarse de una malformación en ese

anillo de crecimiento. Me decanté por la posibilidad de una disfunción provocada en el *cambium* al verse afectado por un exceso de lignina. Mike no contestó. Gina en cambio, aceptó la explicación como posible pero improbable y rápidamente pidió a Mike que nos mostrase el resto de lo que ellos habían descubierto. Mike se separó un poco de aquel espléndido ejemplar. Mientras lo hacía, pensé en la paradoja del equilibrio biológico de nuestro mundo. Una maravilla de casi dos milenios había sido abatida en tan sólo un segundo. Me pregunté por qué e inmediatamente tuve la respuesta.

Carl Northon hizo una nueva e intencionada pausa para centrar la atención en lo que iba a contar a continuación.

—Mike nos hizo dirigir la mirada hacia una parte en la que la terrible presión soportada en el momento de la caída había desgajado la capa del anillo de crecimiento tintado con la línea negra. Una hilera de extraños signos colocados en vertical apareció ante nosotros. Se trataba de unos signos perfectamente definidos. Algunos de ellos se repetían y eran exactos entre sí y en cambio otros parecían ser el complemento que les faltaba. Brad Murray, nuestro antropólogo, sugirió que podría tratarse de la primera muestra de cultura de la zona. Sin embargo, Gina se encargó con celeridad de rebatir sus argumentos. La doctora Hartford apuntó que era del todo imposible que esos signos hubieran sido realizados por primitivas tribus locales. La tinta o la pintura empleada era fotosensible y eso escapaba a las posibilidades de cualquier aborigen que se hubiera paseado por esa zona catorce siglos antes que nosotros. El comentario destapó todas las inquietudes que hervían en silencio en el interior de cada uno de nosotros. La situación era tan excepcional que decidimos avisar por radio a Ben Carraguer para que abandonara el campamento y se uniera a nosotros. No teníamos ningún derecho a dejarle fuera de lo que se estaba cocinando allí. Sin embargo, cuando Ben llegó, las marcas ya no eran visibles. Los signos habían vuelto a desaparecer. Todo se había repetido exactamente como el día anterior. Se decidió no dejar el tronco de la secuoya sin vigilancia y decidimos montar guardia a su alrededor. Sabíamos que nadie podía llevarse un tronco de más de setenta metros de longitud y casi tres metros de diámetro, pero nos íbamos a sentir mucho mejor si no lo dejábamos solo. Mike y Gina se ofrecieron para hacer la primera de las guardias, Ben Carraguer y Brad Murray la segunda y cerrarían el círculo hasta el próximo amanecer, Tom Hatefield y Nelly Cole. Las discusiones siguieron en nuestro regreso al campamento y durante todo el resto del día. Se notaba claramente que algo había cambiado. El grupo había sido tocado por la varita de la Diosa de la Fortuna y eso se palpaba en el ambiente. Todos, en mayor o en menor medida, estábamos eufóricos y eso se nos transpiraba por los poros de la piel. El hecho de que las marcas que habíamos visto se hubieran comportado como extraños injertos que habían sido aceptados por la secuoya sin ningún rechazo, desconcertaba a más de uno de

nosotros. La antigüedad de las marcas era patente. Gina no se había equivocado. Las marcas habían sido grabadas sobre el árbol unos mil cuatrocientos años antes de que nosotros viniéramos al mundo.

La presentación sufrió una nueva interrupción. Fue Stephan Sohenstein, el miembro más veterano de todo el consejo, quien la realizó.

—Doctor Northon, es usted un pipiolo agradable y divertido. Con toda seguridad es usted una persona muy valiosa en su trabajo. Me pregunto si será usted capaz de acabar de relatar su historia antes de que el Señor me llame para hacerle eterna compañía. No creo que ya me quede mucho tiempo y usted lo está acaparando en demasía. ¿Podría usted ser más conciso y ceñirse a los hechos que realmente nos importan?

En esta ocasión el Presidente no salió en ayuda de Carl. Fue Dorothy la que le salvó de forma accidental cuando entró para anunciar que la comida estaba lista en la sala Blackberry del piso inferior.

Todo el mundo se levantó. Y también sin casi ninguna excepción, todos los miembros del Consejo visitaron los Servicios para aliviar y relajar sus maltrechas y delicadas próstatas. Carl Northon pasó por delante de Dorothy y le lanzó una mirada directa que hizo peligrar toda la fachada exterior de la secretaria. Una mirada como esas en el Instituto o en la Universidad, hubiera significado una clarísima petición de revolcón con derecho a cama. En la situación en la que ahora se encontraba, Dorothy no se atrevió a pensar que la interpretación que tenía que dar fuera exactamente la misma.

Mullhouse había dado las instrucciones precisas para que sentaran a Jeff Robertson a su izquierda y a Stephan Sohenstein a su derecha. Carl Northon había sido ubicado en el último asiento del ala izquierda de la mesa. El Presidente quería tener controlados a los dos zorros más viejos de la camada y también quería evitar que intentaran sonsacar información anticipada a Carl. Estaba satisfecho de la forma en la que Northon había llevado la exposición y también sabía con toda seguridad que en la sesión de tarde se destaparía la caja de los truenos.

La comida produjo el efecto deseado por Mullhouse, ya que sirvió para relajar los nervios y para crear los puentes y alianzas que el Presidente necesitaba para que la votación se decantara favorable a sus intereses.

Carl cumplió con su papel. Explicó con exquisita sutileza a sus compañeros de mesa más próximos, que el tema que estaba exponiendo era de capital importancia y les convenció de que todavía se tenía que profundizar mucho más en él, porque su desenlace distaba mucho de estar decidido. Con eso, daba por cumplida la misión que el Presidente le había encomendado. Este le había pedido que intentara asegurar los cinco votos de la parte final de la mesa. De esta forma, con su voto y con el de Mullhouse sumarían los siete votos necesarios para vencer en la votación.

Eran las tres y dieciocho minutos de la tarde cuando los trece se levantaron de la mesa. El Orden del Día señalaba a las quince horas y treinta minutos para su reanudación y establecía asimismo, las dieciocho horas cuarenta minutos como plazo de finalización.

Carl miró a Mullhouse y, sin dirigirle la palabra, le levantó el dedo pulgar de la mano derecha como signo de que las cosas durante la comida habían discurrido por los derroteros establecidos de una manera totalmente satisfactoria. El Presidente le contestó con un ligero y casi imperceptible movimiento de cabeza.

Los trece miembros del Consejo subieron a la planta superior y se acomodaron de nuevo en sus sillones. Carl reanudó su exposición.

—Durante la sesión de esta tarde voy a mostrarles unas imágenes de los primeros signos que descubrimos en aquel primer árbol derribado. Sin embargo, antes de hacerlo me veo obligado a referirles los extraños sucesos que nos ocurrieron cuando en la madrugada siguiente regresamos al lado de la secuoya que habíamos decidido custodiar. Los relevos de los turnos se habían realizado con toda normalidad y dábamos por descontado que íbamos a encontrar a unos impacientes Tom y Nelly después de más de siete horas de vigilancia. En esta ocasión, también habíamos decidido que no se quedara nadie de guardia en el campamento. La presencia de Ben Carraguer era más importante al lado de la secuoya milenaria que fregando platos en el campamento.

La frase final volvió a disparar la impaciencia de Sohenstein. Sin mirar ni siquiera a Carl, interrumpió la presentación y se dirigió a la Presidencia.

—Estimado Kevin. Quiero dejar constancia de que no estamos aquí para otorgar y calificar un trabajo de licenciatura de final de carrera. Todos aquí somos científicos y además representamos a una cantidad importante de Corporaciones públicas y privadas que nos pagan muy generosamente para que dediquemos todos nuestros esfuerzos a cosas más importantes que a escuchar las aventuras y desventuras de un grupo imberbe de recién licenciados que confunden el rigor de una investigación con el trabajo a destajo. No queremos conocer ni sus horarios de trabajo ni el de sus turnos de guardia. Francamente, eso nos trae sin cuidado. A nosotros tan sólo nos importa conocer sus descubrimientos para poder evaluar sus resultados. Esa y ninguna otra es nuestra misión y nuestra tarea.

Jeff Robertson no desaprovechó la ocasión para unirse a los fuegos artificiales que había montado su compañero Sohenstein.

—Supongo que se nos va a pedir que votemos antes de finalizar la jornada de hoy. Lo digo porque el Orden del Día de mañana no señala que se vaya a continuar con el tema que ahora mismo nos ocupa. Pues bien, si en verdad hoy tenemos que emitir nuestro voto, necesitaremos poder debatirlo antes con profundidad. Te ruego pues, que ya que tú estás al corriente del tema, le hagas la oportuna recomendación al

ponente para que se centre única y exclusivamente en los hechos científicos.

Mullhouse se levantó realizando un gesto conciliador. Conocía que las reticencias de los dos miembros más antiguos del Consejo tenían origen en el hecho de que él mismo ya conociera los hechos y ellos no.

Tanto Robertson como Sohenstein habían ostentado la Presidencia durante algunos años de las dos décadas anteriores y eso les otorgaba un estatus especial, ya que los Estatutos de la «Nature World» permitían seguir en el Consejo pero no en la Presidencia del mismo, una vez cumplidos los cincuenta y ocho años de edad.

—Caballeros —dijo mientras caminaba hacia la posición de Carl—. El tema que nos ocupa es de suma importancia. Reconozco que Northon está haciendo una exposición un tanto extensiva pero también creo que ello es absolutamente necesario. Por eso, ya les adelanto que los hechos que les han ido ocurriendo a los miembros del grupo investigador desde aquellos días de finales de junio, en los que descubrieron los signos en la secuoya de *Muir Woods*, se tienen que calificar cuanto menos de extraordinarios. Les pido paciencia a todos porque, aunque el Orden de Día de hoy tenga una hora señalada para finalizar la jornada, no vamos a salir de aquí hasta que se haya tomado una decisión después de haber votado. Mi secretaria está esperando instrucciones para ordenar la cena y también unos canapés para resistir la madrugada, si ello llegase a ser necesario.

Las palabras del Presidente actuaron como un bálsamo tranquilizador. Mullhouse volvió a su sillón y Northon retomó la exposición dispuesto a esgrimir todas sus armas con el fin de no verse interrumpido de nuevo.

—Nunca llegamos a encontrar a Tom y a Nelly —soltó Carl de golpe intentando detonar una imaginaria bomba de relojería para volver a recabar toda la atención sobre su persona—. Les buscamos arduamente pero no tuvimos éxito. Tuvimos que aceptar que desaparecieron aquella mañana. Efectuamos la pertinente denuncia a la Policía Forestal del Parque pero también les pedimos discreción. Nuestro patronato no quiere estar inmerso en debates infructuosos con la prensa. Una semana después localizamos la minúscula grabadora de Nelly. Ella siempre la llevaba encima. La utilizaba continuamente para recoger sus pensamientos, sus comentarios y sus inquietudes. La grabación que pudimos oír era intrascendente pero reflejaba claramente el entusiasmo de Nelly. Tan sólo la frase final que estaba grabada denotaba que algo excepcional había ocurrido. Para no influir ni tergiversar el tono original prefiero que ustedes mismos la oigan.

Carl abrió el portátil y lo conectó a los altavoces de la sala. Pidió silencio mientras seleccionaba el fichero y después pulsó la tecla *play* del reproductor digital que tenía en la pantalla. Un par de segundos después, una voz de mujer comenzó a oírse nítidamente a través de los altavoces.

—¡Corre Tom, esos dos viejos están en peligro! ¡Vamos, rápido!

Después, el silencio.

Carl hizo que la frase se repitiera cuatro veces. La voz denotaba una mezcla de sorpresa y de incredulidad pero el tono era desgarrador.

Después, otra vez el silencio.

Amos Williamson fue el primero en reaccionar. No en vano, su presencia en el Consejo se debía mitad por mitad a su doble condición de científico y de periodista.

—Doctor Northon —preguntó con voz tranquila—. ¿Cómo explicaría usted la desaparición de sus compañeros de una parte, y por la otra, la presencia de esos dos viejos en un lugar donde se supone que no podían estar?

—He escuchado la grabación más de cincuenta veces. Calculo que la frase que nos ocupa debió pronunciarse entre las tres treinta y las tres cuarenta y cinco, hora oeste, de la madrugada. A esas horas la oscuridad es total. Han pasado más de siete meses desde entonces y repetidamente todos hemos tratado de encontrar una explicación que satisficiera las dos preguntas que usted acaba de realizarme. En todo ese tiempo he ido construyendo una hipótesis que todavía no me atrevo a hacer pública. Precisamente esa es la razón por la que le pedí a nuestro Presidente que la reunión de hoy fuera sin límite de tiempo.

—¿Podemos ver esos signos que encontraron ustedes grabados en el tronco de la secuoya derribada? —preguntó Robert Sommersen que era el miembro que representaba las calidades de biólogo y de antropólogo.

—Con el permiso de la Presidencia me gustaría primero hacer un rápido recorrido por los acontecimientos. Después y con mucho gusto les proyectaré los primeros signos que encontramos grabados en la milenaria secuoya.

—Proceda Carl —admitió Mullhouse.

—De los siete miembros iniciales que formábamos parte del equipo de investigación, ya sólo quedamos dos. Sólo quedamos Gina y yo —dejó caer Northon de sopetón, ante la sorpresa general—. Todos los demás han ido desapareciendo en circunstancias poco explicables. En estos momentos, solo yo conozco el paradero de la doctora Hartford y por razones de seguridad, eso va a continuar siendo así —afirmó con un tono muy pesaroso en la voz—. Pero déjenme que continúe relatando los hechos que han sucedido desde entonces. Dos semanas después de haber perdido a Tom y a Nelly, nosotros todavía continuábamos creyendo que aparecerían. En base a este pensamiento, decidimos que cada día uno de nosotros permaneciese de guardia en el campamento. El que estaba de turno de guardia realizaba las labores de chófer. Eso significaba llevar a los otros cuatro miembros al Parque a primera hora de la

mañana y recogerlos por la tarde entre las seis y media y las siete. Todo funcionó a la perfección durante un mes pero un día en el que el turno correspondía a Ben Carraguer, este no vino a buscarnos. Intentamos contactar por radio pero todas nuestras tentativas fueron inútiles. Convencidos y temerosos de que algo serio le había ocurrido, regresamos a pie al campamento. Llegamos pasadas las diez de la noche y constatamos que Ben no estaba. Tampoco hemos vuelto a saber nunca más de él.

Carl Northon se llevó la mano a la boca y carraspeó. Pidió perdón y continuó.

Nuestro vehículo, el todo terreno, estaba allí con las puertas y las luces abiertas y consecuentemente también, estaba con la batería casi totalmente descargada. Intentamos varias veces ponerlo en marcha pero fue en vano. El terreno era demasiado irregular para poder conferir al vehículo la mínima inercia necesaria para arrancarlo por el viejo método que utilizaban nuestros abuelos. Aquel momento fue realmente duro. Sentimos frustración, desesperación, impotencia, incompreensión y también, por qué no reconocerlo, un miedo muy difícil de explicar. Nos encontrábamos solos e incomunicados. Estábamos en una zona aislada y prácticamente desconocida para el resto de la humanidad. Se suponía que estábamos allí investigando grandes cosas y la realidad es que no podíamos ni sabíamos explicar lo que nos estaba sucediendo a nosotros mismos. Al día siguiente dimos parte a la policía. Los agentes nos aconsejaron abandonar la investigación pero Brad Murray y Mike Kingston se negaron a ello en redondo. No quisieron ni valorar la posibilidad. Los hallazgos se iban produciendo lenta pero continuamente y Mike sostenía la idea de que todo lo que nos estaba sucediendo estaba perfectamente premeditado. Hace algo más de cinco meses, en Septiembre, Gina Hartford realizó un descubrimiento paralelo de vital importancia. Con la ayuda de los resultados analíticos de la pintura de la primera secuoya logró sintetizar un compuesto químico que estaba basado en los antígenos de la propia pintura. En un principio no supimos de la utilidad de aquella sustancia pero de nuevo la casualidad se alió con nosotros.

Jack Rainey, catedrático en bioética, no pudo menos que interrumpir al oír la penúltima frase de Northon.

—Hablar de antígenos significa hablar de materia viva. Lo que usted está insinuando puede que sea novedoso pero también es extremadamente peligroso si no se está del todo seguro.

—Contestare con mucho gusto a su comentario más tarde, doctor Rainey, permítame que ahora prosiga con el relato de los hechos sucedidos a los miembros de mi equipo. Unos hechos que han sido todos denunciados aunque hasta este momento ninguno de ellos haya tenido una explicación con una cierta consistencia. Actuábamos con mucha precaución. Nunca salíamos solos de forma individual. Siempre lo hacíamos como mínimo por parejas, aunque lo más normal es que

anduviéramos los cuatro juntos. Nuestro trabajo de campo se intensificó al quedar sólo cuatro. Brad empezó a cambiar de carácter. Le comenzamos a notar anormalmente inquieto y sobre todo dubitativo. Una noche de Noviembre nos acostamos como de costumbre pero, cuando nos levantamos al día siguiente, Brad ya no estaba con nosotros. En este caso en concreto, mi teoría se inclina más por una deserción que por otra misteriosa desaparición. Continuamos avanzando en nuestras investigaciones. Ninguno de nosotros tres quería dejarlo en el punto en el que nos encontrábamos. Seguimos con nuestro trabajo hasta la semana pasada en la que Mike también desapareció. Ocurrió cuando se separó un momento de nosotros con la intención de repetir unas fotografías.

Carl se paró durante un instante. Paul Lambert aprovechó el inciso para reconducir el espíritu del Consejo hacia su vertiente científica. Para ello pidió la palabra y Mullhouse se la concedió. Lambert comenzó diciendo.

—Después de la ardua e intensiva explicación del doctor Northon, me voy a permitir plantear si es aceptable asumir la desaparición de cinco personas sólo en aras de la ciencia. Todos sabemos que cualquier descubrimiento o investigación ha conllevado siempre riesgos desconocidos pero de eso a tener que cargar con cinco cadáveres, creo que la diferencia es muy notable.

—Creo que en ningún momento he hablado de muertes o de cadáveres en mi exposición —respondió Carl Northon—. Pero en cambio sigue usted afirmando que no puede darnos ninguna explicación aceptable, ¿me equivoco?

—Ya les he dicho hace algunos minutos que todavía no me atrevo a exponerles la hipótesis a la que he llegado. Ahora, si el presidente me autoriza, quisiera proceder y mostrarles el primer signo que descubrimos en aquella secuoya de la que ya les he hablado.

Carl volvió a escribir algunas órdenes en el teclado de su ordenador portátil. Acto seguido, conectó el proyector. Mullhouse se levantó ante la sorpresa e incredulidad general y atenuó la luz de la Sala de Juntas. Carl esperó a que el presidente tomara de nuevo asiento y pulso el *play* del visor. Una imagen apareció proyectada en la pantalla.

Con carácter casi inmediato, un murmullo de comentarios se apoderó de la Sala. De entre toda esta incontenible vorágine, una voz logró imponerse al resto. Evidentemente, era la voz de uno de los trece miembros del Consejo de la «Nature World Corporation».

Más que una voz, Carl tuvo la sensación de que sólo era un conjunto de gritos sesgados y matizados con expresiones desgarradas y descontroladas. Lo único que logró entenderse dentro del caos general, fue.

—¡Dios mío, esto no es posible! ¡No puede ser posible!

Capítulo 3

Mullhouse salió para comunicar a Dorothy que iban a tener que alargar el horario de la reunión. Eso no la sorprendió. Sin embargo, lo que sí que la dejó sin saber qué contestar, fue cuando el Presidente le ordenó que no entrara en la Sala de Juntas sin haber solicitado permiso antes por vía telefónica. Ella no supo cómo tenía que tomarse esa comunicación. ¿Es que ya no contaba con la confianza de la que siempre había disfrutado?

El Presidente regresó al interior de la sala de reuniones y ella se quedó con aquella cara de tonta que tanto odiaba de ella misma. Dorothy pensó, a título de inútil consuelo, que ella ya había advertido que algo raro estaba pasando esta vez. En ninguna de las otras ocasiones había oído los gritos que había podido escuchar esta tarde. Lo del día de hoy habían sido gritos y discusiones fuera de lugar. ¿Acaso no se trataba de una reunión de auténticos vividores, disfrazados de científicos, que jugaban a explicar sus intrascendentes investigaciones rebozándolas de pretendidos matices ecológicos para así poder enmascarar sus innegables pérdidas de tiempo y transformarlas en arduos trabajos en aras de salvaguardar y defender a toda la humanidad?

En el interior de la Sala de Juntas, un signo proyectado en la pantalla centraba toda la atención de los presentes. Hacía más de tres horas que se debatía y discutía sobre él.

Alan Miller estaba mucho más calmado. Su histérica postura inicial había virado hacia la incredulidad y de esta había pasado a un total rechazo. En estos momentos sostenía la opinión de que todo era una farsa.

Carl Northon se mantenía expectante. Todavía tenía guardado su as más preciado oculto en la manga. Casi no entraba en los debates que se habían creado espontáneamente entre los miembros del Consejo de la «NWC».

Mullhouse también estaba poco interesado en moderar el debate y en mantener el orden. Normalmente era un consumado purista en las reuniones. Él siempre luchaba para mantener una sola vía de discusión en los debates y sin embargo, en esta ocasión, dejaba que varias líneas de discusión se entrelazaran entre ellas. Podría decirse que incluso contribuía a que la reunión fuera un auténtico galimatías. Todo el mundo hablaba y nadie parecía escuchar a nadie.

El Presidente descolgó el teléfono y pronunció la frase mágica con la que iba a romper la dinámica de cómo se estaban desarrollando los acontecimientos en aquellos instantes.

—Señorita Shealton, ¿sería usted tan amable de traernos café y algunos dulces?

Dorothy tardó casi quince minutos en tenerlo todo preparado. Cuando las tazas estaban humeantes en la bandeja, llamó a Mullhouse y pidió permiso para entrar, tal y

como le había ordenado el propio Presidente.

Estaba enfadada y molesta y por eso decidió castigar a la concurrencia. Se colocó un broche que minimizaba su escote y entró.

Se propuso no realizar ninguna sonrisa mientras servía el café y lo cumplió. No hizo caso de nada y de nadie y salió por donde había entrado, apenas tres minutos después de haberlo hecho.

Los miembros del Consejo no habían interrumpido sus discusiones al contrario de lo que había previsto Mullhouse. Pero ella no les había prestado ninguna atención. Ahora mismo estaba sentada en su mesa y no recordaba nada de lo que aquellos fantoches habían pronunciado en su presencia. Bueno, exactamente no era del todo así. Un nombre se le había quedado grabado por lo raro que le había parecido. Aquellos hombres lo habían pronunciado hasta la saciedad. Ella, sin embargo, estaba segura de no haberlo oído nunca antes.

Puso en marcha el ordenador y se conectó a la red. No tenía nada que hacer. Su misión era esperar hasta que la avisaran de nuevo. Esta vez, ni siquiera le estaba permitido tomar iniciativas. No estaba dispuesta a aburrirse sin hacer nada. Entró en su buscador preferido y tecleó la palabra que tantas veces había oído repetir: «Asclepio».

En menos de medio segundo, la pantalla se le llenó de referencias a la palabra buscada. Eligió el enlace de una prestigiosa enciclopedia digital y pudo leer lo siguiente:

Según cuenta la mitología, Asclepio era hijo de Apolo y de la mortal Koronis o Corónide. Antes de convertirse en dios fue un héroe de Tesalia (la región más grande de la antigua Grecia). Existen varias versiones sobre el lugar y las circunstancias de su nacimiento. La más conocida es la que ha llegado a través de las narraciones del poeta griego Píndaro, donde narra los amores de Apolo con Corónide, hija del rey de Tesalia llamado Flegias. La unión de los amantes tuvo lugar en las orillas de la laguna Beobea, cerca de Lacerea, en Grecia. Apolo dejó embarazada a Corónide y regresó a Delfos, dejándola bajo la vigilancia de un cuervo blanco o corneja. En este tiempo Corónide tuvo relaciones con el mortal Isquis, hijo de Élato. La corneja voló hasta Apolo y le advirtió de los amoríos de Corónide. Apolo maldijo al animal condenándole a llevar en adelante el color negro en lugar del blanco y mató a Corónide y, antes de que la pira funeraria la incinerase, sacó de su vientre a la criatura, que después se convertiría en el dios Asclepio. Existen otras versiones en las que se dice que Apolo pidió a su hermana Artemisa la ejecución de esta muerte.

El joven Asclepio se mostró siempre muy habilidoso y dispuesto y llegó a

dominar el arte de la resurrección. Devolvió la vida a un gran número de personas importantes. De todas ellas cabe destacar a Hipólito, hijo de Teseo (el héroe del Ática). Asclepio practicó la medicina con gran éxito por lo que le levantaron santuarios en diversos puntos de Grecia.

El poder de resucitar a los muertos fue el motivo que indujo al dios Zeus para terminar con la vida de Asclepio. El dios Zeus no estaba muy conforme con la resurrección de los mortales pues temía que esto llegase a complicar el orden del mundo. Cuando Asclepio resucitó a Hipólito en Grecia, Zeus se enfadó muchísimo y mató a Asclepio con un rayo. En la «Iliada» ya se cita a dos hijos de Asclepio: Podalirio y Macaón, ambos médicos y pretendientes de Helena que participaron en la Guerra de Troya. En leyendas posteriores se habla de su esposa Epíone y de sus hijas Yaso (la curación), Higía (la salud, de ella ha derivado la palabra «higiene»), Panacea (la curación universal gracias a las plantas), Egle y Aceso.

Los atributos de Asclepio se representan con serpientes enrolladas en un bastón. La serpiente es el animal que encarna la vida tanto sobre la tierra como dentro de ella. Se cree que la familia de Hipócrates descendía de este dios. El santuario más famoso de Grecia dedicado a Asclepio fue el de Epidauro, en pleno corazón del Peloponeso.

El dios Asclepio tomó el nombre de Esculapio para los romanos.

La lectura le descubrió varias cosas que desconocía y también le hizo pensar en otras. La primera de estas últimas acudió a su mente sin que ella se lo propusiera. Ahora recordaba con claridad que la imagen que estaba proyectada en la pantalla era una especie de palo con dos serpientes enroscadas en él. La había visto mientras servía los cafés pero ella no le había hecho caso alguno.

—¿Qué es lo que estarán tramando esos desalmados? —se preguntó en silencio en su interior.

La respuesta le vino de forma inmediata.

—Habrán encontrado una nueva forma de perder el tiempo con esas paparruchas de historias sobre dioses que ya nadie se cree —se dijo.

En el interior de la Sala de Juntas la realidad era muy distinta. Kevin Mullhouse sonreía mientras Jeff Robertson se afanaba en convencer a la mayoría de que la votación tenía que ser realizada por temas. Stephan Sohenstein opinaba todo lo contrario. Quería conocer el resto de la exposición de Northon antes de pronunciarse. Las pretendidas alianzas que se habían pactado durante la comida se habían derrumbado por completo y eso comportaba un cierto peligro para el resultado de la

votación.

El Presidente actuó de oficio en la ostentación de su cargo y ordenó que se realizara una ronda de opiniones en orden inverso a la antigüedad de los miembros. De esta forma dejaba callados a Robertson y Sohenstein hasta el final y les reducía ostensiblemente su influencia ya que los demás podrían expresarse sin estar condicionados por las opiniones de los dos *sancta sanctorum* principales.

El primer turno de palabra correspondió a Peter Law por ser el miembro con menos antigüedad del Consejo. Peter había destacado siempre por su sobriedad en todas sus intervenciones. Era un hombre que mostraba en el rostro su inequívoco origen oriental. Su intervención comenzó de forma clara, dura y concisa.

—Después de todo lo que ya se ha comentado, creo que queda poco nuevo por decir. Sin embargo, quiero encaminar mis palabras hacia un hecho que a mí me ha sorprendido enormemente y al que no se le ha prestado la suficiente atención a nivel general.

El resto de miembros del Consejo escuchaba en silencio. Los rostros reflejaban el cansancio acumulado durante toda la jornada. Eran las siete y cuarenta y cuatro minutos de la tarde y todo apuntaba a que todavía faltaban varias horas para que la sesión se diera por concluida.

Peter Law se levantó y continuó su exposición al tiempo que caminaba por detrás de los sillones del flanco izquierdo hasta llegar a situarse a un escaso metro y medio de la pantalla en la que continuaba proyectada la imagen del palo y las dos serpientes.

—La situación que nos ha reflejado el doctor Carl Northon en su discurso peca de inconsistente y también de estar falta de toda coherencia. En mi opinión, sus esfuerzos se han concentrado más en esconder y enmascarar los hechos que en descubrirnos su verdadera naturaleza. Es por esto que yo sólo voy a formular una pregunta, de la que espero que se tome la debida nota para que me sea contestada al final del resto de intervenciones. Siguiendo el orden anunciado por la Presidencia, el próximo turno le correspondería al doctor Northon, pero entiendo que este turno se saltará para que al final pueda responder a todas las cuestiones que se le vayan planteando a partir de este momento. ¿Es así? —preguntó mirando al Presidente.

—Efectivamente —asintió Mullhouse.

—Pues bien, mi pregunta es la siguiente. ¿Cómo espera usted, doctor Northon, que podamos creerle si todos los testimonios de su fascinante relato han desaparecido? Para ser más exactos debo reconocer que todos no. Pero también resulta que el único componente que según usted permanece, digamos que en activo, está escondido e ilocalizable. Lo que, dicho de otro modo, significa que bajo una pretendida excusa de protección este testigo también está, a todos los efectos, desaparecido como todos los demás y sólo nos queda usted. No voy a expresar mi opinión en este momento pero ya les anticipo que si la respuesta a mi pregunta no es

del todo convincente, mi voto irá en el sentido de abandonar esta vía de investigación.

Tras pronunciar esta última frase, Peter se dirigió a su sillón y se sentó. Ni Northon, ni Mullhouse abrieron la boca mientras lo hacía. Carl tomaba notas de forma ordenada con la sorpresa intrínseca, pero no manifestada, de acabar de descubrir que había errado completamente en sus conjeturas al creer que durante la comida había convencido a Peter. El Presidente, por su parte, fingía repasar la lista para ver quién debía ser el siguiente en intervenir.

—¿Ha terminado, doctor Law? —preguntó con tono sereno y firme para disipar cualquier signo de nerviosismo que le pudieran haber atribuido.

—Sí —respondió Peter.

—En este caso, cedo la palabra al eminente John Terry —dijo el Presidente Mullhouse.

Hasta ese día, Terry se había manifestado como un hombre de carácter explosivo y fácilmente impresionable. Era el único miembro que no tenía un *curriculum* puramente científico. Su pertenencia al Consejo era una exigencia del principal patrocinador que, con su cuantiosa aportación económica, hacía viable las labores de investigación que realizaba la «Nature World Corporation».

Aunque nadie podía confirmarlo a ciencia cierta, se tenía la impresión de que su voto podía condicionarlo todo. Su particular voto en el Consejo sólo valía por uno, pero también podía convertirse por sí solo en un veto total al proyecto, si su información no llegaba con la suficiente claridad a la empresa a la que él representaba y aquella se decidía a retirar su importante aportación dineraria.

La «Skyline Main Support Limited» cambiaba su representante en el Consejo cada tres años. Conocía de forma sobrada la capacidad de convencimiento de los miembros más viejos de la «NWC» y evitaba, de esta forma, que sus intereses estuvieran representados por miembros que se comportaran como marionetas de los Robertson, Sohenstein y resto de la vieja guardia del Consejo de la «NWC».

—Caballeros —comenzó diciendo Terry—, siento contradecir al doctor Law. Mi opinión no está todavía formada, pero mi intuición me predice que estamos frente a algo realmente grande. Presiento que todo esto va a permitir que conozcamos y aclaremos algunos de los pasajes oscuros de nuestra propia evolución. Sin querer ni pretender entrar a discutir nuestra procedencia a Darwin, quizás este hallazgo nos sirva para poder conocer y entender mejor el salto cualitativo en el grado de conocimiento tecnológico que se produjo en el hombre y que todavía no se ha llegado a explicar de forma clara y convincente. ¿Qué fue lo que sucedió para que el hombre dejara de excavar la tierra para formar grutas donde guarecerse y pasara a utilizar esa misma tierra para fabricar ladrillos con los que construir primero casas y luego rascacielos? Sé que mis palabras son tal vez una simplificación exagerada de la

evolución, pero quiero que también sepan que están pronunciadas de forma totalmente consciente y deliberada. Siempre he creído que la intervención externa de civilizaciones más avanzadas propició y tuteló nuestro progreso en los caminos de la ciencia. Alguien procedente de no sé dónde nos ayudó en el momento oportuno y no tiene por qué ser necesariamente alguien al que debemos denominar y calificar forzosamente como ‘extraterrestre’. Desde este mismo momento declaro que mi voto va ser favorable a que la investigación continúe. Con todos mis respetos hacia los investigadores que han desaparecido y que, incluso, pudieran estar muertos, creo que el sacrificio de unos pocos importa poco frente a la posibilidad de un gran beneficio para muchos.

Las caras de Mullhouse y de Northon denotaban un cierto alivio tras la intervención de Terry. Ambos sabían que esa opinión iba a jugar en su favor en el caso de que alguien todavía se mostrase indeciso.

El siguiente turno de intervención correspondía a Eddie Fernández.

Eddie era un defensor nato de la biodiversidad. Su carácter abierto y conciliador se aderezaba con grandes dotes de orador. Carl estaba convencido de haberse ganado su confianza. Sin embargo, después del revés sufrido con Peter Law, se mostraba expectante y cauteloso.

Eddie se levantó con parsimonia y caminó hacia la imagen que seguía proyectada en la pantalla.

—Sin querer entrar a valorar ahora la historia que nos ha contado Northon, la que por cierto podría muy bien dar lugar a varios titulares sensacionalistas, creo que la imagen que sigue proyectada a mi espalda conlleva muchas incógnitas en este momento. La sorpresa inicial que ha hecho que Alan Miller perdiera el control es del todo comprensible porque esta imagen, o mejor dicho este símbolo, está fuera de su ubicación natural. Este símbolo ha identificado a los llamados poderes de la curación desde varios siglos antes al tiempo en que se supone que fue grabado en la secuoya de *Muir Woods* y lo extraño es que aparezca de una forma tan nítida que no deja ningún lugar para otras interpretaciones. Queda claro que descarto de forma total y categórica la posibilidad de contacto de la civilización griega con la zona en la que creció la secuoya. Tengo que aceptar en consecuencia que mi condición científica me empuja siempre hacia el descubrimiento y conocimiento de lo desconocido. Y en este caso aún más, porque los hechos se vislumbran como excepcionalmente novedosos. Mi voto va ser positivo sin ninguna clase de duda.

El rostro de Carl Northon no dejaba entrever la alegría que sentía en su interior. El marcador empezaba a ofrecer un resultado esperanzador. Iba ganando por dos a uno y además tenía a su favor el voto de calidad de Terry. Respiró profundamente y esperó a que Mullhouse cediera la palabra a un nuevo miembro del Consejo. El turno de intervención recayó esta vez en la persona de Amos Williamson.

Williamson, a diferencia de su predecesor en la tanda oratoria, permaneció sentado. Comenzó a hablar acompañado de una gran gesticulación de sus manos.

—No voy a esconder mi voto. No hay ninguna razón para que lo haga. Me preocupa enormemente que las desapariciones estén todavía por resolver. Tan sólo por esa razón, mi voto ya se decantaría por el sí. Pero es que además, está luego ese símbolo que representa una realidad inequívoca de que existe algo ahí fuera que desconocemos profundamente. Nuestra responsabilidad nos empuja a descubrirlo. No tengo más que decir.

La estrategia de la comida comenzaba a dar los frutos que Carl y el Presidente habían planificado. El resultado actual arrojaba un tres a uno favorable a sus intereses. Y contando con sus propios votos, el casillero local se colocaría en cinco. Sólo necesitaban dos votos más para decantar definitivamente la balanza a su favor. Sin que nadie pudiera percibirlo, sus miradas se cruzaron por un instante y con ellas viajó el intrínseco mensaje de que todo iba bien.

—Es el turno de Alan Miller —anunció Mullhouse.

Miller se levantó. Lo primero que hizo fue pedir disculpas por su histérica intervención cuando Carl Northon proyectó el símbolo en la pantalla. Acto seguido continuó con el uso de la palabra.

—Mi sorpresa inicial no ha podido ocultar mi verdadero sentimiento sobre todo lo que está ocurriendo aquí. Todo esto me parece una burda e impresentable actuación de la que todavía desconozco las razones que la han promovido. Todo es falso. Sólo es una pésima representación teatral interpretada por un patético y desafortunado actor que está dirigido en la sombra por un cobarde que no desvela su identidad. Debo reconocer sin embargo, que la puesta en escena ha sido muy buena pero por fortuna no ha logrado engañarme más que unos pocos segundos. Mi voto no va a quedarse en un simple ‘no’. Además, voy a presentar una moción de censura contra el doctor Northon y también contra nuestro actual Presidente.

Cuando Alan se sentó de nuevo en su sillón, pudo apreciar la mirada reconfortante de Jeff Robertson.

De una forma asépticamente inmutable que pretendía ignorar por completo a Alan Miller y a su discurso, Mullhouse anunció a Jack Rainey.

Jack se puso en pie pero no se apartó de la mesa. Tenía los ojos de Peter Law clavados en él. Jack comenzó su exposición diciendo.

—Nuestro compromiso con el puesto que ocupamos debe ir más lejos de la lógica y comprensible alegría que nos deparan unos hecho novedosos. El que ahora no les encontremos una explicación inmediata no nos puede llevar a sacarlos de su justo contexto. La ética debe presidir todos nuestros actos y lo escuchado en la exposición de Northon nos tiene que hacer meditar. Por eso desde mi posición de vocal elevo la más enérgica protesta por el método que se ha utilizado en esta investigación. Mucho

deberán aclararse los temas y las posturas para que yo reconsidere mi intención actual de votar en contra. Estoy seguro que todo lo acontecido aquí, en esta sala, en el día de hoy, no habría pasado si el Consejo todavía estuviera presidido por el doctor Sohenstein. Todo esto es inaudito y difícil de encuadrar en un marco que no sólo lo contenga sino que además le de forma y lo justifique. Eso es todo —dijo regresando a su puesto.

Alan Miller no pudo reprimir un tenue pero significativo aplauso. Mullhouse le llamó al orden.

—Ruego a todos los componentes de este Consejo que no exterioricen sus sentimientos por otra vía que no sea el uso de la palabra cuando les corresponda el turno asignado. No dudo de que todos vamos a ser capaces de mantener la compostura dentro de los límites de la dignidad y el respeto. Gracias a todos por anticipado. El turno corresponde ahora al doctor Paul Lambert —señaló El Presidente.

—Hoy es uno de esos días en los que merece la pena el hecho de haber nacido. ¡De verdad! —comenzó diciendo Lambert de forma sorpresiva—. Resulta enormemente gratificante contemplar como un hecho inesperado es capaz de hacer desaparecer todas las máscaras de los comportamientos ajustados a la norma establecida que hemos aceptado todos como correcta. Estoy muy sorprendido de ello pero me siento también muy satisfecho. Durante mucho tiempo me he preguntado que era lo que nos movía y nos seguía motivando para que nosotros deseáramos seguir ocupando estas poltronas. Hoy por fortuna, todo ha quedado al descubierto. El único acicate que parecer tener la razón de motivarnos es el poder. Un poder por el poder y a no importa qué precio. He tomado la firme decisión de presentar mi dimisión a este Consejo. Sé que debo esperar a terminar el ejercicio para que esta sea efectiva. Por lo tanto dentro de unos minutos deberé emitir mi voto con respecto a la investigación del doctor Northon. Francamente caballeros, en este momento soy incapaz de anticipar cuál será el sentido de mi voto. Ahora voy a esperar a que terminen el resto de intervenciones. Mientras tanto, intentaré pasar el tiempo recordando que un verso puede tener una dimensión mayor que un rascacielos o que el terciopelo puede poseer un sonido más profundo que la detonación en un cañón.

Paul Lambert se sentó. Había finalizado su intervención. La sorpresa y el desconcierto flotaban en el ambiente después de sus inesperadas palabras. Mullhouse tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para reconducirse a sí mismo y anunciar el siguiente miembro que iba disponer del turno de palabra.

—Es tu turno Frank —dijo Mullhouse mirando a su izquierda.

Frank Jiménez tardó en comenzar la exposición. La intervención de Lambert le había dejado descolocado por completo. Su mente se debatía intentando convencerse de que las palabras de Lambert no le representaban a él. Tuvo que sobreponerse para

reconducir la opinión que ya tenía forjada del tema que les ocupaba.

—La vida no es nada si no se respeta el sentido de la misma. Nuestra labor aquí es sobre todo de carácter científico y eso no debería hacernos perder cuál es propósito de la misma. La ciencia no está reñida con el progreso sino todo lo contrario. La ciencia está ligada al progreso del hombre. Pero eso no quiere decir que el progreso sólo pueda crecer y madurar en una sola y misma dirección. La historia está repleta de ejemplos en los que los nuevos postulados aceptados como correctos, no sólo no han ido en la misma dirección de los que les precedían sino que muchas veces, los nuevos postulados han pulverizado a los viejos de forma cruel y despiadada. Nuestra grandeza es nuestro privilegio. Pero este privilegio, aunque sea sólo nuestro, no es sólo para nosotros. No podemos caer en la tentación de querer monopolizarlo. Mi voto va ser positivo pero también voy a exigir la investigación de esas desapariciones al «FBI». Mi religión y mi propia doctrina me empujan a ello. Ser católico no significa nada si cuando llega el momento, no se ejerce como tal a conciencia.

El silencio reinaba en la sala. El reloj que Dorothy tenía frente a su mesa en la antesala, estaba apunto de señalar las nueve de la noche. Todo apuntaba a que hoy se acostaría tarde. El teléfono la devolvió a su mundo real. Lo descolgó. Era el presidente que le preguntaba si ya estaban listos los sándwiches y las bebidas para la cena. Ella contestó afirmativamente, pero Mullhouse la sorprendió con el anuncio de que no iban a abandonar la Sala de Juntas para cenar. Le pidió muy amablemente que ella se encargara de subirlo todo y le recordó que llamara antes de entrar.

El grado de descontento de Dorothy iba en aumento. ¿Qué se habían creído esos pretenciosos? ¿Acaso pensaban que ella no tenía el nivel requerido para escuchar sus insulsas y descafeinadas frases? ¿Se imaginaban que no sabría entenderlas? Esos viejos sólo servían para dejar caer sus babas mientras la miraban con ojos de deseo. Estaba segura de que más de uno se debía luego medio consolar pensando en cómo se habían movido sus caderas mientras les servía el café.

Dorothy decidió que iba a dimitir. Pero, ¿dimitir de qué?, se preguntó inmediatamente después. Tenía la cabeza hecha un lío y nada de lo que pensaba o hacía, parecía tener el menor de los sentidos. Cogió un par de cajas de cartón vacías y se fue en busca de los bocadillos al piso inferior.

En el interior de la sala, Robert Sommersen estrenaba su turno de exposición.

—He estado atento en todas y cada una de las intervenciones que me han precedido. Me gustaría que mi opinión aportara un nuevo punto de vista desde el que poder analizar el tema que nos ha presentado Northon. No habría nada que nos permitiese dudar de la historia relatada si no fuera por un pequeño pero

importantísimo detalle de carácter antropológico.

Robert Sommersen detuvo su discurso pero se mantuvo intencionadamente en movimiento. Todas las miradas le seguían como si tuviera un imán y se mantenían posicionadas en su persona. Al llegar a la altura del sillón de Carl Northon, Sommersen se paró y las miradas de todos los presentes lo hicieron también. Este no perdió el tiempo ni un solo segundo y fue directamente al grano.

—Doctor Northon —dijo sin mirar a Carl—. ¿Cómo puede usted explicar la presencia de ese signo sin admitir también la presencia en ese mismo lugar, de seres procedentes de las viejas culturas del arco mediterráneo?

Sommersen se quedó mirando fijamente a Carl, esperando su respuesta. Estaba seguro de que su pregunta no tenía una respuesta válida. Carl miró a Mullhouse en un incipiente amago para pedir su autorización para contestar. El Presidente asintió con la cabeza.

—Doctor Sommersen —empezó diciendo Carl—. No creo que fuese la presencia ni tampoco el contacto directo con personas de las antiguas civilizaciones mediterráneas lo que permitió el conocimiento de esos signos.

—En ese caso, ¿cuál es la sorprendente teoría que según usted lo explicaría todo?

—¿Me permite usted que antes de contestar a su pregunta, yo le formule otra primero?

—Adelante —contestó Sommersen, muy seguro y engréido de tener acorralado a su interlocutor.

—¿Cree usted que realmente existió la *Atlántida*? —preguntó de forma sorpresiva Carl Northon.

Un incontenible murmullo de opiniones invadió la sala, al mismo tiempo que el timbre del teléfono sonaba para solicitar permiso para entrar los bocadillos. En pocos momentos, el murmullo pasó a convertirse en una algarabía totalmente desenfrenada que llenaba por completo la sala de Juntas. Las risas se mezclaban con sonoras y fingidas carcajadas que no estaban exentas de veladas advertencias. Más de un dedo índice se levantó de forma provocadora y lanzó amenazas en varias direcciones.

Cuando Dorothy entró en la Sala, fue el perfecto objeto de una total ignorancia y eso aún la enfureció un poco más. Dejó la primera bandeja de bocadillos y se fue en busca de la segunda. Después repitió dos viajes más para entrar el surtido de bebidas carbónicas que había seleccionado ella misma. Nadie le prestó la menor atención. Ella cerró la puerta de una forma mucho más sonora de la que hubiera sido estrictamente correcta y se dispuso a hincarle el diente a uno de los dos sándwiches que se había auto reservado para ella. Se sentía mal y aquellos mamarrachos tenían toda la culpa.

La situación en el interior de la Sala de Juntas continuaba frenéticamente caótica. Mullhouse aprovechó el momento e impuso un descanso para reponer fuerzas. El ritmo de la reunión así lo aconsejaba ya que el fin de la misma se preveía para bien avanzada la madrugada.

Los bocadillos de *pastrami* triunfaron sobre los tradicionales de jamón o de *bacon* acompañados de queso. Las bebidas frías a base de té fueron las que primero se agotaron. En apenas veinte minutos, las aguas turbulentas que habían sido provocadas por la sola mención de la *Atlántida*, volvieron a recuperar un cauce más tranquilo. El Presidente reanudó oficialmente la sesión dirigiéndose directamente a Sommersen.

—Robert, creo que tienes una pregunta por contestar a Carl, ¿no es cierto?

—Efectivamente —admitió rápidamente el antropólogo, al que la interrupción de la cena le había posibilitado pensar mucho en la respuesta que iba a dar.

—Te escuchamos entonces —dijo Mullhouse.

—No hay ninguna referencia científica que acepte la existencia de la *Atlántida*, ¿y por qué no la hay?, pues sencillamente, porque nunca existió. Y eso mismo es lo que sucede con nuestro caso. No hay caso caballeros. Todo esto es sólo una interesada ficción para obtener, mantener o retener algún tipo de subvención que ahora mismo desconozco cuál es. Me gustaría que mi voto no fuese sólo negativo. Tengo que revisar a fondo nuestros Estatutos para ver si puedo pedir la reprobación y anulación de todo lo que hoy se acuerde aquí, si es que finalmente Mullhouse y su nuevo satélite se terminan saliendo con la suya.

—¿Has terminado? —preguntó el Presidente sin entrar al trapo del último comentario de Robert.

—Sí. Eso ha sido todo. O quizás sería mejor decir que todo eso no ha sido nada todavía —respondió Sommersen en un nuevo ejercicio de provocación.

—¿Has terminado, sí o no? No quisiera que después dijeras que te he quitado el uso de la palabra.

—No tengo nada más que decir —terminó admitiendo Robert Sommersen.

Carl repasó mentalmente el resultado provisional del marcador de las intenciones de voto. Las cosas no pintaban bien. Iban perdiendo por cinco a cuatro y sólo faltaban cuatro miembros para intervenir. Mullhouse concedió el uso de la palabra a Jeff Robertson.

—Es tu turno Jeff —dijo de forma casi mecánica.

—Ni hablar del peluquín —contestó sorpresiva y rápidamente el aludido—. Te toca a ti. El hecho de que ostentes la Presidencia no supone que seas el más antiguo de todos nosotros. Ya hemos aceptado y concedido que Carl sea el último en intervenir. El turno es ahora tuyo, amigo mío.

—De acuerdo. No vamos a discutir por ello. Mi voto como ya suponéis va ser favorable a proseguir las investigaciones. He oído todas vuestras opiniones. Creedme

si digo que para mí, todas son respetables pero, no obstante, a algunas de ellas las debo calificar de poco coherentes con el tema que tenemos sobre la mesa. Supongo que todos tenemos en mente que mi voto deja la votación empatada. Por todo ello, yo quiero dejar muy claro que todavía no hemos votado. Las intenciones son sólo eso. Estoy seguro de que cuando Carl Northon pueda acabar de exponer todos sus hallazgos, más de uno cambiará el sentido de su voto.

—Desde mi posición sólo os pido responsabilidad. Cada uno debe votar únicamente según su propio parecer. Estoy seguro de que así será. Ahora sí que es tu turno, Jeff —acabó diciendo Kevin Mullhouse, sentándose de nuevo en el sillón presidencial.

—Antes que nada quiero dejarle bien claro a Sommersen que este Consejo es soberano de sus decisiones. No hace falta que pierda el tiempo repasando los Estatutos. Lo que dicho de otro modo significa que lo que hoy decidamos aquí con nuestra votación irá a misa. Yo no acostumbro a desvelar mis intenciones y el día de hoy no va ser una excepción en mi forma de proceder. Sólo quiero dejar constancia de que no me siento identificado con la manera en la que se ha presentado el tema. La ocultación de datos no cabe en nuestro trabajo. La sectorización de los conocimientos, reservándolos a unos pocos, no debería contemplarse entre nosotros. En fin, me siento un poco decepcionado por la forma y por el fondo de esta discusión. Voy a esperar hasta la última de las intervenciones para decidir el sentido de mi voto. No me gustaría conceder ventaja a nada ni a nadie en este momento.

Kevin Mullhouse asintió con la cabeza a Jeff. Acto seguido y con un gesto tan impensado como ceremonioso, cedió el uso de la palabra al decano del Consejo, el ilustre Stephan Sohenstein.

—Es tarde y estoy cansado —comenzó diciendo el miembro más antiguo del Consejo—. Sin embargo, eso no debe contentar a nadie ya que no dejaré de ejercer por ello todos mis deberes. Es tarde porque pronto será media noche y yo debería estar ya descansando y estoy cansado porque las frases sin contenido me agotan profundamente. Al igual que Jeff, yo tampoco voy a conceder ventaja a nadie. Además, se da el caso de que como yo voy a ser el último en votar, quizás mi voto sea el decisivo que termine decantando la balanza en uno u en otro sentido. Es por ello que no voy a desvelarlo de forma anticipada. Acabemos con todo esto lo más pronto y mejor que sepamos. Le pido a Dios que nos ayude a hacerlo. Muchas veces nos olvidamos de que Él es el único y supremo hacedor. La ciencia es sólo un camino más para que nosotros podamos llegar a encontrarle. Kevin, pídele tú mismo a Carl Northon que sea ágil en la última intervención. Estoy seguro de que todos se lo agradeceremos.

Mullhouse hizo una señal a Carl. Este se levantó y con el permiso de la presidencia apagó el proyector. La imagen que durante horas había presidido todos

los comentarios desapareció de la vista de todos los presentes.

—Voy a tratar de no extenderme en mis explicaciones. En esta intervención no voy a contestar a nadie. Mi propósito es acabar de exponer todo lo que sabemos hasta ahora. Si alguien después de ello quiere alguna aclaración a lo nuevo que voy a presentar o a lo que ya se conoce, con mucho gusto estaré a su disposición.

Northon volvió a encender el proyector pero ya no volvió a aparecer la imagen que había suscitado tanta pasión. La pantalla estaba totalmente en blanco.

—A continuación voy a mostrarles cuatro fotos. La primera de ellas es una panorámica de la zona de la secuoya en la que descubrimos el primer signo. Observarán que aparentemente no hay nada de anormal en ella. La segunda, es la misma fotografía pero ha sido tomada con un objetivo filtrado y con una película de especial sensibilidad que obtuvimos siguiendo paso a paso las indicaciones de la doctora Gina Hartford. Vayamos a por la primera de ellas —dijo Northon.

En la pantalla apareció una vista de un frondoso bosque. El color verde prevalecía en todas sus tonalidades. El sol estaba a la espalda del que había tomado la instantánea y la imagen obtenida era muy nítida. Nadie realizó el menor comentario.

Sin dejar tiempo a que los hicieran, Carl proyectó la segunda foto. El paisaje era el mismo pero el color dominante ya no era verde. Todo se veía en una tonalidad extrañamente anaranjada. La fotografía además de haberse tomado con un filtro de luz polarizada, parecía que hubiera sido hecha con la lente del objetivo muy sucia de polvo ya que aparecían algunas manchas negruzcas en algunos de los troncos.

—Voy a ampliar la fotografía con el *zoom* digital para centrarnos en una cualquiera de esas manchas.

Carl realizó la acción que había anticipado sobre una de las manchas y después la repitió con otras. En todas ellas, las manchas al ser ampliadas, se convertían en signos perfectamente definidos. La expectación subía muchos enteros y algún que otro miembro, que con anterioridad había manifestado su incredulidad, ahora no paraba de frotarse los ojos.

Northon hablaba poco. Sus frases eran cortas para no dar lugar a malos entendidos.

—Ese descubrimiento lo hicimos el día en que desapareció Ben Carraguer. Ese día nos dimos cuenta de que estábamos ante algo que tenía muy difícil explicación. Para poder constatar nuestras teorías, pedimos la ayuda de un helicóptero con la excusa de querer hacer fotos para evaluar los daños sufridos por el temporal. El plan funcionó y nosotros, naturalmente, utilizamos la película sensible y el filtro de luz polarizada para nuestras propias fotos. El resultado de nuestra investigación son la tercera y la cuarta foto que ahora voy a mostrarles.

Carl proyectó la tercera foto. La tonalidad era la misma que la de la segunda pero aparecía algo que la hacía sumamente extraña. Carl no esperó para tomar de nuevo la

iniciativa de la palabra.

—Cuando pudimos ver por primera vez estas fotos en el improvisado laboratorio de nuestro campamento, supimos ya de forma incontestable que nos encontrábamos ante uno de los mayores enigmas de la historia de la humanidad. Como podrán apreciar, en la fotografía sólo salen los troncos de los árboles. Las ramas y las hojas no se ven. Es algo muy parecido a lo que sucede con los rayos ‘X’ en nuestras radiografías médicas.

Las caras de todos los presentes eran un auténtico poema.

—Por otra parte —continuó explicando Carl—. Observen que los signos que también están visibles en la foto se reparten por los árboles de una forma que nos pareció en un principio totalmente aleatoria. El último de nuestros compañeros desaparecidos, el profesor Mike Kingston, defendió todo lo contrario desde el primer momento. Explicaba que era sólo una intuición pero él se mantuvo firme en su convencimiento hasta el mismo día en que desapareció. Estoy seguro de que ese día descubrió algo y que ese hallazgo fue la causa directa de su desaparición. Mientras hablaba Carl, el silencio más absoluto reinaba en la Sala de Juntas. Las caras estaban tensas y nadie quería manifestarse el primero. La cuarta foto destapó el tarro de todas las esencias que se hallaban contenidas. La foto había sido tomada desde el helicóptero a mucha más altura y mostraba un área mucho mayor. En ella se apreciaba que las marcas sólo estaban en una parte muy reducida del bosque. No sabemos a qué obedece la concentración de los signos en ese espacio que podemos considerar tan reducido. Fuera de ese espacio no hay nada. Hemos estado buscando pero no hay ni rastro de nuevos signos. Todo se concentra en una zona de unas doce hectáreas.

—¿Es posible que esos signos individuales formen algún tipo de mensaje o que sean los puntos de un signo mucho más grande que los comprenda a todos? —preguntó Jeff Robertson.

—Yo me inclinaría más por lo primero que por lo segundo, aunque tampoco descartaría por completo la segunda opción. Quizás sean las dos cosas —respondió Northon con mucha cautela—. Lo cierto es que nosotros tratamos de obtener de nuevo la ayuda del helicóptero pero no lo conseguimos.

—Pues hay que fotografiar esa zona del bosque desde todos los ángulos posibles —dijo Amos Williamson totalmente embargado por su voracidad periodística—. Tenemos que dibujar en el aire un círculo imaginario y tomar trescientas sesenta fotos. Una desde cada grado de ese círculo.

Mullhouse mientras tanto, sonreía disimuladamente. La situación volvía a estar perfectamente encarrilada. Hasta Jeff Robertson se había atrevido a establecer sus propias teorías. Eso era una buena señal. Carl estaba llevando la exposición de forma brillante. El signo de la votación empezaba a estar cantado. Siempre había sido una

muy buena táctica, el dejar ladrar primero y luego soltar la carnaza.

Carl Northon volvió a proyectar la primea de las cuatro últimas fotos. Al cabo de diez segundos la sustituyó por la segunda y las fue alternando una con la otra, hasta cinco veces. Al final dejó la primera foto proyectada en la pantalla. Se levantó y cogió unas gafas de su maleta. Con paso pautado se dirigió hasta colocarse al lado del sillón del decano.

—Quisiera que fuese usted el primero en comprobar lo que sucede con esta foto cuando se observa a través de estas lentes polarizadas —le dijo, tendiéndole las gafas.

Stephan Sohenstein las tomó en sus manos y se las colocó. Miró a la pantalla y se quedó quieto durante más de veinte segundos. Después se las quitó y se las volvió a poner un par de veces. Sólo hizo un comentario en voz alta.

—¡Espectacular!

—Doctor Sohenstein, cuando termine, ¿sería usted tan amable de pasarlas a otro miembro del Consejo? Y el siguiente a otro y luego a otro, hasta que todos hayan podido apreciar la visión a través de ellas.

Stephan Sohenstein volvió a quitárselas y ponérselas una vez más, antes de entregarlas a Jeff Robertson. Las exclamaciones se sucedían sin excepción pero nadie desvelaba nada de lo que veía. Cuando el turno se completó, Carl recibió las gafas de Peter Law y retomó el uso de la palabra.

—Me hubiera gustado que la doctora Hartford pudiera haber visto la expresión de cada uno de ustedes al comprobar que la primera fotografía es igual que la segunda cuando se la observa a través de las gafas de filtros polarizados. Tengo la obligación moral de insistir en el hecho de que sin la tenacidad inagotable de la doctora Gina Hartford, y también naturalmente de sus conocimientos, no hubiera sido posible contemplar lo que tan sencillamente acabamos de ver.

He de confesarles que solicité un permiso especial al presidente Mullhouse para que ella, desde su lugar de protección, pudiera haber presenciado esta reunión por videoconferencia, pero este me fue denegado. Por un lado, nuestros Estatutos no lo permiten y seguramente por el otro, la prudencia tampoco lo aconsejaba en demasía. De todas formas y desde la distancia, quiero pedirles no obstante que le dediquemos un pequeño aplauso. Estoy seguro de que esté donde esté, su exquisita sensibilidad será capaz de percibirlo.

La ovación comenzó tímida pero en pocos segundos se generalizó de forma completa. Carl también se sumó al aplauso general.

En el exterior de la Sala de Juntas, Dorothy que se había quedado medio transpuesta en su soledad, se sobresaltó al oír la ovación.

—¿Qué les sucede ahora? —se dijo en voz baja.

A continuación miró al reloj. Eran casi las dos de la madrugada. ¿Habrían perdido

el juicio de forma colectiva? ¿Les habría afectado el *pastrami*? ¡Apañado iba a estar el mundo si estos fantoches tenían que decidir algo importante!

—¡Que Dios se apiade de todos nosotros! —acabó diciendo.

El derrotismo de Dorothy contrastaba con el entusiasmo exultante de los consejeros. Mullhouse que era un verdadero maestro en el arte de aprovechar las coyunturas que se le presentaban de forma favorable, no tardó en sacar partido de la situación.

—Propongo una votación rápida a mano alzada —dijo el Presidente.

—Estoy de acuerdo —aceptó sorprendentemente Sohenstein.

—El que se oponga a que se dote con nuevos fondos a la investigación del equipo de Carl Northon, que levante la mano.

Solo Alan Miller levantó la suya, pero no la mantuvo en alto ni diez segundos. Azorado por su exceso de protagonismo, fingió una tos que le hizo retirarse a un rincón para no ser el centro de todas las miradas.

—Tenemos unanimidad —sentenció Mullhouse—. Ya nos podemos ir a dormir. El hotel está aquí al lado. He reservado catorce suites. Una para cada uno de nosotros y la catorceava para Dorothy. No quiero que a estas horas se ponga a conducir para regresar sola a su casa. Así pues las dos últimas plantas nos pertenecen por completo. Sed comedidos y no hagáis ruido en exceso. ¡Ah!, me olvidaba, la sesión de mañana dará comienzo a las diez. Os ruego puntualidad. A esa hora, Carl nos pondrá al corriente de las últimas averiguaciones. Ahora voy a comunicárselo a Dorothy.

Mullhouse salió de la Sala y se dirigió hacia la mesa de la secretaria. Se acercó a ella con una sonrisa.

—Muchísimas gracias por su paciencia, Dorothy —le dijo—. Ya le advertí esta mañana que presumiblemente la reunión terminaría tarde. Reservar las catorce habitaciones fue todo un acierto.

—¿Catorce? Yo sólo reservé trece. Todas como usted me indicó. En cada una de ellas hay una bandeja de fruta fresca recién cogida del árbol y también hay seis masajistas de guardia en el hotel, para quien quiera utilizar sus servicios y disfrutar de la relajación de un buen masaje.

—Yo mismo hice la reserva de la catorceava suite para usted, Dorothy. No quiero que conduzca a estas horas. He retrasado el comienzo de la sesión de mañana para las diez en punto.

—¡Pero no voy a tener nada que ponerme mañana! ¡No puedo ir vestida con las mismas ropas que hoy!

—No tiene que preocuparse por ello. Creo que lo he previsto todo. Espero que hayan seguido mis instrucciones y que lo que encuentre sea de su completo agrado. Estoy seguro de que así será —terminó diciendo Mullhouse.

Dorothy estaba entre sorprendida y azorada. Lo primero por lo que para ella

significaba que Mullhouse hubiera sido capaz de pensar en ella sin su ayuda. Y lo segundo, pues precisamente por esa misma razón. Sin saber qué decir, le contestó escuetamente:

—De acuerdo —y luego se calló.

Pasados diez segundos, cuando Mullhouse estaba a punto de entrar de nuevo en la Sala de Juntas, añadió:

—Yo vendré mañana un poco antes. Llegaré sobre las nueve y media para tener listo el café.

—Espérenos que ahora salimos. Iremos todos juntos al hotel. Hace una noche fantástica —contestó el Presidente.

Dorothy notó en su interior que toda la adrenalina rencorosa que había ido acumulando desde primeras horas de la tarde se le había escapado en un solo instante. Todos los poros de su piel se habían abierto liberando cualquier vestigio de animadversión que hubiera podido retener. Se sintió feliz y halagada. ¿Sería esto el comienzo de lo que llevaba años esperando? No quería hacerse ilusiones pero era evidente que había sido una señal. Una señal que ella iba a encargarse de que no se quedara sólo en eso. Lo importante es siempre que las cosas empiecen. El resto ya vendrá por sí solo. Y si por sí solo, le cuesta, pues ya encontraremos la manera de empujarlo hacia la dirección conveniente.

Este último pensamiento de Dorothy, coincidió con la salida de todos los miembros del Consejo. Al pasar por su lado, todos la miraron y la saludaron de la forma en que a ella le gustaba. Volvió a ser el objeto del deseo y de las atenciones de todos. Lo fue en el ascensor de bajada y durante los cincuenta metros que anduvieron por la calle. Y de nuevo lo fue en el ascensor de subida a las suites. Se sintió redimida y cuando entró en la suite reservada para ella, se encontró con que un enorme ramo de rosas rojas presidía la mesa de la coqueta antesala que precedía al resto de la habitación. Su primera intención fue contar el número de rosas del ramo pero pronto desistió de ello porque se acordó de las palabras de Mullhouse y se dirigió al cambiador de su recámara. Abrió el armario. Al ver su contenido, sus dos manos se dirigieron al rostro para intentar acallar el pequeño grito que se le escapó. Había de todo. Desde lencería íntima hasta un chaquetón de piel, pasando por vestidos, pantalones, faldas y blusas de colores variados. Sus ojos se centraron en un par de camiones de noche que por sí solos eran capaces de levantar el mástil mayor del velero más desvencijado que desease echarse a la mar.

Se sonrojó ligeramente por el último de los pensamientos que había cruzado por su mente y se decidió a llenar la bañera. Tenía jacuzzi y ella no iba a desaprovechar el lujo de sumergirse entre burbujas. Un baño reparador le vendría de perlas. Desenroscó el frasco de sales y las esparció por toda la bañera. Se desnudó mirándose al espejo y después de observar su cuerpo en alguna que otra postura sexy, se metió

en el agua burbujeante. Ajustó los cojines bajo cuello, axilas y piernas. Se relajó y cerró los ojos. El contacto con el agua caliente y con el masaje de aire, no tardó en hacer que ella se quedase medio adormilada.

Su mente viajaba por caminos de rosas cuando tuvo la sensación de que estaba siendo observada. Se sobresaltó y se levantó para enfundarse el albornoz cuando vio claramente la figura de un hombre parado bajo el dintel de la puerta del baño.

Dorothy reconoció al inesperado espectador de su intimidad.

—¡Usted! —le dijo—. ¿Cómo ha entrado?

—Poco importa el cómo cuando lo que realmente interesa es el porqué. No he podido dejar de pensar en ti desde que hoy nos has entrado el primer café. Hemos tenido una tarde loca pero mis deseos no han disminuido en todo ese tiempo sino todo lo contrario. He venido a descubrirte.

—Poco queda ya por descubrir —contestó Dorothy, al constatar que estaba de pie con los pies en el agua y completamente desnuda frente a su visitante.

—Te equivocas muñeca —contestó él.

Capítulo 4

Mullhouse abrió los ojos y miró hacia los dígitos de color rojo del reloj digital de la televisión.

—Solo son las siete y treinta y seis. ¿Por qué siempre sucede algo que me impide dormir hasta la hora que yo había planificado? ¡Todavía faltan treinta y nueve minutos hasta las ocho y cuarto!

Kevin Mullhouse había cerrado las persianas pero no lo había hecho del todo y pudo ver como a través de los agujeros de las lamas se filtraban claramente unas tonalidades rojas y azules que parecían tener vida propia. Unos sonoros golpes en la puerta de su habitación le pusieron en sobre aviso de que algo tenía que haber sucedido. El temor se convirtió en realidad en cuanto abrió esa puerta.

—¿Kevin Mullhouse? —le preguntó un hombretón de unos cincuenta años que exhibía con toda naturalidad una placa dorada de la policía de Seattle en el bolsillo pectoral de su chaqueta.

—Sí, soy yo —contestó de una forma mecánica el presidente de la «NWC».

—Vístase. Le espero dentro de digamos quince minutos en la habitación '614', en la sexta planta. No tarde, por favor.

—¿Ha ocurrido algo? ¿Qué es lo que ha pasado?

—Se lo explicaré todo cuando nos veamos en la «614». Le aconsejo que hasta entonces no haga usted ninguna tontería. Hasta luego.

El panzudo hombretón se dio media vuelta y enfiló sus pasos cansinos hacia los ascensores. Mullhouse se quedó inmóvil sin cerrar la puerta hasta que le vio desaparecer completamente tras la puerta del ascensor.

Ya dentro de su habitación su mente empezó a trabajar a destajo. ¡Quince minutos! ¡Solo quince minutos! ¿Tendré tiempo de ducharme? Creo que sí. ¡Que no haga ninguna tontería! ¿Qué clase de tontería espera que yo pueda hacer ahora? No, no voy a llamar a nadie. Quizás sea esa la tontería que él espera que yo haga. No he visto nada raro en el vestíbulo. La frialdad de la mirada de ese hombre me ha descolocado. Ni siquiera me ha dicho su nombre. Sólo he visto la placa. Las luces de colores siguen girando. Las veo reflejadas en el trozo de techo contiguo a la zona de las ventanas.

Las preguntas, las respuestas, los pensamientos, los presagios y las conjeturas se sucedían sin cesar en la cabeza de Mullhouse. No logró detener la máquina de su cerebro hasta que bajó a la sexta planta. Buscó la habitación 614 y, cuando la encontró, llamó golpeando tímidamente con sus nudillos. No se atrevió ni a tocar el timbre. La puerta se abrió y apareció de nuevo el hombretón barrigudo que había conocido tan sólo hacía un escaso cuarto de hora.

—Pase. Mi nombre es Christopher Fowler y soy inspector de la policía de Seattle.

Departamento de homicidios —añadió de una forma intencionadamente pausada.

—¿Homicidios?

—Efectivamente —corroboró Fowler sin dar más explicaciones.

—¿Está intentando decirme que se ha producido un homicidio? ¿Dónde? ¿Quién es la víctima?

—No estoy intentando decirle nada. Más bien es todo lo contrario, señor Mullhouse. Lo que realmente pretendo es que usted me lo cuente todo a mí.

—¿Qué significa todo esto? ¿Acaso se me acusa de algo? ¿A qué viene ese tono? Yo no sé nada, me entiende. Yo no sé nada de nada —contestó Mullhouse visiblemente alterado.

—Le aconsejo que se tranquilice. No va a conseguir nada con esa actitud negativa y menos conmigo. Sabemos, según consta en el libro de reservas del hotel, que fue usted personalmente quien realizó la reserva de la habitación de la señorita Dorothy Shealton, ayer a última hora de la tarde. También nos han detallado concienzudamente la clase de encargos que usted solicitó y mandó comprar para ella. Vestidos, flores, lencería, fruta y un sinfín de cosas más. ¿Qué fue lo que sucedió Mullhouse? ¿Por qué la mató? ¿Acaso todo lo que usted planificó no fue suficiente para que ella acabara accediendo a sus propósitos? ¿Por eso la forzó? Y cuando ella continuó negándose, a pesar de todo lo que usted le había regalado, ¿fue entonces cuando usted perdió el control y tuvo que hacerlo? Quizás no le quedó otro remedio. Los pobres no saben agradecer los esfuerzos que ustedes, los ricos, hacen con ellos. Son unos desagradecidos. Explíquemelo todo Mullhouse. Se sentirá mejor. Una buena confesión a tiempo ahorra muchos quebraderos de cabeza. No tenemos porque complicar lo que parece tan obvio a primera vista. Ella le abrió la puerta a una persona conocida. La cerradura no está forzada en absoluto. Seguro que ella le dijo que se sentía muy halagada por sus atenciones, pero que no podía acceder a lo que usted le pedía. ¿A qué clase de perversión se negó Dorothy? —Fowler se paró durante cinco segundos y luego continuó—. ¿Para qué seguir haciendo conjeturas? Mejor será que me lo cuente usted. ¿Qué sucedió para que usted se ensañara con ella de una forma tan cruel y despiadada?

Mullhouse estaba bloqueado. No era capaz de asimilar y de procesar el alud de acusaciones que el inspector ya daba como rigurosamente ciertas. Intentó rehacerse y recobrar el porte y la postura que eran innatas en él y en su forma de comportamiento.

—Inspector Fowler, ya que usted lo tiene todo tan claro, comprenderá que yo lo sea todavía un poco más. En estos momentos no tengo claro si usted me está acusando formalmente de algo o no lo está haciendo. Le ruego que se defina y en el caso de que su respuesta sea afirmativa, no responderé a ninguna de sus preguntas sin que esté presente mi abogado. Si su respuesta por el contrario es negativa, y eso significa que no tiene usted cargos contra mí, le diré que esta no es forma de sacar

información y le pediré que me deje marchar. Hoy va a ser un día muy complicado y tengo mucho trabajo y muchas cosas que hacer.

Las palabras de Mullhouse rebotaron en Fowler, como si nunca hubieran sido pronunciadas. El inspector pasó de ellas y continuó actuando ignorando todas las advertencias del Presidente del Consejo de la «Nature World Corporation».

—¿Cómo debo llamarle a usted? ¿Señor Mullhouse? ¿Doctor Mullhouse? ¿Presidente Mullhouse? —preguntó Fowler con un cierto retintín.

—Conoce mi nombre de sobras. Como quiera dirigirse a mí, es sólo cosa suya —contestó Mullhouse con algo de desprecio.

—Señor Mullhouse —dijo el inspector arrastrando y recreándose en la pronunciación de la palabra señor—. Esto no es un interrogatorio. Es sólo un intercambio de información. Usted me explica primero todo lo que sabe, o dicho de otro modo, usted me cuenta todo lo que sucedió y luego yo le explico hasta donde pueda, quiera o considere oportuno. Es un buen trato para comenzar. Ya tendremos tiempo para las acusaciones formales. Ahora cuénteme usted lo que sucedió ayer desde que llegaron al hotel.

—No fue ayer cuando llegamos al hotel. Tuvimos una larga reunión y acabamos tarde, muy tarde. Debían ser más de las dos de la madrugada cuando lo hicimos. Vinimos todos juntos y a pie. Las oficinas de la «NWC» quedan muy cerca de aquí. Calculo que a unos escasos cien metros. Después de pasar por Recepción, cada uno se dirigió a su habitación. Yo me fui a la mía e intenté dormir. No he salido de ella en toda la noche. He abierto la puerta por primera vez esta mañana cuando usted ha llamado a ella. Después me he duchado y he venido aquí. El resto ya lo sabe. Ahora quisiera que me explicase lo que le ha pasado a Dorothy. Naturalmente hasta donde usted crea que puede hacerlo.

Fowler clavó la vista en los ojos de Mullhouse. La mirada rezumaba una mezcla de desafío y de intimidación. Mullhouse trató de aguantarla pero pronto se dio cuenta de que hacerlo no tenía ningún objeto y que además no conducía a nada ni a ningún sitio donde él deseara llegar. Fowler, naturalmente, lo interpretó de forma distinta y volvió a las andadas.

—En estos momentos están revisando su habitación, señor Mullhouse. Espero tener muy pronto el inventario completo de todo su contenido.

—No tiene usted ningún derecho. No me ha mostrado ninguna autorización judicial para hacerlo.

—No se confunda, Mullhouse. La habitación del hotel no es su casa. Tengo la autorización de la Dirección del hotel y eso me basta y me es suficiente. ¿Acaso teme usted que encontremos algo?

—¡Otra vez! —exclamó Mullhouse, totalmente exasperado y fuera de sí por el comportamiento del inspector—. Presente cargos contra mí y léame mis derechos o le

ruego que me deje marchar.

—En esta vida no todo es de un blanco o de un negro absoluto. Existen una infinidad de tonalidades grises. Usted debería saberlo, Mullhouse.

—¿Qué pretende usted decirme con esta burda y pobre lección de policromía?

—Pues que no pienso hacer ni una cosa ni la otra. Voy a seguir haciéndole preguntas y creo que sería bueno que usted se decidiera por fin a contestarlas. Reconozco que no puedo impedir que usted salga por esa puerta —dijo mirando a la puerta de salida—. Sin embargo, le advierto que si lo hace iré a por usted. Si es verdad que usted no tiene nada que ver con el asesinato de la señorita Shealton, no debería usted tener ningún inconveniente en contestar a mis preguntas, ¿no le parece?

Mullhouse decidió ceder. Él sabía que esto era un mal trago que tenía que pasar. Sería mejor no ofrecer una imagen de rechazo frontal. No quería dar la impresión de que ocultaba algo.

—De acuerdo, inspector Fowler, pregúnteme usted. Estoy a su disposición.

El hombretón sonrió satisfecho por el resultado de su estrategia. Siempre utilizaba este sistema que además llevaba su propia marca de distinción. Lo había acuñado él solo, año atrás año. Casi podría decirse que lo había ido formando día tras día y minuto tras minuto. Fowler estaba muy seguro de su método y por eso seguía poniéndolo en práctica. Sin pensarlo y en un acto puramente reflejo, entrelazó los dedos de sus manos unos con los otros. Acto seguido, y sin separar las manos, volvió sus blancas palmas hacia Mullhouse. Era otra de sus costumbres que le permitía dominar el tempo de la situación a su antojo. Normalmente, este gesto creaba un cierto desconcierto en sus interlocutores y él lo aprovechaba para soltar un nuevo zarpazo antes de que el interrogado hubiera sido capaz de construirse una firme defensa.

—¿Qué motivo hizo que usted decidiera reservar habitación para la señorita Shealton ayer a última hora?

—Ya le he explicado que ayer tuvimos una reunión complicada. Desde el principio imaginé que podía alargarse pero no tanto. Cuando constaté que acabaríamos muy tarde, me decidí a reservarla.

—¿Por qué no ordenó que la reservara ella misma? ¿No lo había hecho ya con las otras trece?

—De buenas a primeras, ella no habría aceptado. Hubiera perdido tiempo en convencerla y no lo tenía. Actué a hechos consumados. Llamé personalmente al encargado de Recepción y le di las órdenes que creí oportunas. No tardé ni dos minutos en todo ello.

—¿Qué le ordenó en concreto? Dígame lo más exactamente posible cuáles fueron sus instrucciones.

—La reserva de la suite y la compra de algunas ropas para que Dorothy se sintiera

protegida y a gusto.

—¿Protegida? ¿De qué? ¿O de quién?

—De ella misma —respondió Mullhouse—. Dorothy era muy exigente con su imagen. Nunca hubiera consentido vestir la misma ropa que había llevado el día anterior.

—Yo mismo he visto el contenido del armario, Mullhouse. Usted no mandó comprarle ropa para un solo día. El armario estaba lleno. Había de todo y si me apura le diré que había mucho de todo.

—Ya se lo he dicho. Fue para que se sintiera a gusto y libre para poder elegir lo que se iba a poner al día siguiente.

—¿Quién pagó todo eso?

—Todos los gastos y reservas se cargaron, como de costumbre, a la «Nature World Corporation» como gastos de representación.

—¿Qué es exactamente la «Nature World»?

—Es una sociedad que canaliza las donaciones privadas de entidades o personas, que la mayoría de las veces permanecen en el anonimato, hacia investigaciones que pretenden un bien o un beneficio de carácter público.

—Si yo lo dijera de otra forma y con un lenguaje menos culto, ¿cree usted que podría decirse que a través de ustedes se blanquea un montón de dinero negro que sirve luego, entre otras muchas cosas, para que ustedes puedan vivir a cuerpo de rey?

—No voy a discutir eso con usted. En el poco tiempo que hace desde que le conozco, ya me he dado cuenta de que usted tiende siempre a simplificarlo todo de una forma que, cuanto menos, podría calificarse de exagerada.

Fowler no ocultó un gesto de disgusto por el comentario que acababa de oír. Ese Mullhouse se creía muy listo, demasiado listo. Sin embargo, el refrán decía que al final el pez siempre moría por la boca y él tenía todavía tiempo. Más del que Mullhouse podía llegar a imaginarse.

El teléfono móvil que el inspector llevaba colgado del cinturón de sus pantalones comenzó a sonar. Fowler se separó unos metros de Mullhouse y se acomodó el auricular a su oreja izquierda. No dijo nada. Sólo escuchó y colgó. Era la información que necesitaba. Travis Kent tenía el don del oportunismo. Su segundo era mucho más que un simple acompañante. Era su mano derecha y su confidente. Por eso hacía más de doce años que lo mantenía a su lado.

Travis también estaba contento trabajando al lado de Fowler. Con él lo había aprendido todo y por eso nunca había pedido ni el traslado ni ningún ascenso que pudiera apartarle de su jefe.

Fowler volvió sobre sus pasos. Travis acababa de facilitarle la información que él esperaba justo en el preciso y precioso instante en que la necesitaba. Travis era sencillamente un monstruo que para él tenía la etiqueta de insustituible.

—Se sorprenderá usted pero todavía no tengo decidido cómo dirigirme a usted. ¿Qué le parecería, alpinista Mullhouse?

—¿Cómo?

—El registro de su habitación ha conllevado un importante y relevante descubrimiento. Dígame, ¿qué hacía una escalera de cuerda en su armario? ¿Acostumbra usted a llevar siempre una consigo?

—¿De qué está hablando?

—La terraza de la suite de la señorita Shealton está justo debajo de la suya, Mullhouse. Además la forma en pirámide del edificio hace que las terrazas de la última planta queden amparadas por las de la penúltima. Estas salen más que las del piso superior y eso produce una sensación de seguridad que elimina el peligro de caída al vacío y por lo tanto la sensación de vértigo. ¿Padece usted de vértigo, doctor Mullhouse?

—No tengo vértigo y ya le declaro que en mi juventud practiqué el alpinismo durante varios años. Prefiero decírselo ahora antes de que lo descubra y empiece usted a formarse más castillos de arena de los estrictamente necesarios.

—Muchas gracias pero eso ya lo sabía. Acaban de informarme de que era usted muy bueno. Me han dicho que intentó en un par de veces un «K2», ¿no es verdad?

—Efectivamente, aunque muy a mi pesar tengo que reconocer que en ninguna de las dos ocasiones llegué a coronar la cima. Oiga inspector, son ya más de las nueve de la mañana y a las diez en punto tengo una reunión muy importante. Es cierto que el punto de reunión está muy cerca de aquí, pero me gustaría prepararla antes. Le agradecería que si, como parece, ya lo sabe todo de mí, me deje usted marchar. Ya sabrá que no soy un asesino.

—No se preocupe por la reunión porque de momento nadie va a asistir a ella. Al menos hasta que yo haya terminado con todos ustedes. Todos los demás están retenidos en sus habitaciones. Cada uno en la suya y sin teléfono. Yo también he cursado las instrucciones oportunas al servicio de telefonía del hotel para que corte la comunicación tanto interna como externa en todas esas habitaciones.

—Eso es ilegal.

—Eso es precaución —rebatíó Fowler—. Se ha cometido un homicidio. ¿Ya lo ha olvidado?

—Oiga Fowler, su oficio siempre me ha merecido el mayor de los respetos pero en esta ocasión.

—Pero en esta ocasión mi oficio le afecta a usted directamente y por eso —interrumpió Fowler—. Por eso ya no le merece lo mismo, ¿no es eso?

—No, no es eso.

—Mire Mullhouse, déjeme que le haga una pequeña confesión. Si fuera por mí ya le habría detenido. Sin embargo, en esta ocasión sólo estoy cumpliendo muy a mi

pesar, las órdenes que he recibido. No sé lo que hacen ustedes en esa empresa, la «Nature no sé qué más».

—«Nature World Corporation» —puntualizó Mullhouse.

—Bien, se llame como se llame, deben de hacer algo que escapa a nuestras atribuciones ya que el asunto ha pasado a manos de los federales.

—¿A manos del «FBI»?

—En efecto. En los minutos que pasaron desde que yo llamé a su puerta hasta que usted llamó a la mía, recibí órdenes expresas de retenerles a todos y eso es lo que he hecho. Debo confesarle sin embargo, que esperaba tener el caso resuelto antes de que llegaran esos buitres carroñeros.

—¿Se refiere al «FBI»?

—Me refiero a quién quiero y en la forma que quiero. ¿De acuerdo? Es usted quien pone nombre y apellido a mis comentarios, no yo. Yo no tengo por qué confirmarlos ni desmentirlos. Ha tenido usted suerte de que yo no me encargue de este caso. Ha tenido usted mucha suerte.

Las últimas palabras de Christopher Fowler quedaron medio ahogadas por el timbre de la puerta. Fuera quien fuera el que llamaba, lo hacía con la insistencia del que se sabe amo y dominador de la situación y que no tiene ningún tipo de recato en demostrarlo.

Fowler abrió la puerta.

Un hombre y una mujer se identificaron con sus credenciales. A Fowler no le hizo falta hacerlo ya que aún llevaba colgando la placa dorada del bolsillo de la americana.

—¿Inspector Fowler? —preguntó el hombre recién llegado a la habitación '614'.

—Yo mismo —contestó simulando amabilidad el hombretón de la policía de Seattle, mientras que interiormente soltaba una retahíla de improperios al estilo de ¿Quién coño más podría ser yo? ¿Será tarugo el creído este? ¿Y esa dónde se cree que va? Con una cara así yo ya me habría hecho monja. O mejor pensado puta, que se gana más dinero con ello.

Los dos federales se presentaron.

—Soy Glenn Elmore y pertenezco al Departamento de Homicidios Especiales —dijo el hombre tendiendo la mano hacia Fowler.

—Y mi nombre es Diana Farrell. Soy doctora en Medicina y estoy en la Sección de Análisis científico y forense.

—¿Homicidios Especiales? —preguntó Fowler de forma socarrona—. ¿Acaso todas las víctimas de asesinato no son todas iguales? ¿Existen vidas que valen más que otras? ¿Hay homicidios que se apellidan ahora especiales? —añadió en clara demostración de sus palpables diferencias con los métodos usados por los federales.

—¿Quién es usted? —preguntó Elmore a Mullhouse.

—Soy Kevin Mullhouse, Presidente del Consejo de la «Nature World

Corporation» —contestó presentándose.

—¿Dónde está el resto de consejeros? Le di órdenes de que los retuviera a todos, Fowler.

—Cada uno en su habitación. Sin posibilidad de comunicarse entre ellos, tal y como usted ordenó. Aquí están sus teléfonos móviles. Se los quité como medida de precaución.

—Yo sólo le pedí que los retuviera, no le dije nada de incomunicarlos. ¿Ha interrogado usted a Kevin Mullhouse? También le dije que no lo hiciera.

—No, no le he interrogado. Me ha parecido una persona muy interesante y sólo hemos estado intercambiando opiniones y pareceres. ¿No es cierto, Mullhouse? —preguntó Fowler dirigiéndole una mirada que no había visto hasta entonces.

—En cierto modo podríamos decir que así fue —contestó Mullhouse al saberse y sentirse liberado del perro de presa de la policía de Seattle.

—Doctor Mullhouse, tengo entendido que sus oficinas no están lejos. ¿Es eso cierto?

—Están a menos de cien metros de aquí. Están justo en la esquina del bloque contiguo.

—Bien, suba a ver al resto de miembros del Consejo e infórmeles de que les veré a todos a las doce en punto en sus oficinas. Vayan ustedes allí. Les pido discreción. Cuanta más mejor. Por nuestra parte yo quiero que primero la doctora Farrell examine el cadáver. Respecto a usted inspector Fowler, sólo me queda darle las gracias por su colaboración.

—Estaremos esperándoles en la Sala de Juntas —dijo Mullhouse al salir de la habitación.

—¿Es eso todo? —preguntó Fowler.

—¿Todo? Eso sólo acaba de empezar —contestó Glenn Elmore.

Mullhouse se cruzó con Travis Kent en el vestíbulo de la última planta. No le conocía pero no se extrañó de su presencia porque le pudo ver una placa de características exactamente iguales a la que le había estado torturando durante las dos horas últimas.

En ese mismo instante, dos de los consejeros se comunicaban entre ellos por un sistema que nada tenía que ver con los sistemas conocidos de la telecomunicación.

—Mullhouse ha recibido la orden de convocarnos a todos a las doce del mediodía —comunicó uno de ellos.

—Ya sabes lo que hay que hacer —contestó el otro.

—¿Se ha averiguado ya el paradero donde está escondida la doctora Gina Hartford?

—Todavía no. Ya sabes que estos cuerpos humanos tienen muchas ventajas pero también limitaciones importantes.

—A Northon le tenemos controlado pero no podemos hacerle nada hasta que nos lleve hasta ella. Es más listo de lo que supusimos en un principio.

—No te preocupes por ese. Ya le llegará su momento. Procura ganarte la confianza de Mullhouse. Él es el plan «B».

—De acuerdo, *MerakB*.

—Cómo me gusta sentirme llamado por mi verdadero nombre. Hasta ahora mismo, *UtlerZ*.

Capítulo 5

Los tímidos rayos del sol comenzaban a cobrar fuerza. La proximidad de que el astro rey pudiera alcanzar el punto álgido diario, era la causa que provocaba esa inusual intensidad en un mes de Febrero.

En la Sala de Juntas todo eran caras largas. Los comentarios de los presentes eran muy cortos en palabras, estaban terriblemente cargados de emotividad y casi siempre caían en la repetición. Aquellos trece hombres, a los que se les suponía una facilidad de palabra innata, estaban consternados y les costaba un mundo el encontrar frases inéditas que no estuvieran vacías de contenido. La tensión vivida al despertar y durante las horas siguientes había hecho mella en todos ellos.

En la mente de todos y de cada uno, flotaba una idea que nadie se atrevía a comentar en voz alta. Nadie quería ser el primero en expresarla. La cerrada discusión de la sesión vespertina de ayer era la consecuencia primaria de todo lo que había sucedido. Sin embargo, había algo que para la mayoría todavía no tenía explicación. ¿Por qué Dorothy? ¿Qué pintaba ella en todo eso? Y sobre todas esas preguntas, la pregunta más angustiada seguía sin respuesta. ¿Estará el asesino sentado a mi lado?

Mullhouse esperaba sentado en su sillón. Lo hacía cabizbajo y perdido en sí mismo. Simulaba escribir y tomar notas de resumen pero en realidad no lo hacía. Aún no había logrado liberarse por completo del calvario sufrido con Fowler. Habían sido las peores dos horas de su vida. La soberbia y la intransigencia del inspector de policía de Seattle le habían sacado de sus casillas. Por fortuna, los federales habían llegado en el momento en que ya no podía aguantar más. No tenía muy claro lo que habría llegado a hacer si aquello hubiera durado unos minutos más.

Carl Northon repasaba mentalmente las intervenciones de ayer tarde. Mientras lo hacía, miraba de soslayo hacia el protagonista de cada uno de sus recuerdos y le analizaba todos sus movimientos, los de ayer y los de hoy. Intentaba percibir cualquier detalle que le pudiera poner en la pista correcta. Por un instante se acordó de su autora preferida. La imagen de Agatha Christie se le apareció y con ella el título de una de sus novelas, ‘Los diez negritos’. ¿Iban a convertirse ellos en la versión moderna y ampliada hasta catorce de la popular obra? Ya sólo quedaban trece y mucho tenían que cambiar las cosas para que todo se parara ahí. La escalada de acontecimientos estaba clara ya que las desapariciones habían dado paso a los asesinatos. Estas últimas podían estar sujetas a mil y una conjeturas pero un asesinato ya no tenía lugar para ellas. Si bien los cuerpos de los miembros desaparecidos del equipo de investigación no habían aparecido hasta ahora, el cuerpo de Dorothy en cambio, había sido encontrado y prefería no pensar en cuál debía ser su estado después de lo poco que había conseguido averiguar.

Levantó la vista y comprobó que todos estaban pendientes de él. Tenía doce pares

de ojos clavados como doce puñales en su cuerpo. Sintió un escalofrío al pensar que un par de aquellos ojos eran los del asesino de Dorothy. Unos golpes en la puerta de la sala Juntas le rescataron de su estado casi pre-catatónico. Observó como Mullhouse se levantaba y la abría. Glenn Elmore, Diana Farrell y otro hombre desconocido, entraron en la sala donde se encontraban los consejeros reunidos. Glenn Elmore presentó a todo su equipo. El tercer miembro resultó ser Patrick Hastings. Cuando Elmore explicó las credenciales por las que había decidido integrarlo en el equipo, más de un consejero sintió que sus genitales se encogían todavía un poco más. No era por temor sino por respeto a las palabras que utilizó Glenn Elmore para su presentación. Las palabras textuales que pronunció llevaban una carga intrínseca de valor incalculable. ‘Patrick Hastings es el especialista del «FBI» en fenómenos paranormales’.

Tras unos momentos de desconcierto en la sala, todo volvió a la normalidad y Glenn Elmore retomó la palabra.

—Caballeros, no puedo ocultarles la gravedad de la situación. Sé que la mayoría de ustedes están en estos momentos sobrecogidos por los acontecimientos. Sin embargo, no es menos cierto que todos los indicios y, a falta de los resultados definitivos de la autopsia del cuerpo de Dorothy Shealton, todo parece indicar que el asesinato responde a unas pautas establecidas como parte de un ritual. Comprenderán ustedes fácilmente que no me extienda ahora en teorías que podrían confundir a más de uno y que, además, también podían tener el agravante de conferir ventaja a quien no quiero dársela. En un principio, mi equipo y yo tuvimos la intención de hacer un careo masivo entre todos ustedes, pero el primer examen del cuerpo sin vida de Dorothy Shealton lo desaconsejó de inmediato.

Reconozco que me gustaría detenerles a todos pero no puedo hacerlo. Además estoy seguro que no lograría ni adelantaría nada con ello. Es por eso que he solicitado la ayuda de Patrick.

Les ruego a todos ustedes que no salgan del país. Conozco que todos sin excepción, son personas importantes e influyentes. Si alguien tiene que hacerlo por motivos inaplazables, quiero saberlo con la suficiente antelación. No se sorprendan si les detienen en caso de que intenten salir de los Estados Unidos sin mi permiso.

—¿Significa eso que estamos detenidos? —preguntó Peter Law.

—No señor. Eso sólo significa que todos ustedes están bajo sospecha y que por eso quiero tenerles controlados. No les puedo poner una sombra a cada uno de ustedes. Así que prefiero actuar de espectador y observar desde la distancia con la mayor amplitud de miras que me sea posible. No duden que voy a conocer y controlar todos sus movimientos.

Mientras que Glenn Elmore había estado hablando, Patrick Hastings había creído percibir algo que apenas había durado una centésima de segundo.

Estaba seguro de haber captado algo y también se sentía muy preocupado porque sabía que su presencia ya había sido detectada y que sus portentosas facultades habían sido identificadas y puestas al descubierto. Una cosa sin embargo, le había quedado clara. Si lo que había detectado era un principio de comunicación, eso significaba que o bien el asesinato había sido cosa de dos o que el asesino no estaba solo y tenía un cómplice en la misma sala. La cifra que le aparecía en la parte superior interna del cristal izquierdo de sus gafas, le indicaba que el intento de comunicación no había podido traspasar ninguna pared. Todo se había producido en el interior de la Sala de Juntas.

Cuando los tres componentes del equipo de la policía federal se volvieron a reunir a solas alrededor del cuerpo desnudo y sin vida de Dorothy Shealton, Glenn Elmore miró a sus dos compañeros.

—He visto tu cara, Patrick —le dijo—. Has detectado algo, ¿verdad?

—En efecto, pero lo malo de eso es que ellos ya saben también de mi presencia.

—¿Ellos? ¿Son más de uno? ¿Qué has percibido?

—Por lo menos son dos. Ha sido un intento de comunicación que se ha cortado desde el inicio al percibir que había un filtro receptor inesperado para ellos.

—¿Cuántos crees que deben formar el equipo contrario?

—Como miembros del Consejo, me inclino hacia la hipótesis de que sólo son dos. De eso estoy casi seguro. Sin embargo, nunca son menos de cinco efectivos y me extrañaría mucho que en esta vez fueran sólo dos. Yo creo que deben ser seis. Dos de ellos han propiciado las desapariciones. Otros dos tenían la misión de controlar el proceso desde el Consejo y los dos que faltan, casi con toda seguridad, están al cargo de descubrir el paradero de la doctora Gina Hartford. Esa doctora es su gran preocupación porque con sus sorprendentes métodos les ha puesto al descubierto. O al menos, en buena parte.

—¿Qué opinas tú, Diana?

—He estado observándoles a todos mientras tú hablabas, pero no he notado nada especial en nadie. Yo confío plenamente en Mullhouse y en Northon. No en vano, fueron ellos los que acudieron a nosotros tras las dos primeras desapariciones. Además, han aceptado someterse voluntariamente y de buen grado a todas las pruebas y análisis que les hemos solicitado en estos meses —contestó la forense—. Aunque la opinión que más interesa es la de Patrick, la mía va en ese sentido. Sólo Patrick puede descubrirles al aplicar los métodos y los circuitos que él sólo conoce. Quizás algún día nosotros también conoceremos su secreto —añadió Diana, mesándose el cabello en un gesto que repetía constantemente.

—Mejor que no sea así —respondió Hastings—. No creo que os sintierais muy orgullosos de ello.

Los tres miembros del equipo federal tenían orígenes y procedencias muy diversas. De Glenn Elmore podría decirse que había crecido prácticamente en el cuerpo. Su padre había pertenecido al «FBI» y él, desde pequeño, se había sentido como un componente más. Cuando su padre murió como consecuencia de un mal cálculo en una intervención policial que sólo pretendía evitar el enfrentamiento entre dos bandas rivales, Glenn sólo tenía trece años.

Su madre, en aquel desgraciado entonces, le hizo prometer que él no iba a formar nunca parte de esa locura y él se lo prometió. Cuando lo hizo, sabía que le estaba mintiendo pero se lo prometió. Y cuando llegó el día de desvelar lo falso de su promesa, no tuvo objeto el tener que hacerlo porque su madre ya no estaba en este mundo. Un cáncer atroz y con un crecimiento galopante se la había llevado hacía algo más de dos años, en apenas tres meses. A partir de aquel día, Glenn pudo seguir libremente la estela que le había marcado su padre. Hacía cuatro años que Elmore había sido ascendido al grado de inspector y ello le concedía la prerrogativa de poder elegir a los miembros de su equipo en cada una de las investigaciones que le era encomendada. No dudó en integrar a Diana Farrell, cuando ella logró superar las oposiciones a las pruebas periciales de medicina con una suficiencia muy digna de destacar. Desde entonces siempre había contado con ella y Diana se había convertido en un miembro fijo del equipo de Elmore y en la realidad era algo más. La doctora Farrell acababa de cumplir los treinta años y aunque no era una mujer que destacase por ser excesivamente hermosa, sabía siempre como comportarse y sobre todo como satisfacer al sexo contrario. En más de una ocasión el trabajo les había llevado a tener que compartir penas y desengaños. Eso les había comportado un creciente acercamiento mutuo que se había convertido en algo más cuando por motivos ajenos a sus voluntades, se vieron forzados a utilizar la misma cama. En la primera noche ni se hablaron ni se movieron. Los dos estuvieron temerosos de no rozarse. En la segunda hablaron y hablaron, hasta quedarse dormidos. En la tercera, la confianza les hizo pasar a la acción y aunque comenzaron a hacer tímidamente el amor, terminaron entregados el uno al otro de una forma salvaje.

Al día siguiente, se intentaron convencer de que lo que habían hecho no iba a significar nada. Se prometieron el uno al otro de que no iba a influir en el rendimiento de su trabajo y que precisamente por esa independencia podrían repetirlo cuantas veces quisiera. Los dos eran libres y los dos podían continuar siéndolo. La realidad no obstante, era muy distinta. Los dos estaban unidos mucho más de lo que cualquiera de ellos podía llegar a admitir.

Patrick Hastings por su parte, no era propiamente un miembro puro del «FBI». A él le gustaba definirse como un elemento autónomo y liberado que participaba esporádicamente con la policía federal. El motivo real para que la agencia federal aceptase esa intermitente colaboración, eran las portentosas cualidades de Hastings.

Todo comenzó en el mes de abril de 2001, cuando Patrick Hastings logró predecir el lugar exacto en el que se encontraba retenido un muchacho de once años de edad. El muchacho llevaba tres días desaparecido y Hastings señaló en un mapa dónde tenían que buscar. El equipo de búsqueda se dirigió allí y lo encontró. La exactitud de la predicción causó un gran revuelo pero él le quitó importancia y la atribuyó a la suerte y al conocimiento de la zona.

Lo cierto es que el hecho no pasó desapercibido a quien vio en él a una posible ayuda a la que no podía renunciar. Tardó en convencerle pero lo logró y poco a poco Hastings fue participando en casos que nadie podía explicar. Sus éxitos se repitieron y él siguió atribuyéndolos a una gran dosis de fortuna.

Hastings también contaba con fieles y leales detractores que le acusaban de embaucador. Sin embargo, él nunca gastaba un solo segundo en rebatir los argumentos que se vertían es su contra.

Patrick Hastings estaba plenamente convencido de que esa no era su misión.

Glenn Elmore tomó en consideración a Hastings cuando alguien le contó que el muchacho estaba muerto cuando le localizó la patrulla de búsqueda. Estaba atrapado en el fondo de una grieta y no había respondido a nada de lo que le habían gritado ni tampoco a su propio nombre. En cambio, cuando Hastings llegó con el segundo grupo y pronunció su nombre el chico comenzó a gemir y reaccionó. Nadie pudo, ni supo, ni quiso explicar lo sucedido. Sencillamente se admitió tal y como sucedió.

En alguna que otra ocasión, Elmore había tratado de que Patrick le explicara lo sucedido bajo su propia versión pero este siempre le contestaba con evasivas. La más utilizada era aquella de que conocía la zona y que sabía de todos los lugares que revestían peligro para un muchacho solitario y meditabundo.

Pero el caso de las desapariciones de los científicos de Northon era mucho más complejo. Los primeros presagios de Patrick Hastings se convirtieron en realidad cuando encontraron el cuerpo sin vida de Ben Carraguer. El cadáver demostraba que había sido torturado y mutilado. Entonces decidieron no hacer público el hallazgo del cuerpo. Ni Northon, ni Mullhouse fueron nunca informados de ello. Ben Carraguer iba a seguir oficialmente desaparecido para todos. Sus restos se criogenizaron y se guardaron en una zona secreta que estaba vigilada por el ejercito, en espera de que se confirmaran las teorías de Patrick.

Ahora, con el triste episodio de Dorothy Shealton, esas teorías comenzaban a tomar cuerpo.

A poco más de cincuenta kilómetros de Seattle, *MerakB* estableció una comunicación extrasensorial con *UtlerZ*.

—Hoy nos hemos reencontrado con un viejo amigo, ¿no es verdad?

—No quiero que pronuncies su nombre —contestó *UtlerZ*.

—No pensaba hacerlo —admitió *MerakB*—. Ya sabes que nunca lo haría.

—¿Tenemos alguna novedad con respecto a Gina Hartford?

—No.

—Pues pasado mañana tendremos que hacer que *ZimbaK* active la fase siguiente.

—Está previsto que llegue esta misma noche.

—Mantenme informado siempre que estemos libres de la presencia de nuestro viejo amigo. Él aún no sabe quiénes somos.

—De acuerdo.

—Mañana te indicaré a quién tenemos que abducir.

—Tú mandas —aceptó *MerakB*.

Capítulo 6

Dorothy Shealton fue inhumada en el cementerio de su pequeña localidad natal, situada en el estado de Oregon. Mullhouse y Northon acudieron al sepelio acompañados de los tres miembros del equipo policial federal.

Una suave brisa envolvía a la escasa veintena de personas que asistieron al funeral oficiado por el pastor de Woodburn. De entre todas esas personas, sobresalía la figura de una mujer de unos cincuenta años que no dejaba de llorar de forma desconsolada y que era el objeto de atención de todos los presentes.

Esa mujer se llamaba Beth Shealton y era la madre de Dorothy.

Mullhouse y Northon se acercaron a ella al finalizar el responso para darle personalmente el pesame. Mientras tanto, Elmore, Diana y Hastings se dedicaban a observarlo todo y a todos desde la distancia.

Beth Shealton reaccionó de forma inesperada cuando conoció la identidad de Kevin Mullhouse. La mujer que había logrado recuperar la calma, rompió de nuevo a llorar y comenzó a susurrar frases difíciles de comprender al mezclarse con el llanto que no cesaba.

Fue Carl Northon quien logró tranquilizarla cuando sus manos, en el momento de expresar sus condolencias, agarraron las de Beth. El estado más sosegado de la madre de Dorothy no trajo consigo el final de sus lamentos, pero sí que permitió que estos fueran más entendibles.

—Le dije que no lo hiciera. No tenía que haberlo hecho. Se lo advertí varias veces. Siempre he estado temiendo que llegara este momento —repetía una y otra vez de forma desconsolada.

La poca concreción de las frases pronunciadas por Beth Shealton y la carga de misterio que iba encerrada en las mismas, provocaron que Northon hiciera una señal con la mano a Glenn Elmore para que este se acercara.

El jefe del grupo federal acudió a la llamada del consejero de la «NWC». La madre de Dorothy seguía ensimismada sin dejar de expresar repetidamente sus lamentos en voz alta. Eso hizo que Elmore realizara una nueva señal para que Diana y Hastings se unieran al grupo que rodeaba a Beth Shealton.

Patrick Hastings escuchó en silencio y llegó a la conclusión de que había algo de cierto en aquellas frases quejumbrosas. No quiso preguntar nada porque no era el momento de hacerlo delante de extraños a los que no tenía controlados. Su mano cogió el codo izquierdo de Elmore y lo apartó unos metros para poderle hablar a solas con la seguridad de no ser escuchados. Diana observó el movimiento pero permaneció quieta, impidiendo de esta forma que Northon y Mullhouse pudieran moverse.

—Tenemos que volver aquí y hablar con ella —dijo Patrick.

—¿Entiendes que hay algún fundamento más en sus palabras que no sean los producidos por el dolor y la desesperación?

—Eso habrá que averiguarlo. He percibido una señal en la que he identificado unas risas nerviosas. Eran las risas de una adolescente. Las he percibido justo en el momento en que esa pobre mujer ha pronunciado las siguientes frases, «nunca debió ir allí» y «le dije que no fuera porque era peligroso».

—¿Crees que ha podido ser un *flashback* del pasado?

—No lo sé seguro pero no podemos dejar de comprobarlo. No les digas nada a esos dos. Prefiero que tú y yo volvamos otro día, solos —concluyó Hastings, iniciando su caminar para volver a unirse de nuevo al grupo.

Diana les observó regresar en silencio. Mullhouse no preguntó nada y Northon seguía pendiente de Beth Shealton.

El acto terminó a los pocos minutos, y tanto el grupo de policías federales como el de consejeros de la «NWC» emprendieron el viaje de vuelta a Seattle, en sendos coches.

El tema de conversación en ambos vehículos fue exactamente el mismo. A nadie le habían pasado desapercibidas las preocupantes cargas de premonición que estaban incluidas en las frases de Beth Shealton ¿A qué hecho se había referido exactamente? ¿Por qué había sido tan insistente en ello? Era palpable que estaba muy afectada por su posible influencia.

Northon y Mullhouse llegaron a la conclusión de que volver para preguntar, no entraba dentro de sus cometidos. En el coche de Elmore, Hastings fijó para el día siguiente la nueva visita a Woodburn, aprovechando que sabía que también para ese día estaba convocada la reunión del Consejo de la «NWC» que se había aplazado con motivo de la muerte de Dorothy.

Elmore había conseguido permiso de Mullhouse para que Diana estuviera presente en ella en calidad de observadora. El acuerdo incluía una cláusula de confidencialidad en todo lo que pudiera hacer referencia a cuestiones científicas.

Diana había recibido instrucciones expresas de Hastings de vigilar principalmente dos cosas. La primera de ellas consistía en que debía procurar estrechar la mano de todos y de cada uno de los consejeros cuando ella se incorporara a la reunión. Su objetivo era descubrir si alguien tenía las manos más frías de lo normal. Hastings le había expresado a Elmore el temor a que el equipo rival estuviera en plena etapa de formación. Eso significaba nuevas incorporaciones y Diana tenía la misión de identificarlas. El segundo de los temas que vigilar estaba encaminado a poder desvelar cadencias extrañas en la pronunciación de las frases y también en un movimiento exagerado de apertura y cierre en las pupilas de los ojos.

Las consignas de Hastings habían sido muy concretas. Diana sólo tenía que identificarlas pero no podía tomar ninguna iniciativa. En eso Hastings había sido

extremadamente claro, taxativo e insistente. Le había repetido varias veces que ninguna significaba «ninguna».

Ante tal grado de insistencia, Elmore le había apuntado a Hastings la posibilidad de ser él mismo quien acudiera a la reunión del Consejo de la «NWC», pero Patrick lo había desaconsejado. Sabía que una mujer iba a despertar muchos menos recelos que un hombre.

La reunión del Consejo comenzó a las diez en punto y justo una semana después de lo que había estado previsto.

Mientras Diana trataba de identificar las anomalías indicadas por Hastings, este y Elmore se encontraban a unas treinta millas de la pequeña población de Woodburn. Durante el viaje, Glenn Elmore había permanecido inusualmente callado y Hastings parecía haber enmudecido. Su semblante reflejaba la tensión y la seriedad que suele preceder siempre a los grandes acontecimientos. El jefe del grupo federal intuía algo y decidió romper el silencio.

—¿Preocupado?

—Solo concentrado —respondió Hastings.

—¿En qué piensas?

—En nada. Procuero mantener mi mente en estado de alerta.

—¿Alerta de escucha?

—Reconozco que también podría definirse correctamente de esa manera —asintió Hastings, para sumirse de nuevo en el silencio.

Diana Farrell intentaba procesar la gran cantidad de información que se barajaba en la reunión del Consejo de la «NWC» a la que asistía como invitada. Sin embargo, la sensación de haber descubierto un par de manos extremadamente frías, la mantenía ahora, completamente pendiente de confirmar las otras dos características anunciadas por Hastings. Pero hasta el momento no había podido hacerlo.

El individuo identificado por el contacto manual, había permanecido callado y con la mirada fija en un solo punto sin apenas variación. Tuvo el impulso de mandar un mensaje a Hastings con su nombre pero recordó que su compañero le había recalado insistentemente que no tomara ninguna iniciativa y por eso se retuvo y no lo hizo. Ella nunca llegaría a saberlo pero esa sencilla y a la vez afortunada decisión, le salvó la vida. En aquel mismo instante y sin que nadie en la Sala de Juntas pudiera sospecharlo, se estableció una privada comunicación extrasensorial entre *UtlerZ* y *MerakB*.

—¿Habrás descubierto ya nuestro viejo conocido el jeroglífico pintado en el techo de la casa del viejo gasolinero de Woodburn?

—Si aún no lo ha hecho, *CodufT* no tardará en llevarle hasta allí —respondió *MerakB*.

—Tuviste una idea excelente al proponer que *CodufT* tomara el cuerpo de la madre de esa insolente secretaria.

—¿Crees que nuestro viejo conocido lo notará?

—Sabemos que es muy listo, pero si *CodufT* ha seguido al pie de la letra tus consejos, le va a ser un tanto difícil.

—Y esa agente federal, ¿habrá desenmascarado ya a *ZimbaK*?

—Estoy seguro de que sí que lo habrá hecho porque habrá recibido las instrucciones precisas de cómo hacerlo. No obstante de momento sólo lo sabe ella. Por el momento no ha mandado ningún mensaje.

—No creo que lo haga. Debe saber que lo detectaríamos.

—Estoy impaciente por saber si *CodufT* ha podido cumplir con su misión en ese condenado pueblo.

—Eso no tardaremos en conocerlo. De momento nos toca vigilar a Northon. Tarde o temprano tendrá que intentar contactar con su colega, la doctora Hartford.

Patrick Hastings observaba con atención el grafismo del techo de la casa abandonada a la que les había conducido Beth Shealton, mientras que Glenn Elmore no paraba de tomar fotografías.

El dibujo estaba formado por cinco círculos concéntricos. No eran perfectamente regulares en su trazo pero mantenían un más que aceptable rigor concéntrico. Esos cinco círculos formaban cuatro coronas circulares que rodeaban a otro pequeño círculo a modo de medallón central. Dentro de este medallón interior se encontraba perfectamente definido un signo que Hastings reconoció al instante. La primera de las coronas, la más interior, contenía dos signos. La segunda tenía tres signos. La tercera corona cinco signos, y la cuarta, la más exterior de todas, contenía siete signos en su interior.

—¿Tiene todo esto algún sentido? —preguntó Elmore a Beth Shealton—. ¿Por qué cree usted que mataron a su hija? ¿Es ese dibujo al que usted tanto temía? —siguió preguntando Glenn, ignorando la brevedad de las respuestas de Beth, mientras seguía tomando instantáneas desde todos los ángulos posibles.

Patrick Hastings había descifrado gran parte del gráfico que decoraba el techo. El signo del medallón central, le hacía referencia directa a él mismo. Los dos signos de la primera corona representaban un hecho histórico que él también conocía muy bien. Lo mismo sucedía con la segunda y tercera corona. Ambas reflejaban sendos pasajes en los que él había estado involucrado. Sin embargo, los siete signos de la cuarta y última corona tenían un significado muy distinto. Esos signos no definían nada que ya hubiese ocurrido sino todo lo contrario. Lo que hacían esos siete signos era

anunciar algo que no había sucedido todavía, aunque también estaba muy claro que el tener que descifrar su significado, le continuaba afectando directamente.

Hastings se había dado perfecta cuenta del cambio sufrido por Beth Shealton con respecto al funeral del día de ayer. Él tenía claro que su cuerpo había sido ocupado con la clara intención de conducirlo hasta el sitio donde ahora mismo se encontraba. Se habían tomado muchas molestias para asegurarse de que eso fuera así y ello le tenía un tanto desconcertado porque era del todo evidente que ellos querían que él conociera sus intenciones por anticipado. ¿Qué objeto tenía que le concedieran esa ventaja? Nunca lo habían hecho. ¿Por qué ahora y antes no? Esa era la clave y él tenía que averiguarla. Según estaba explicando el enemigo por la boca de la madre de Dorothy, el grafismo fue descubierto en 1994 tras la desaparición de un matrimonio de edad que vivía en la casa. ¿Qué sentido podría tener esperar más de dieciocho años para llegar hasta el día de hoy? La respuesta le pareció obvia. La respuesta era él mismo.

Decidió que había llegado el momento de hablar con Elmore. No podía contarle su secreto pero tenía que dejarle claro que el asunto trascendía la capacidad operativa que podía tener Glenn. Aunque la investigación iba a continuar bajo la oficialidad más absoluta, Hastings tenía que convencer a su jefe para que confiase en él. El éxito de todo iba a depender de eso ya que los tres fracasos anteriores estaban enmarcados en las tres coronas interiores que rodeaban al signo que le definía en el círculo central del grafismo que tenían sobre sus cabezas.

La cuarta corona anunciaba un final que él no acababa de comprender del todo. Hastings estaba dispuesto a averiguarlo y a que ese final fuera muy distinto a los de las coronas más interiores.

Beth Shealton les despidió sin ofrecerles la mano. Las había mantenido siempre ocultas. O bien escondidas en los bolsillos de su chaqueta, o protegidas dentro de un enorme pañuelo que movía constantemente alrededor de su rostro.

Cuando estuvieron de nuevo a solas en el coche, para enfilarse el camino de regreso, Glenn Elmore estaba entusiasmado con el descubrimiento del grafismo.

Hastings se cuidó de rebajarle esa euforia al sugerirle que debían ir a visitar los archivos de la policía local ya que, con toda seguridad, el asunto ocurrido en 1994 debía estar documentado en un expediente.

En poco más de veinte minutos volvían a estar de camino con una copia del informe «94/A123» de la policía local de Woodburn. El dictamen final del mismo concluía con las siguientes frases:

Desaparición de Joss y Marianne Bernstein sin explicación.

Ausencia de señales de violencia.

Dibujo adjunto sin descifrar.

Análisis no concluyente de la pintura.

Glenn Elmore conducía en silencio y con la vista fija en la carretera. Hastings simulaba dormir. Tenía los ojos completamente cerrados pero su mente estaba totalmente despierta. En su interior, se preguntaba si tenía derecho a hacer lo que se disponía a poner en marcha en los próximos minutos. Conocía las consecuencias que ello iba a comportar pero no tenía otra opción. Sus propias leyes así se lo exigían y él siempre había sido respetuoso con ellas. Su responsabilidad estaba por encima de sus deseos.

Sin decidirse a abrir los ojos, volvió la cabeza hacia su jefe y con una voz que presagiaba lo solemne del momento le dijo:

—Glenn, ¿te gustaría conocer algo más de mí de lo que sabes?

—He estado esperando este momento desde el primer día en que te conocí —contestó Elmore sin apartar la vista de la carretera.

—Antes, sin embargo, tengo que hacerte una confesión y una advertencia. Yo sólo puedo sincerarme con una persona y he decidido que esta seas tú. Si tú lo aceptas, será a ti al único que no podré ayudar ni proteger.

—Tanta solemnidad me impone. No obstante no voy a renunciar a la posibilidad de contestarme a muchas incógnitas que tengo acerca de ti. Diana no me lo perdonaría.

—Diana no tiene que saber nada de todo lo que ahora voy a explicarte. Si llegara algún día a conocerlo, tampoco podría ayudarla en el caso hipotético de que se produjera la necesidad de hacerlo, ¿entiendes? Es mucho mejor que no sepa nada.

—De acuerdo —asintió Elmore—. Tenemos casi una hora de camino por delante hasta llegar a Seattle. Te escucho.

—Recuerdo que un día mi padre me sentó a su lado y me contó la siguiente historia —empezó relatando Hastings.

Hace varios miles de años, una raza de seres superiores y muy avanzados intelectualmente, llegaron a este planeta en el que ahora vivimos. Esos seres se trajeron consigo a sus propios esclavos. Los seres superiores fueron llegando a miles y cada uno de ellos tenía derecho a transportar dos esclavos. Vinieron muchos pero estaba previsto que lo hicieran muchos más. Algo debió ocurrir en el punto de origen de donde procedían que impidió que lo siguieran haciendo y la invasión se frenó. Este planeta había sido elegido entre muchos otros porque reunía dos condiciones esenciales. La primera de ellas quedaba fundamentada en el hecho de que este era un planeta joven y que no se tenía que temer por su desaparición y la segunda resultó ser que ya había ciertas formas de vida en él. En definitiva el planeta era joven pero sin

embargo, ya había alcanzado el nivel que lo hacía propicio para ser ocupado. En él ya existían varias formas de vida perfectamente consolidadas. Una de ellas, aunque lo hacía de una forma más sencilla y primitiva, funcionaba de la misma manera en la que lo hacían los seres superiores. Y luego, existían otras especies que se comportaban orgánicamente como lo hacían sus esclavos.

No obstante —continuó explicando Hastings—. La elección de este planeta les deparó algunas consecuencias que ellos no habían previsto del todo. Hoy en día, en términos mucho más científicos que entonces, podríamos hacer algunas hipótesis sobre lo que realmente les sucedió. Una de las causas pudo ser el constante aumento de la temperatura de la superficie terrestre. Otra, la disminución de la concentración de oxígeno en el aire. Se calcula que cuando ellos llegaron, este porcentaje debía oscilar alrededor del 35% contra el 21% actual. Lo cierto es que la atmósfera y el clima favorecieron mucho más a los esclavos que a los llamados seres superiores. Estos últimos vieron como su vida se alargaba pero a su vez descubrieron que les era muy difícil la reproducción de su especie. Vivían más tiempo, es cierto, pero como no lograban reproducirse con facilidad, cada vez eran menos. Lo contrario sucedió con la raza de esclavos y estos crecieron mucho en número y también en otra cualidad que tampoco había sido prevista por sus dueños, ya que los esclavos iban aumentando también de forma paulatina pero progresiva, su propia capacidad de intelecto. Se podría decir que cada día eran más en cantidad y también que cada día que pasaba eran más inteligentes. Eso hizo que la correlación de fuerzas entre las dos especies cambiara y que los seres superiores tuvieran que inventar nuevas fórmulas para seguir en su posición dominante. Los seres superiores analizaron las causas que habían propiciado el crecimiento intelectual de la raza que había llegado como esclava y llegaron a la conclusión de que la clave para mantener su control, estaba en explotar y aprovecharse de la propia evolución positiva del intelecto de los esclavos. A más inteligencia, más preguntas. Y a más preguntas, más necesidad de respuestas. Fue precisamente entonces, cuando decidieron que ellos serían quienes les darían ambas cosas y por ello les crearon los dioses. La solución les deparó mejores resultados que los esperados en un principio. La cultura de los dioses arraigó de una forma que se mantenía intrínsecamente ligada a la propia existencia y evolución de la raza que había llegado como esclava pero que a través de los siglos se había convertido, poco a poco, en los verdaderos dueños y dominadores del planeta. Los seres superiores les crearon a los dioses mayores, pero algún tiempo después todas y cada una de las distintas civilizaciones que conocemos y las que no hemos

llegado a conocer nunca, crearon a sus digamos, dioses menores.

—¿Puedo interrumpir? —dijo Elmore, levantando un dedo como si fuera un colegial.

—Ya lo has hecho. Dime, ¿qué quieres?

—¿La raza o especie esclava somos los humanos?

—Es una buena deducción. Permíteme que siga. La historia es larga —contestó Hastings para continuar inmediatamente, sin dar opción a que Glenn le interrumpiera de nuevo.

La historia se ha ido repitiendo hasta los días actuales y los dioses menores nos han acompañado siempre desde entonces. No nos han abandonado nunca. Conocemos las hazañas de muchos de ellos pero ignoramos un hecho esencial. Esos dioses que hemos convenido en llamar menores, han sido siempre los mismos. Hoy en día nos costaría aceptar que Ulises, el héroe de Ítaca que logró vencer la resistencia de Troya con la famosa estratagema del caballo, siglos después se llamó Ricardo Corazón de León y fundó la orden de caballería más afamada de todos los tiempos.

—No puedo creerlo.

—Lo ves. Yo no te digo que ese ejemplo sea rigurosamente cierto ni tampoco te digo que no lo sea. Como este podría darte otros muchos que te sorprenderían aún más.

—¿Quién eres tú en realidad, Hastings?

—No puedo decírtelo. Me está prohibido revelar mi nombre.

—Está bien, cuéntame más de esa historia de los seres superiores y de sus esclavos. ¿Cómo acabó?

—Como tú muy bien podrás suponer esa historia no ha acabado todavía. Aún dura y los dos estamos metidos en ella. Te decía que los llamados seres superiores fueron perdiendo efectivos y por lo tanto su poder se debilitó. Entonces trataron de buscar nuevos métodos y estrategias para seguir con el dominio del planeta.

—¿Qué hicieron?

—Desarrollaron un sistema por el que podían anular la voluntad de un cuerpo esclavo y poseerlo para vivir en él y a través de él. Eso lo hacían primero, motivados por el hecho de que también habían visto mermar paulatinamente su propia capacidad de movimiento y de esta forma la aumentaban.

—¿Estás hablando de abducciones?

—Sí, pero en aquel entonces el sistema tenía una clara limitación. El sistema desarrollado por los seres superiores sólo era efectivo si se entraba en el cuerpo

esclavo cuando este estaba a punto de fallecer. Aprovechaba el conocido último suspiro de exhalación para colarse dentro. Acto seguido se procedían a revitalizar y a reparar los diferentes circuitos que el cuerpo esclavo necesitaba para seguir funcionando. El sistema les otorgaba muchas ventajas porque se confundían y podían pasar totalmente desapercibidos y camuflados entre los esclavos. De esta forma les controlaban más disimulada pero también más efectivamente. Además ellos, al ocupar el cuerpo esclavo, conservan casi todas sus funciones superiores y continúan siendo autótrofos aunque comen para disimular sin que tengan ninguna necesidad de hacerlo. Pueden inmortalizarse y traspasar objetos o paredes aunque no suelen dar espectáculos gratuitos si no lo precisan realmente.

—¿Eso es lo que pasó en la gasolinera de ese viejo?

—Casi con toda seguridad podría decirte que sí. Ellos juegan con mucha ventaja porque continúan siendo puro intelecto. El cuerpo que ocupan es utilizado sólo como un envoltorio que desechan cuando lo creen conveniente. Son asexuados y por esa razón no pudieron seguir con el ritmo de reproducción hermafrodita, tal y como estaban ellos acostumbrados. Es por eso que una de las cosas que todos quieren probar cuando ocupan un cuerpo esclavo es el sexo. Siempre se han resistido a perder su posición de privilegio dominante y también a aceptar que sus seres semejantes no volverán a venir. Aunque creo que lo saben, ellos continúan preparando y esperando esa nueva llegada que les permita salir de su escondite para dominarlo todo, otra vez, de una forma totalmente clara e inapelable.

—¿Eso explicaría la existencia de la *Atlántida*? ¿Es allí dónde se esconden los seres superiores?

—Ese es un lugar que también ha recibido muchos nombres a través de la historia.

—¿Qué quieres decir?

—Veo que tú recuerdas fácilmente a la *Atlántida*, ¿verdad?

—Sí.

—Y estoy seguro de que también habrás oído hablar alguna vez de *Shangri-La* o del mismísimo Edén, ¿no es cierto? Lo que ya pongo más en duda es que conozcas la existencia de otro lugar mítico y fantástico llamado *Mu*, que por cierto, también recibió a veces el nombre de *Lemuria*.

—Tienes razón, nunca he oído hablar de *Mu* ¿Cuántos años tienes en realidad, Patrick?

—Ahora sólo tengo un par más que tú.

—¿Y cuántos nombres distintos has tenido?

—Tampoco puedo decírtelos aunque ya te adelanto que más de uno te sorprendería.

—¿Te consideras afortunado al poder vivir tanto, o mejor dicho, tantas veces?

—No. Eso es un auténtico castigo.

—Amigo, ¿qué es lo que hiciste para tener que merecerlo? Ya que no puedes decir el nombre del pecador, dime por lo menos cuál fue su pecado.

—Desobedecí las órdenes de un dios mayor. Eso fue todo.

—¿Por qué lo hiciste?

—Creí que era mi deber.

—¿Volverías a hacerlo?

—No puedo ni es el momento de contestar a esa pregunta.

—¿Y te condenaron a vivir para siempre? ¿Tu castigo fue que no ibas a morir nunca?

—No, no fue eso sino todo lo contrario. Lo que perdí con el castigo fue mi condición de inmortalidad.

—No entiendo nada —dijo Elmore.

—Te explicaré hasta donde pueda. Como te he dicho, perdí mi condición de inmortal porque mi castigo consiste en que cuando muero, vuelvo a nacer una y otra vez. Todo terminará el día en que yo logre reparar mi error.

—¿Cómo sabrás que ha llegado el momento?

—Lo sabré —contestó Hastings.

—En ese caso te deseo mucha suerte porque presiento que es lo único que yo puedo hacer.

—Y yo te lo agradezco.

—Si logras terminar con todo esta vez, ¿me lo dirás?

—Si lo consigo te enterarás, estoy seguro.

—¿Qué has descubierto hoy? ¿Puedes tú entonces descifrar o comprender el extraño signo de los círculos?

—Hoy he descubierto varias cosas. La primera y más preocupante es que han desarrollado una nueva forma de ocupación de un cuerpo esclavo. La Beth Shealton que hoy nos ha recibido, no era la de ayer en el funeral. Su cuerpo era el mismo, pero ella no era ella.

—Yo no he notado nada especial. Tan sólo he observado que hoy estaba más serena, eso sí, pero he considerado que era normal que así fuera.

—Pues tendremos que estar atentos a las necrológicas que aparezcan mañana en los periódicos de Woodburn. Si todo se desarrolla como lo ha hecho hasta ahora, esta misma noche, si es que no lo ha hecho ya, el ocupante abandonará el cuerpo de Beth Shealton y esta morirá. Creo que no hay ninguna razón para que tengan que seguir utilizando ese cuerpo. La misión que tenían que realizar con él, ya la han hecho.

—¿Y si Beth no muere? ¿No podría darse el caso de que te estuvieses equivocando?

—Si mañana por la mañana la madre de Dorothy sigue todavía viva, mis

enemigos me habrán vuelto a sorprender por partida doble. Por una parte, será cierto que han mejorado y que no necesitan entrar en un cuerpo esclavo con el último suspiro, sino que lo pueden hacer cuándo y cómo quieran, anulando primero su voluntad y luego restituyéndosela cuando han finalizado su misión. Y por otra parte habrán dejado claro que ellos querían que yo lo supiese. Esto último es lo que me tiene muy pensativo y desconcertado.

—Es posible que ellos quieran jugar limpio.

—Yo creo que ellos habrán perdido alguna más de sus facultades e intentan despistarme mostrándome su nuevo juguete para que yo no descubra el que se les acaba de romper.

—Hastings —dijo Elmore con la voz impregnada de una gran preocupación—. ¿Qué me puedes explicar del dibujo del techo?

—Por ahora poca cosa —contestó Patrick intentando retener y no desvelar todas sus preocupaciones de golpe—. Te diré tan sólo que el signo del medallón central identifica a una constelación llamada *Ofiuco*. Esta constelación, cuyo nombre significa ‘el portador de la serpiente’, es una de las cuarenta y ocho constelaciones principales que ya identificó Ptolomeo hace más de tres mil años. *Ofiuco*, sin embargo, no llegó a figurar entre las doce elegidas por la Astrología convencional para formar parte de los doce signos del Zodíaco. Casi con toda seguridad la razón de ello se basa en que, en aquel tiempo, la posición de la estrella en la bóveda celeste era muy distinta a la que es hoy en día. De hecho, todo ha cambiado respecto a entonces porque incluso los equinoccios que se producen por el corte del plano ecuatorial terrestre con la eclíptica del sol lo hacen con el astro rey situado en signos distintos a los de los que reciben su nombre. El equinoccio vernal se produce hoy en día en Piscis en lugar de Aries y el otoñal en Virgo en lugar de Libra. Todo esto se lo debemos a la precesión o cambio de inclinación del eje terrestre.

—Me da cierto reparo confesarte que no estoy entendiendo mucho de lo que me estás contando —reconoció Glenn Elmore.

—No te preocupes demasiado por ello porque lo que realmente nos importa es que la variación de la posición de la bóveda celeste permite en estos momentos que *Ofiuco* se vea unida a otras dos constelaciones que le son afines y que las tres juntas puedan verse como una sola y única constelación, con un resultado altamente significativo.

—Explícate un poco más si puedes. Sigo sin enterarme de gran cosa.

—Esas tres constelaciones que ahora se pueden ver como una sola son *Serpens Caput* (cabeza de serpiente), *Ofiuco* (el portador de la serpiente) y *Serpens Cauda* (cola de serpiente). El aspecto que presentan ahora las tres juntas simula a un hombre enrollado por una serpiente completa con la cabeza apuntando a Libra.

—¿Y?

—Pues que eso conlleva consigo la lectura de que el momento que tanto esperaban los seres superiores, ha llegado.

—¿Y tú que opinas? ¿Es eso cierto?

—Yo también opino lo mismo. Sin embargo, espero y deseo que mi interpretación sea la correcta y la suya esté equivocada.

—¿Qué diferencia hay entre ambas? —Ellos lo interpretan como que el momento de la victoria les ha llegado ya que el signo indica claramente el total dominio de los esclavos rebeldes.

—¿Y cuál es tu interpretación?

—Yo lo interpreto de otra forma. Creo que por fin, todas las piezas se unen y permiten que los esclavos se liberen de sus limitaciones al comprobar que ellos, los dioses y todas sus consecuencias históricas, forman parte de la misma cosa. Deseo que de una vez por todas la especie esclava se decida a ejercer el mando que por su propia evolución le corresponde.

—¿Y tú que pintas en todo esto? ¿Y cuál es mi papel en todo este embrollo metafísico y astral? Y esa pobre secretaria, ¿qué tenía ella que ver con todas esas serpientes reconstruidas en la bóveda celeste?

—Eso está claro. Ella ha sido el mensaje que confirma que todo ha comenzado. Su muerte ha sido como el pitido inicial del partido que hemos de jugar.

—Y tú, ¿quién o qué eres? —preguntó Elmore a Hastings.

—Yo soy el contrincante y tú, antes de que me lo preguntes, acabas de convertirte en mi compañero, en mi masajista y en mi entrenador. Ellos saben que yo en buena manera dependo de ti y que te necesito. Van a ir a por ti para llegar a mí.

—Me asustas, Patrick. ¿Qué puedo hacer yo frente a esa pandilla incontrolada de encantadores de serpientes?

—No te lo tomes a broma. El asunto es muy serio. Lo primero que hemos de hacer al llegar, es reunirnos con Northon y con Diana. Quiero saberlo todo de esas investigaciones y también quiero ver su reacción cuando les cuente la verdad de lo sucedido a Ben Carraguer.

—¿Debe asistir Mullhouse a esa reunión?

—No, por el momento prefiero dejarle al margen.

—¿Sospechas de él?

—Si se confirma la nueva forma de abducción que yo imagino, todos sin excepción entraran a formar parte de la cofradía de los sospechosos.

—¿Cómo vas a evitar que se nos cuele alguien que no deseamos, en nuestras propias filas?

—Tengo mis métodos. Por eso no debes preocuparte. ¿Ya has olvidado que llevo algunos miles de años haciéndolo?

Capítulo 7

La reunión que mantuvieron los tres miembros del equipo federal con Northon resultó ser de lo más especial y peculiar. Hastings les sorprendió a todos al entregarles una hoja manuscrita a cada uno de ellos guardándose otra para sí mismo. No se trataba de un original y tres fotocopias. Eran cuatro originales. La nota, que contenía exactamente lo mismo en los cuatro ejemplares decía lo siguiente.

Leed con atención y sobre todo no pronunciéis palabra alguna. El enemigo al que nos enfrentamos tiene ojos y oídos en todas partes. Colocaros de espaldas a una pared. No es aconsejable tener nunca ningún mueble a nuestras espaldas. Por eso esta habitación no tiene ninguno. La única luz es la del techo. Serviros de ella pero evitad la iluminación directa de esa luz sobre el papel que estáis leyendo. Sin pronunciar palabra nos vamos a trasladar a otra habitación con luz natural que sólo tiene una pequeña mesa redonda y cuatro sillas metálicas. Alrededor de esa mesa nos sentaremos y escribiremos todo lo que nos tengamos que decir. Procurad ser concisos. Dejaros de retórica y vayamos directos al meollo de la cuestión. Hemos de lograr establecer una comunicación rápida y fluida entre nosotros. Cada papel que escribamos será destruido y sus trozos reducidos a cenizas. No podemos usar ningún ordenador porque siempre existe una forma de recuperar lo que ha formado parte de la «RAM» o de la «ROM» del mismo. El ordenador no sería un método cien por cien seguro, ni aun quemándolo al finalizar esta sesión. Ya sabéis que ahora los discos duros se fabrican con mucha resistencia a la acción del fuego. Cuando hayáis leído esto y estéis dispuestos a aceptar mis condiciones, levantad el dedo pulgar de la mano derecha hacia arriba. Eso significará que a partir de ese momento, todos vais a estar totalmente de acuerdo en aceptar que yo voy a dirigir extraoficialmente la investigación. Pero nadie debe enterarse de ello. Estoy a la espera de vuestra señal'

Diana pasó de la excitación inicial al rechazo escéptico de la antepenúltima frase. ¿Cómo y por qué se atrevía Hastings a pasar por encima de Glenn? Esperaba y deseaba que Elmore no cediera ante ese burdo chantaje que suponía la combinación de falsos silencios con enemigos invisibles.

Sin embargo, cuando ella levantó la vista se quedó petrificada al observar que tanto Northon como Elmore tenían y mantenían el pulgar levantado en señal de aceptación. Se dio cuenta de que los tres la miraban a ella y también levantó de una

forma instintiva y refleja su dedo pulgar hacia arriba. No supo explicarse si debía atribuir su gesto a una aceptación expresa, a una claudicación temporal o a una rendición total y sin paliativos. Lo cierto es que cuando ella hizo la señal, Hastings también levantó su dedo y les recogió las notas para destruirlas y quemarlas. Después de eso cruzó el dedo índice de su mano izquierda sobre los labios de su boca y con la mano derecha les indicó la dirección hacia donde debían dirigirse.

Cuando se reinició la reunión, Hastings fue bombardeado a preguntas. Él, sin embargo, mantuvo la compostura y siguió pidiendo calma. Les indicó en una especie de sinopsis que dibujó rápidamente que tenía tres temas por tratar. Escribió los nombres de sus tres compañeros de mesa y luego los rodeó con un círculo. A continuación trazó una flecha y relacionó globalmente los tres temas con los tres nombres y volvió a pedir paciencia con las manos. Los tres interlocutores aceptaron de nuevo. Entonces Hastings, subrayó el primero de los temas y le puso nombre y título en letras mayúsculas. «**NUESTROS ENEMIGOS**». Acto seguido y sin entrar en la profundidad que había empleado con Elmore, centró la definición de los mismos en una sola frase que escribió con parsimonia.

Ellos poseen cualidades y facultades que les hacen muy poderosos’.

—¿Son peligrosos? —escribió Diana en el papel.

—*Lo pueden ser si ellos quieren. O también, si es que creen que deben serlo. Sólo tenéis que ver lo sucedido con Dorothy Shealton.*

—¿Son ellos también los responsables de la desaparición de mis colegas? —apuntó Carl en una esquina del papel.

—*Sin duda son los responsables de cuatro desapariciones y de un asesinato.*— volvió a contestar Hastings por escrito.

Los ojos de Carl Northon hicieron que no fuera necesaria que este escribiera la pregunta. Patrick Hastings tampoco se explayó en su respuesta.

—*Cuando descubrimos el cuerpo de Ben Carraguer, decidimos no hacer público su hallazgo. Habían pasado dos días desde su desaparición y fue encontrado muy lejos del campamento base.*

—*Esos enemigos, ¿son humanos?* —escribió Diana.

—*No* —contestó Hastings con la cabeza.

—¿Qué es lo que son entonces? ¿De dónde proceden? ¿Cómo es que tú lo sabes? —siguió Diana.

—*Son una especie diferente con un sistema vital distinto del nuestro. Hace mucho que están entre nosotros. ¡Qué importa ya de dónde proceden!*

—¿Cómo es que tú lo sabes todo de ellos?

—*Lo sé.*

—*¡No serás uno de ellos!*

Hastings volvió a pedir un poco de tranquilidad una vez más a todos y comenzó a escribir de nuevo.

—*Amigos, tenemos que ser muy precavidos. Esos seres pueden abducir cuerpos para hacerlos suyos y poder vivir dentro de ellos. Diana, ¿en quién descubriste los síntomas que te expliqué?*

—*En Amos Williamson* —escribió Diana para seguir haciendo uso del turno de la palabra escrita y preguntar—. *¿Esos seres pueden entrar y salir de cualquier cuerpo a su completo antojo?*

—*Antes no podían hacerlo pero ahora me temo que sí pueden. Aunque espero que continúen existiendo algunos condicionantes para ello.*

—*¿Cómo cuáles?* —escribió Elmore que hasta aquel momento había permanecido muy callado y también muy atento a las reacciones de su compañera.

—*La melanina, por ejemplo. Ellos necesitan cuerpos con una calidad y una concentración especial de esa sustancia. La melanina nos protege a nosotros de los rayos ultravioletados y ellos en cambio los necesitan para su particular simbiosis. Eso significa que la raza negra es poco propicia para sus intereses porque la calidad y la cantidad de melanina de su piel son muy altas. Casi lo mismo sucede con la raza hispana, sobre todo cuanto más aborigen es. Como veis, lo primero descarta a Glenn y lo segundo a Diana. El caso de Carl es distinto. A él le necesitan tal como es. No pueden ni pensar en abducir su cuerpo porque eso resetearía su mente y se perderían tanto sus conocimientos como todos sus recuerdos. Si lo hicieran perderían el único eslabón que les queda para localizar a Gina Hartford. No intentarán nada contra Carl mientras ella siga viva.*

—*Entonces, ¿puedo considerarme seguro?* —escribió Carl totalmente convencido por la explicación de Hastings.

—*No eches todavía las campanas al vuelo. Espera a que termine la exposición del tercero de los temas.*

La cara de Carl mostró de nuevo una mueca de preocupación pero se mantuvo en silencio mientras Hastings subrayaba el segundo de los temas y escribía también en mayúsculas. «**GRAFISMO DE LA CASA DE WOODBURN**», para sacar acto seguido una magnífica reproducción a todo color de dicho dibujo.

—*¿Qué es eso?* —escribió Carl Northon.

—*Ahora no puedo explicaros paso por paso todo su significado. Por el momento quiero que sepáis que el medallón central identifica a una constelación llamada Ofiuco. Supongo que nunca antes habréis oído hablar de ella. Da lo mismo, ahora no importa. Siguiendo con el dibujo del centro hacia el exterior, nos encontramos con el primero de los anillos circulares.*

Hastings paró un momento de escribir y señaló los dos signos que ese anillo

contenía con el dedo índice de su mano izquierda.

—*El primero de ellos* —siguió escribiendo Hastings—, *es la representación de un busto femenino que identifica a la reina egipcia, Nefertiti. El segundo, como podéis apreciar, es un círculo del que emanan rayos que van a parar a unas manos abiertas. Este signo representa a Aton, el dios sol de los egipcios.*

Las caras de los tres presentes denotaban una tensión especial. Hastings se felicitó por ello.

—*Los otros tres anillos circulares y los signos que contienen, también tienen su significado definido pero por ahora no estoy del todo seguro de lo que quieren significar. Por eso no voy a hablar de ellos* —escribió Hastings faltando intencionadamente a la verdad.

—*¿Nefertiti?* —apuntó Carl, trazando varios círculos alrededor del nombre que había escrito—. *Eso significa que estás hablando de algo que sucedió más de mil años antes del nacimiento de Cristo, ¿no es así?*

—OK —respondió Hastings levantando el pulgar de su mano derecha.

—*¿Estamos nosotros involucrados en algo que ya dura más de tres mil años?* —volvió a insistir Northon.

—*Efectivamente* —confirmó Hastings.

—*¿Cómo pretendes que nos creamos todo esto?* —escribió Diana, acompañando sus palabras con una clara gesticulación de rechazo a lo que se estaba debatiendo.

Hastings esperó a que todo se calmara. Cuando lo hubo logrado y con mucha seriedad en su rostro, escribió.

—*Antes habéis aceptado las reglas de este juego. Ahora no tenéis ya otro remedio que creer todo lo que os diga. No perdamos más tiempo y pasemos al tercer tema.*

Sin embargo, antes de que Hastings pudiera empezar con el tercero y último de los temas, Glenn Elmore extendió sus dos manos sobre la mesa recabando toda la atención. Cuando estuvo seguro de haberla obtenido, escribió.

—*No voy a permitir ninguna alusión más a Hastings. Vamos a leer lo que tenga que decirnos. Yo confío plenamente en él.*

Diana acusó el golpe e hizo un ademán de separarse de la mesa pero se abstuvo de hacerlo al ver la mirada que Elmore le dirigía a ella directamente.

—*Sigue Patrick* —escribió Glenn Elmore.

Hastings subrayó el último de los temas y a continuación cogió un papel que estaba totalmente en blanco y sobre él escribió dos palabras. «**GINA HARTFORD**».

Las miradas de todos se cruzaron y Hastings continuó.

—*No quiero saber dónde está la doctora, pero sin embargo, quiero que mañana salga una noticia anunciando su muerte. Sacad un cadáver de donde os plazca con la cara desfigurada. Nadie la conoce pero nadie tiene que poder reconocerla. Vended*

un asesinato sádico y cruel. Cuando ella lea la noticia lo comprenderá y continuará escondida. Hemos de ganar tiempo y conocer la reacción de nuestros enemigos ante la noticia. Hemos de procurar crearles algunas dudas y si es posible algo de desconcierto. Mientras tengan dudas, Carl estará seguro. Cuando descubran nuestro engaño, irán a por él. No lo abducirán pero intentarán decididamente sacarle la información que necesitan sobre el paradero de Gina Hartford. Ella, aún no sé muy bien por qué, es quien más les preocupa.

—¿Puedo preguntar algo más sobre los dos signos de ese primer anillo circular?
—escribió Diana.

—Tú pregunta, yo si puedo te responderé.

—¿Qué hecho relaciona a esos dos signos? ¿Qué tienen que ver entre sí?

—Nefertiti fue la auténtica sacerdotisa de Aton. Ella reinó en Egipto cuando se casó con Amenofis IV. Este faraón cambió su nombre por el de Akhenaton y mandó construir una nueva ciudad para sustituir a Tebas como capital del reino. Nefertiti y Akhenaton intentaron muchos cambios en la sociedad egipcia. El primero y más importante fue sustituir el politeísmo por el culto a un solo dios, a Aton, el rey sol. Eso trajo consigo muchas tensiones en las áreas de poder cercanas al faraón. Los sacerdotes amonistas perdieron poder y también lo perdieron los mandos del ejército. Pero sobre todo, lo que más les perjudicó fue que el visir vio disminuidos sus privilegios. Akhenaton y Nefertiti habían tenido seis hijas pero ningún varón. Eso hizo que el faraón tuviese un hijo con una esclava elegida por Nefertiti. La sirvienta elegida fue Kiya que casualmente murió poco después del parto. Los hechos a partir de entonces, se produjeron en cascada comenzando por la muerte del faraón en extrañas circunstancias. El hijastro de Nefertiti, Tutankaton, accedió al trono siendo un niño y su madre actuó de regente. Era la primera vez que una mujer ostentaba las funciones y atribuciones de un faraón. La historia y la tradición conservadora de los egipcios intentaron enmascarar este hecho y esta época figura como regentada por el nombre de Semenejkara. Fuera como fuere, ese periodo concedió tiempo al visir Ay y al comandante del ejército Horemheb a tramar un plan para devolver a Egipto a sus tradiciones más ancestrales, entre ellas el politeísmo. Tutankaton, el hijastro de Nefertiti, se casó con una de sus hermanastras. En el cuarto año de su reinado restituyó el culto a los dioses tradicionales, devolvió la capitalidad a Tebas y cambió su nombre por el de Tutankamon. Nefertiti fue deportada y encerrada en el palacio de la nueva ciudad construida por su esposo hasta el día de su muerte. Si estáis interesados en conocer algo más de todo esto, revisad y releed la historia que de ellos ha llegado a nuestros días. He de reconocer que es bastante fiel en casi todo.

—¿En casi todo? ¿Qué más sabes tú?

—Tenemos que dejarlo aquí, amigos. Ya conocéis lo que os he pedido con respecto al tercer tema. Gina Hartford tiene que ser portada en todos los medios de

comunicación. La noticia debe ser esparcida a los cuatro vientos.

—De acuerdo —confirmó Glenn Elmore.

—Quiero que mañana cada uno ejerza de lo que es. Elmore de policía, Diana de forense que certifica una muerte atroz con claros signos de enajenamiento. Y por último Carl. A ti te toca el papel de compañero desconsolado que además reconocerá que entre ellos había algo más que una simple relación profesional —ordenó finalmente Patrick Hastings.

—Por suerte no tengo ni esposa ni novia —admitió Carl en la última hoja en blanco que quedaba.

Luego se levantó y ayudó a Hastings a destruir y quemar todos los papeles que habían utilizado.

Capítulo 8

Hastings estaba tumbado en la cama de su habitación. Estaba cansado. La jornada había resultado dura y difícil. Sin embargo, sabía que la de mañana sería todavía más intensa.

El recuerdo de lo explicado en referencia al primer anillo circular le llevó de nuevo a revivir uno de los más enriquecedores momentos que había experimentado en todas sus existencias.

Cerró los ojos y su mente le transportó. A los pocos segundos comenzó a sentir sobre su rostro la suave brisa de la noche del desierto.

La luna serpenteaba entre las nubes que cruzaban el cielo, intentando evitar ser tapada. Era un esfuerzo inútil porque el viento del este impulsaba las nubes a gran velocidad. Sin embargo, era la mejor hora del día y también era la hora preferida por la reina para pasear por los jardines y vergeles del nuevo palacio real, en la capital recién construida de Akhetaton.

Nefertiti solía deambular por ellos acompañada por una de sus hijas. Durante sus paseos se les unía el nuevo y fiel consejero que la reina había apadrinado para sí misma después de la muerte de su esposo.

Nefertiti reinaba como regente ya que su hijastro, Tutankaton, tan sólo tenía nueve años de edad. Aquella noche la reina y el consejero paseaban solos.

—Decidme, Sinetmosé, ¿será próspera la cosecha de este año?

—Será superior a la cosecha del año anterior —respondió el consejero.

—Esto les calmará.

—No creo que esto les apacigüe por mucho tiempo, majestad.

—¿Qué debo hacer?

—Cuidad y proteged a vuestro hijastro. Infundidle vuestras creencias y vuestros valores. El próximo año, cuando cumpla diez años de edad le casarán y le proclamarán faraón. Eso os hará perder posición. Es lo que ellos esperan.

—Tutankaton no resistirá su presión. Es demasiado joven. ¿Creéis que él sucumbirá a los deseos del visir y de los mandos del ejército de volver a las prácticas politeístas?

—Si lo hace, posiblemente salvará su vida por un tiempo.

—¿Y mi vida? ¿Qué será de mi vida, Sinetmosé?

—Vuestra vida no corre peligro. A vos no os harán nada. Vuestro padre, el visir Ay, no quiere vuestra muerte. Tan sólo quiere el poder. Quiere convertirse en faraón, majestad. Cuando él decida que ha llegado el

momento, mandará recluíros en algún lugar apartado y olvidado.

—¿Qué le pasará a mi hijastro?

—Ya os he explicado que el próximo año le casarán. Con toda seguridad harán que despose a una de vuestras hijas.

—En este caso la elegida será Ankhsenamón.

—Es posible que os dejen elegir la candidata a vos. Quizá sea esa la contraprestación a vuestro silencio. Los dos serán demasiado jóvenes para procrear y ellos se beneficiarán de esa contingencia. Vuestro hijastro tiene una apariencia débil. El comandante Horemheb y vuestro padre no desaprovecharán la primera ocasión que se les presente. Y si no se les presenta la propiciarán ellos mismos.

—¿Usarán veneno?

—No lo creo. Eso les podría causar problemas. Recurrirán a un accidente en una cacería o similar.

—No permitiré que le ocurra nada a mi pequeña. ¿Podéis hacer algo para evitar toda esta locura que se avecina?

—El mundo se ha vuelto loco, majestad. El hombre conoce cada día más de sí mismo y del mundo que le rodea. Eso hace que crezcan sus sueños y también sus ambiciones. Nadie se conforma con lo que tiene. Los que tienen mucho quieren todavía mucho más y los que tienen poco o casi nada, tampoco están decididos ni resignados a quedarse así.

—¿Quién eres tú en realidad, Sinetmosé? Tu forma de hablar no me es conocida.

—Vengo de lejos.

—¿Por eso no has llegado a tiempo de salvar a mi esposo?

—No era esa mi misión, majestad.

—En ese caso, contadme cuál es vuestra misión.

—Salvaros a vos, majestad.

—¿No me acabas de decir que a mí no me pasará nada?

—No me refiero a vuestra vida, mi reina. Estoy hablando de vuestro legado y del conocimiento que de vos tendrán las nuevas generaciones y los futuros pueblos.

—¿Hasta cuándo estarás cerca de mí?

—Hasta cuando vos queráis.

—Hasta mi lecho de muerte.

—Como vos ordenéis. Así será.

—Otra cosa quiero pedirte, Sinetmosé.

—Vos diréis.

—No quiero que embalsamen mi cuerpo.

—Sabéis que eso no voy a poder evitarlo.

—Pues aseguraros de que no lo hagan bien. Sobornad a los que necesitéis para que se cambien los ungüentos conservantes por otros que hagan el efecto contrario.

—Haré lo que pueda, majestad.

—Eso no me basta. Quiero vuestra promesa.

—Os lo prometo.

—Gracias. Eso será todo por hoy —dijo la reina dando por terminada la conversación.

—Si me permitís, antes de retirarme quisiera haceros una petición que espero me concedáis.

—Pedid.

—Sería bueno que el mejor escultor del reino realizara un busto que reflejase vuestra extraordinaria belleza. De esta forma las generaciones que os seguirán podrán admirar cuánta belleza hubo en vos.

—¿Creéis que mi belleza es sólo exterior? ¿Podrá ese artista reflejar algo de mi interior en ese busto?

—No quería decir eso, majestad.

—Os concedo vuestra petición pero avisad a ese artista de que no le dejaré que contemple mi rostro más que una sola vez.

—Con eso será suficiente. Os lo prometo.

—Noche de promesas, noche de estrellas nacies —dijo la reina mientras se alejaba.

Hastings abrió los ojos. Estaban bañados en lágrimas. El recuerdo de Nefertiti los había humedecido. Aquella extraordinaria mujer era una de las que más le habían impresionado. No era la única, pero en ninguna otra había podido apreciar la fuerza y la convicción con la que ella defendía sus ideas. El pensamiento le llevó de nuevo a la ciudad de Akhetaton, hoy más conocida por Tell-el Amarna, en una situación muy distinta a la anterior.

La estancia era muy sencilla y estaba casi a oscuras. El final de toda una aventura de cambios religiosos y sociales estaba a punto de producirse.

Nefertiti estaba en su lecho de muerte.

La imagen de la reina hizo que Hastings se incorporara y se colocara en la misma posición junto a la almohada, tal y como había hecho treinta y tres siglos antes.

—Sinetmosé, ¿estáis aquí?

- Sí, majestad.
- No puedo veros.
- No necesitáis hacerlo. Vos sabéis que yo estoy aquí. Os lo prometí en una noche llena de estrellas, ¿lo recordáis?
- ¿Estás satisfecho?
- ¿Yo? ¿De qué debo estar satisfecho, majestad?
- ¿Habéis conseguido el éxito en vuestra misión?
- Todavía no ha finalizado.
- Os recuerdo otra promesa que también me hicisteis aquella noche de estrellas nacientes.
- Sois muy libre de hacerlo, mi reina. Pero no hacía falta.
- ¿La cumpliréis?
- Siempre las cumplo, y esta no será una excepción.
- Me alegra oírtelo confirmar. No quiero convertirme en una falsa diosa.

Esas fueron las últimas palabras que pronunció la reina Nefertiti.

Sinetmosé vio el rostro ya inmóvil de la que había sido la mujer más poderosa en el país más poderoso que se conocía entonces. Supo que no iba a oírle pero no le importó. Se acercó a su oreja derecha y le susurró.

—Vos no lo necesitáis, majestad. Vos habéis sido una auténtica diosa en vida.

Hastings se levantó repitiendo la última frase que había dirigido a Nefertiti y después añadió mirando a la calle desde el ventanal de su habitación.

—¿Habéis regresado, no es cierto? Por fin lo habéis hecho. ¡No sabéis cómo he deseado y anhelado que llegara este momento!

Capítulo 9

La noticia apareció en la televisión a las siete de la mañana.

Allí estaban todos. Elmore y Diana Farrell informando a la prensa de un crimen horrible. Estaban diciendo que no querían adelantar acontecimientos pero todo indicaba que era un asesinato sujeto a un extraño ritual por el sadismo empleado con la víctima.

En otro de los repetidos cortes televisivos, aparecía Carl Northon descubriendo la identidad de la víctima como la de la doctora Gina Hartford. Sin embargo, no citaba para nada ni la relacionaba en absoluto con lo que les había ocurrido a los científicos desaparecidos.

Al mismo tiempo que lo hacía Hastings, tanto Mullhouse como el inspector Fowler de la policía de Seattle, también contemplaban la misma noticia en la misma cadena de televisión. Las reacciones de ambos sin embargo, fueron muy dispares.

Mullhouse sumó una nota negativa más a su estado de pesimismo recalcitrante y Fowler añadió un motivo más a su intención de continuar investigando por su cuenta, desoyendo por completo las órdenes de los federales.

—Tan sólo necesito un pequeño golpe de suerte —se dijo el policía a sí mismo—. Con eso tendría la excusa que necesito para evitar que me jubilen antes de hora.

Tres horas después de que Fowler formulara su deseo, el timbre de la puerta del apartamento de Mullhouse empezó a sonar como si lo estuviera pulsando un poseído. Mullhouse corrió a abrir la puerta.

—Ah, eres tú. ¿A qué viene tanto alboroto?

—¿Has visto las noticias? Se han cargado a la doctora. A esa que estaba escondida.

—Sí, ya estoy enterado de ello.

—¿Has hablado con Northon después de conocer la noticia?

—No, no lo he hecho —dijo Mullhouse cerrando la puerta y caminando hacia el salón de su biblioteca, precediendo y guiando al visitante.

—¿Todavía no lo has hecho?

—No —respondió de nuevo Mullhouse sin ni siquiera volver el rostro.

—No lo has hecho, ni lo harás —dijo el visitante al mismo tiempo que le calvaba en la nuca una aguja de plata de unos doce centímetros de longitud en forma de estrella.

El presidente de la «Nature World Corporation» se desplomó muerto sobre el suelo del pasillo, justo a la entrada de su biblioteca. El visitante dejó clavada la aguja en la nuca de Mullhouse.

El estilete era un doble mensaje que Hastings entendería a la perfección.

El cadáver de Kevin Mullhouse fue encontrado por la criada al regreso de la compra. El grito que profirió cuando vio el cuerpo tendido sobre un charco de sangre pudo oírse a doscientos metros a la redonda.

El sol se colaba entre las cortinas del ventanal de la biblioteca y la casualidad quiso que un rayo incidiese directamente sobre el estriado estilete que Mullhouse tenía alojado en el cerebelo y que la forma del mismo reflejase un haz de luz en varias direcciones, a semejanza del efecto que produce un calidoscopio.

Pasaban sólo tres minutos del mediodía cuando el inspector Christopher Fowler y su ayudante Travis Kent entraban en el apartamento del presidente de la «NWC», acompañados del forense y tres policías uniformados.

Fowler constató que ese iba a ser su día de suerte cuando comprobó la identidad de la víctima. Con una profunda alegría, por otra parte muy impropia de la situación en la que se encontraba, le dijo a Kent:

—Yo ya le pronostiqué que acabaría mal. Desde el primer momento me di cuenta de que Mullhouse era un listillo y los listillos siempre suelen recibir su merecido. A mí no me engañó en ningún momento. Lo que ahora tenemos aquí delante, —dijo señalando al cuerpo que todavía permanecía tendido en el suelo del pasillo—, nos lo confirma. Apuesto diez contra uno a que el autor de este crimen de hoy ha sido su cómplice. La existencia de una segunda persona, explicaría muchas incógnitas que a mí me quedaron pendientes en el asesinato de aquella joven y desgraciada secretaria.

Kent no contestó a la retahíla de afirmaciones que ya había dado por sentenciadas su jefe. Nunca lo hacía. Prefería guardar silencio y esperar unos veinte segundos para poder entrar después en la conversación con sus propias impresiones. Ese escaso medio minuto de silencio servía para que Fowler se hiciera más receptivo al haber tenido todo ese tiempo para auto convencerse de que era el mejor y el más listo de todos.

Travis Kent se dispuso a seguir su táctica. Se colocó los guantes de látex y examinó el estilete que el forense terminaba de extraer de la nuca de Mullhouse al haber mandado levantar el cadáver. Después volvió a colocarlo en la bolsa de plástico que llevaba la inconfundible etiqueta de ‘arma del crimen’.

—Curiosa pieza, ¿no te parece? —dijo mirando a su jefe.

—Una auténtica preciosidad y además por lo que hemos podido ver, de una efectividad brutal. Le ha cercenado la base del cráneo con las pequeñas aletas que lleva en la punta. Sólo se necesita clavarla y luego girarla. Es una verdadera obra de arte. Guárdala antes de que aparezcan los monosabios que se creen los más listos del mundo.

—¿Los federales, otra vez?

—Me temo que no tardarán en aparecer, aunque en esta ocasión el crimen se ha cometido claramente dentro de nuestra jurisdicción.

—¿Qué tiene esta situación de diferente con respecto a la anterior? ¿Qué te hace suponer que esta vez no sucederá lo mismo?

—Para empezar, nuestro silencio. No les vamos a decir nada. Se enterarán, claro que se enterarán. De eso estoy seguro, pero nosotros vamos a llevar esta vez la delantera y nadie nos va a poder echar nada en cara. Quiero un informe de quien es cada uno de esos peces gordos que todavía siguen con vida y que pertenecen a esa organización. Quiero conocer todo lo que se les conoce y lo que no se les conoce todavía en cuestión de vicios. Lo que está pasando sólo es posible si nos movemos en el ámbito de las drogas, de la prostitución o del contrabando, incluyendo en este último apartado el blanqueo de dinero.

Este hombre no ha muerto asesinado. A este hombre le han ajusticiado y me temo que no va a ser el último. Además, el arma del crimen tiene que significar algo más que ser vista únicamente como el utensilio vehicular de la muerte de ese hombre.

Nosotros nos vamos. No quiero que nos encuentren aquí si llegan los federales antes de lo que nos imaginamos. Deja a una pareja de agentes hasta que el resto termine. Después que sellen la puerta con precinto. Eso les retrasará todavía un poco más si llegan después de que toda nuestra gente se haya marchado. Necesitarán un permiso judicial para poder abrirla.

Diana Farrell se sentó en uno de los despachos de uso común que la Agencia tenía en su pequeña sede de Seattle. Se hizo traer todos los expedientes que tenía por firmar. En total eran cuatro. Comenzó por el más antiguo. Ella era una amante del orden y ese debía ser el primero. En ese instante Elmore llamó a la puerta y entró.

—¿Te apetece un café?

—Tengo trabajo atrasado, Glenn. He de revisar y firmar todos esos expedientes.

—Si lo prefieres voy a buscarlos y nos los bebemos aquí.

—Es una idea excelente. Gracias Glenn.

Los dos primeros expedientes eran casos ya cerrados en los que la firma de Diana era un puro trámite. El tercero estaba en una carpeta de color amarillo y en ella figuraba el nombre de Dorothy Shealton en grandes letras mayúsculas escritas a mano, con un rotulador de color negro.

Diana abrió el expediente y se paró justo en el párrafo que hacía referencia a la exploración vaginal.

>Encontrados restos de semen. Procesada identificación por análisis de ADN con resultado positivo en la persona de Joss Bernstein. Edad 81 años. Localidad Woodburn (OR). Desaparecido desde Mayo de 1994. Dado oficialmente por muerto el 27 de Enero de 2001.

—¡Coño! —exclamó Diana en el momento en que Elmore entraba con los dos cafés alojados en una bandeja portadora de color amarillo.

—No seas mal hablada, últimamente...

Glenn no pudo terminar la frase.

—Lee esto y verás.

Glenn depositó los cafés sobre la mesa y cogió el expediente que le tendía Diana. Ella había ido iluminando en color fucsia fluorescente toda la parte que le había sorprendido. Elmore dirigió su vista a los párrafos señalados por su compañera.

—Tenemos que comunicárselo a Hastings —dijo rápidamente una vez lo hubo leído.

—Siempre Hastings —protestó Diana—. ¿Qué sabes tú que yo ignore para que hayas decidido convertirte en su siervo en lugar de continuar ejerciendo de jefe suyo?

—Eso ahora no debe importarte. Tenemos un asunto muy complicado entre manos y no quiero divisiones ni reticencias entre nosotros tres. Confía en mí.

—Es difícil aceptar lo que me pides. ¿Qué explicación puede él darnos a lo que acabamos de leer, eh?

—Si lo hace, ¿te convencerás? Prométeme que si te da una explicación satisfactoria que tú tengas que admitir aunque no te guste, dejarás de comportarte como una niña celosa.

—¿Eso es lo que en realidad piensas de mí? No dices lo mismo cuando estás conmigo en la cama. Allí me llamas muchas cosas menos «niña celosa».

—Vamos, vamos Diana. No quise ofenderte. Yo sé que lo que en realidad te duele de esta situación en la que Hastings ha tomado el mando, es que yo haya renunciado tan fácilmente a él y que tú no comprendes que yo lo haya aceptado, ¿no es eso?

—Debe ser eso, no sé.

—Te quiero gatita. Prométeme lo que te he pedido sobre la explicación de Hastings.

—Si tú lo quieres así.

—Te pido que confíes en mí.

—De acuerdo —acabó aceptando Diana.

Acto seguido, firmó y guardó el expediente de Dorothy Shealton. En su cabeza, sin embargo, seguía la incomprensión por el extraño comportamiento de los integrantes del género masculino. ¡Qué simples eran todos ellos!

Gina Hartford había visto varias veces en la televisión la noticia repetida del anuncio de su propia muerte. Sin embargo, no habían mostrado fotos de la víctima en vida como solían hacer en esos casos. No había fotos del cadáver ni tampoco imágenes del lugar en donde se había perpetrado el crimen. Todo eran grandes frases sobre un asesinato horrible del que sólo se repetía constantemente el nombre de la víctima. Su

propio nombre.

Decidió que no podía hacer nada hasta que supiese quién era el artífice de esa mentira. Puede que fuera una señal de Northon pero también cabía la posibilidad de que fuera una maniobra de sus enemigos para que ella saliese a la luz.

Gina cerró el televisor y dejó en estado de letargo el ordenador. Se enfundó la ropa deportiva, unas gafas oscuras y el *discman* con unos enormes auriculares que se colocó por el momento como un colgante alrededor de su cuello. Salió de su habitación y se dirigió al vestíbulo de los ascensores.

Cuando salió del ascensor, pasó por delante del mostrador de Recepción del hotel.

—Buenos días, señorita Smallwood.

—Buenos días —contestó sin pararse.

—¿A consumir su diaria ración de ejercicio? —le preguntaron desde el otro lado del mostrador.

—Efectivamente —volvió a responder ella cuando sus pies ya enfilaban los siete escalones que la separaban de la calle.

En ese momento se colocó los auriculares en su sitio y comenzó a correr en dirección al pequeño parque natural que tenía enfrente.

Carl Northon estaba estupefacto. Las cosas habían ido cada vez a peor. Cada día que pasaba más complicado parecía estar todo. El estudio sobre la evolución del efecto de la fotosíntesis que habían comenzado siete científicos diez meses antes se había convertido en una pesadilla. El balance era de cuatro desaparecidos y un muerto entre los miembros del equipo. Un fatal baremo que se había visto incrementado en las últimas dos semanas con dos asesinatos más y con una extraña abducción en la persona de Amos Williamson. ¿Qué es lo que ellos habían descubierto? ¿A quién o quiénes se enfrentaban? ¿Por qué le respetaban a él? ¿Habrían descubierto ya la identidad de Gina Hartford? Si lo habían hecho, Gina iba a estar en serio peligro. Tenía que avisarla de todo lo sucedido y ponerla al día. Pero ¿cómo hacerlo sin delatar su escondite? ¿No era precisamente eso lo que ellos estaban esperando? No, él no iba a realizar ningún movimiento en falso. Tenía que contactar con Hastings. Necesitaba muchas respuestas para poder entenderlo todo. Necesitaba respuestas para poder ayudar y colaborar, aunque fuera lo último que él hiciera.

Hastings acababa de dejar a Elmore y a Diana cuando recibió la llamada de Northon. La jornada que había previsto para hoy había sido dura pero la realidad había superado con creces todas sus previsiones. La explicación que había dado a Diana sobre el ADN de los restos de semen encontrados en el cuerpo de Dorothy habían tenido que ir un poco más allá de lo que él hubiera deseado revelar. Pero así y todo, la explicación que había terminado por aceptar la doctora Diana Farrell no suponía un riesgo grande. La posibilidad de suplantación de personalidad en la

abducción de un cuerpo había terminado por convencer a la escéptica compañera del equipo federal. Elmore había respirado cuando ella dio por buena la explicación. Hastings no creía que ella hubiera entendido realmente nada de lo que él le había explicado. Pero como la conocía lo suficiente, sabía que ella era alérgica a confesar su desconocimiento sobre algún tema en concreto y de esta circunstancia, se había aprovechado.

Hastings contestó la llamada de Northon. Inmediatamente pudo oír el balbuceo atropellado de las palabras que pronunciaba Carl.

—Calma, calma. Empieza de nuevo. No he entendido nada.

—Necesito que nos veamos. —¿Qué tal mañana por la tarde, a las tres?

—Tiene que ser ahora —insistió Carl.

—Nada de nombres —se anticipó a decir Hastings temiendo que su interlocutor los pronunciara.

—De acuerdo.

—Ahora no puede ser. Tendrá que ser un poco más tarde porque antes tengo que hacer algo importante. Quédate donde estás. Yo te encontraré.

—Muy bien —aceptó Northon.

—Una cosa más.

—Dime.

—No vuelvas a llamarme nunca más.

Capítulo 10

Patrick Hastings había tomado una determinación. Tenía que hacer algo que hiciera saltar la banca sin poner en peligro a Gina Hartford. La maniobra de anunciar su falsa muerte había resultado demasiado burda. Sin embargo, esa había sido precisamente su oculta intención. Sabía que sus enemigos la habrían descubierto desde el principio y eso habría hecho que se confiaran. La segunda parte del plan sólo la conocía él y no se la había confiado a nadie más.

No obstante, lo que sí que había hecho Patrick Hastings había sido meditar en profundidad sobre la composición en clase y en número del equipo enemigo. Había realizado sus cábalas y había llegado a la conclusión de que tomando el enfrentamiento que se iba a librar como un símil de una partida de ajedrez, el equipo contrario iba a jugar con seis piezas. Estas iban a estar distribuidas en tres peones, dos piezas mayores y un rey.

Daba por hecho que la partida ya había comenzado y que casi con toda seguridad había sido el equipo de científicos de Northon el que la había desencadenado en su inicio. Algo había ocurrido que había sido tomado como un reto y como un desafío por el equipo contrario. Un acto similar a lo que representaba en la Edad Media arrojar un guante a la cara del enemigo. Lo que había sucedido después es que este último, que ya lo tenía todo preparado, había decidido responder a la provocación. Hastings todavía desconocía la causa exacta de todo y estaba casi seguro de que Carl Northon tampoco la conocía. No era nada descabellado pensar que la doctora Gina Hartford era la única que por el momento sabía de una forma directa, o tal vez sólo indirecta, cuál era la causa de origen principal.

En el otro lado del tablero de ajedrez, o sea de su parte, Hastings iba a presentar batalla con sólo cinco piezas. Estas piezas, sin embargo, iban a ser de muy distinto valor a las del bando contrario. Era incontestable que Gina Hartford ejercía el papel de reina. Una reina a la que habría que seguir protegiendo sin descanso. Carl Northon actuaría de poco más que un simple peón. A lo sumo se le podría considerar como un alfil. La figura de Elmore era claramente la de la pieza de la torre, para que el propio Hastings actuando de rey, pudiera realizar alguna maniobra de enroque, si ello llegase a ser necesario. Y para terminar, la quinta y última pieza en la persona de Diana Farrell. Esta iba a ser la pieza más difícil de controlar. Su ímpetu y su carácter la definían como un peligroso caballo al que se debería dominar para evitar que anduviera desbocado.

También había quedado patente que él y su equipo jugaban con las piezas negras, ya que había sido el enemigo quien había realizado una doble maniobra de salida con las muertes de Dorothy y de Mullhouse. Por lo tanto quedaba claro que el enemigo contaba con la ventaja de la salida al jugar con las piezas de color blanco.

El movimiento de respuesta de las piezas negras de Hastings a la apertura de las blancas, también tenía que constar de un doble significado.

El primero de ellos había simulado retirar la figura de la reina con el falso anuncio de su muerte. En este mismo momento la partida estaba parada y en suspenso. Estaba esperando a que se produjese el acontecimiento que completase la segunda parte del movimiento de respuesta de las negras a la salida de las blancas y Hastings, estaba precisamente en ello.

Su objetivo era anular a Amos Williamson y equilibrar el número de efectivos de los dos bandos. Estaba seguro de que Amos había sido abducido de forma total. El otro día, había mentido de una forma totalmente premeditada y consciente cuando le había explicado a Northon que al abducir se reseteaban los conocimientos y que por eso él podía estar tranquilo. La realidad era que la abducción lo aprovechaba absolutamente todo según fuera la voluntad del ser superior que había poseído el cuerpo esclavo.

No sabía nada de la madre de Dorothy, pero él estaba seguro de que sólo había sido una abducción temporal para disponer de ella en el momento preciso. Mediante algún nuevo sistema desarrollado que él desconocía, habrían conseguido escuchar la conversación que había mantenido con Elmore en el coche, durante el viaje de regreso del funeral de Dorothy y eso les habría decidido a controlar temporalmente el cuerpo de Beth Shealton para sus propósitos. Después de haberlo hecho, la habrían dejado libre de nuevo. Un fuerte dolor de cabeza atribuido por todo el mundo a la pena y al difícil momento que estaba viviendo una madre que acababa de perder a su hija, bastarían para tener una explicación creíble de lo sucedido. Evidentemente todo ese pasaje se lo habrían borrado de su memoria.

Patrick Hastings era perfecto conocedor de que el único medio para eliminar definitivamente a un ser superior era el fuego. Eso era lo que les había obligado a abandonar el planeta del que procedían. La elección del nuestro era también obvia. La Tierra era el planeta con más cantidad de agua que había en todas las galaxias cercanas a la suya y eso hizo que se decidieran por ella. Desde siempre, el agua había sido el mejor antídoto y a la vez el remedio más eficaz, para combatir el fuego. El complemento de una atmósfera rica en humedad le había puesto la guinda definitiva al pastel y por eso decidieron trasladarse aquí.

Cuando lo hicieron, llegaron a miles. Sin embargo, Hastings tenía ahora la sospecha de que sólo debían quedar unos pocos cientos o quizás menos. Obtener esa información era también un hecho primordial. Al igual que habían hecho los seres superiores, Hastings también había desarrollado nuevas funcionalidades en sus portentosas facultades que le iban a permitir acceder a la información que necesitaba.

Para intentar lograr este propósito, él había madrugado mucho en el día de hoy y ahora era el momento oportuno de recoger los frutos. El madrugón había tenido por

objetivo la instalación de dos pequeños sensores que contenían un chip de apenas un centímetro cuadrado, en dos farolas de las cercanías de la casa de Amos Williamson situadas en direcciones opuestas la una de la otra. Cada una de los sensores cubría un arco de ciento ochenta grados. Para evitar que fueran detectados, Hastings los había colocado con el ángulo de acción en negativo y además les había anulado la capacidad de codificar los mensajes que pudiera interceptar. Su única misión era recoger en código binario plano cualquier comunicación que se produjese, no importando la vía por la que lo hiciera.

Después de retirar los sensores y cambiarlos por otros con la memoria en plena capacidad, Patrick Hastings tenía la intención de ir a visitar a Northon para intentar que este se tranquilizase.

La maniobra de recambio no le resultó nada difícil. No había nadie en casa de Williamson. Todas las luces estaban apagadas. Casi con toda seguridad, Amos estaría pasando las horas en algún burdel de carretera cercano. La afición de Amos por frecuentar este tipo de lugares era sobradamente conocida y si a eso se sumaba la novedad del tema para el nuevo ocupante de su cuerpo, el resultado estaba cantado. No volvería a casa hasta bien avanzada la madrugada.

Hastings se dirigió a su coche y condujo hasta el hotel de Northon. Cuando preguntó por él en el mostrador de la Recepción, pudo comprobar que alguien más iba a participar en la partida que él creía que estaba reservada a sólo dos bandos. El recepcionista le indicó, después de que Hastings le mostrara su acreditación federal, que Carl Northon había sido detenido por la policía. Él mismo le había visto abandonar el hotel con las manos esposadas a su espalda y flanqueado por dos hombres que lucían sendas placas en sus pectorales.

—¿Cómo sucedió? ¿Quiénes eran esos hombres? ¿A qué hora sucedió todo esto? —preguntó Hastings.

—Dijeron que pertenecían a la policía de Seattle.

—¿Se identificaron? —Sí, aquí están sus nombres, Fowler y Kent. Algo en mi interior me dijo que los apuntara cuando ellos entraron en el ascensor.

—Buen chico —pensó Hastings—. ¿Cuánto hace que se lo llevaron? —volvió a preguntar.

—Unos cuarenta minutos. Hastings le dio las gracias y bajó los diez escalones de la entrada en tres zancadas. Se acababa de producir una circunstancia que no había previsto y llamó por teléfono a Elmore.

—Glenn, ¿recuerdas cómo se llamaba ese inspector de la policía de Seattle que tuvo retenido sin permiso a Mullhouse?

—Perfectamente. Su nombre es Fowler —respondió de forma inmediata Elmore—. Es el mismo que hoy ha corrido como un gamo para podernos tomar la delantera en el caso del asesinato del propio Mullhouse. Además, ha sellado el apartamento.

Necesitamos un permiso judicial para romper el precinto.

—Pues, al parecer, ahora acaba de detener a Northon. De eso hará unos tres cuartos de hora.

—Desde el primer momento tuve la sensación de que ese tipo nos iba a crear problemas —confirmó Elmore desde el otro lado del imaginario hilo telefónico.

—Tenemos que sacarle de allí. Carl Northon se hará mucho más vulnerable si permanece encerrado en una celda.

—¿Crees que lo intentarán?

—No lo sé, pero hemos de intentar reducir todos los riesgos que podamos. Esta misma tarde me ha llamado y estaba muy nervioso. Supongo que la noticia del asesinato de su principal valedor, le ha hecho perder el ya inestable equilibrio emocional en el que se movía. Tenemos que hablar con él. Northon necesita algunos consejos y yo tengo que hacerle un par o tres de preguntas.

—Voy a mover los hilos pertinentes. Espero que ese Fowler colabore.

—Eso espero y deseo yo también. Su exceso de celo puede complicarnos las cosas de una manera totalmente impredecible. Debería apartarse de todo esto. No sabe dónde se ha metido.

—¿Cuánto tardarás en llegar a la sede?

—Una media hora.

—Te espero —contestó Elmore cerrando la comunicación y comenzando a proferir en voz alta una serie de punzantes jaculatorias por el hecho de tener que enfrentarse ahora con Fowler.

Elmore no temía por el resultado del enfrentamiento pero estaba preocupado por el tiempo que tenía que perder en él y en las consecuencias que eso le podía ocasionar a Northon.

Hastings estaba irritado. Conducía pensando en los tres frentes que tenía abiertos. El primero era la anulación de Amos Williamson, después la liberación de Carl Northon y finalmente en tercer y último lugar, pero como asunto preferente, la protección de Gina Hartford para poder tener con ella un encuentro clarificador en varios sentidos.

Fowler les recibió con uñas y dientes. Hacía cinco minutos que acababa de recibir una disposición de la juez Eleanor Bowles, en la que se le notificaba que el caso Mullhouse pasaba a jurisdicción federal y se le requería a hacer entrega de todas las pruebas, informes y resultados forenses que hubiera sobre el mismo. También se le ordenaba entregar a todos los posibles detenidos sobre el caso al agente federal Glenn Elmore del «FBI».

—Se equivocan ustedes haciendo esto —les dijo cuando Elmore y Hastings asomaron por la puerta—. Quiero que sepan que voy a cumplir lo que se me ordena, pero que lo voy a hacer en contra de mi voluntad.

No es cuestión de voluntades, Fowler. Es sólo un tema de responsabilidades.

—¿Sí?, al parecer ustedes son muy responsables pero en eso se quedan. Todavía no han detenido a nadie por el asesinato de aquella pobre muchacha y en este caso harán lo mismo. Yo por lo menos investigo y tomo decisiones.

—Su decisión de detener al doctor Northon ha sido totalmente errónea —contestó Hastings que había permanecido callado hasta ese instante.

—Por fin habló el profeta vidente. Oiga, no acabo de comprender que con su reconocida fama todavía estén como el primer día. ¿Acaso se le ha terminado el fósforo que le iluminaba en sus visiones?

—Fowler —intervino Elmore—. Le agradecería que guardara usted las formas aunque en el fondo esté en completo desacuerdo. No quisiera tener que...

—¿Me va a detener? —preguntó Fowler sin dejarle terminar la frase a Elmore—. ¿Lo único que son capaces de hacer es detener a un policía local porque les dice las verdades en la cara? Oh vamos, señores federales, creo que tendrán ustedes cosas mejores que hacer y en lo que emplear el tiempo que les paga nuestra sociedad.

—¿Ha terminado? —preguntó Elmore casi desesperado.

—Aquí tienen todo lo referente al caso del asesinato de ese presidente que se creía muy listillo y que ya han visto ustedes como ha terminado —dijo Fowler señalando una caja de cartón llena de papeles y bolsas de plástico sin ninguna clase de orden en la misma—. Ahora mismo hago que les suban al detenido. Les recomiendo que le aprieten los huevos hasta que cante. Él mató a Mullhouse. De eso estoy seguro al ciento por ciento.

Hastings y Elmore permanecieron en silencio mientras Fowler se abalanzaba sobre un vetusto intercomunicador y decía textualmente.

—Saquen el pájaro de la jaula y súbanlo, pero no olviden cortarles las alas.

Al oír el último comentario, Hastings miró a Elmore y este le hizo una seña para que no entrase al trapo de la nueva provocación. Le indicó con los ojos que pasara de Fowler. Patrick aceptó la recomendación y se volvió de espaldas para ignorar en lo posible a aquel engreído y presuntuoso inspector local de policía.

Fowler les continuaba mirando con cara de suficiencia. Era evidente que un mandato de una juez incompetente y que seguramente estaría mejor haciendo tortillas que intentando impartir justicia, le había sacado del caso. Sin embargo, él había dejado bien claro a ese par de inútiles que él no se iba a rendir y que no les sería fácil librarse de él. Seguro que el tiempo le daría la razón. Esa cadena de asesinatos no había terminado y él estaría atento para cobrarles ventaja de nuevo. Se iban a ver de nuevo las caras. De eso estaba también seguro.

Cuando Northon subió al coche de Elmore, ya le habían quitado las esposas. A eso era a lo que Fowler se había referido con el «cortarles las alas».

—Ese policía es un bárbaro. Me amenazó con arrancarme las uñas una a una si no

le confesaba el crimen. Me aseguró que más tarde o más temprano acabaría cantándolo todo.

—Podemos tomar medidas contra él, si decides presentar una denuncia —soltó Hastings.

—Mejor lo dejamos como está —opinó Elmore—. No quiero malgastar fuerzas ni esfuerzos en nada que se aparte de nuestro objetivo principal.

—OK —convino Northon que comenzaba a recuperar el resuello—. Tenemos que hablar —añadió.

—Sí, pero tiene que ser en un lugar seguro —terció Hastings rápidamente.

—Podríamos ir... —comenzó a decir Elmore.

—No digas nada —interrumpió Hastings—. Para el coche y déjame conducir a mí.

El cambio de conductor se produjo cuando la oscuridad de la noche era total. Hastings se dirigió hacia el desierto. Tras conducir más de una hora en completo silencio, llegó a un desfiladero de rocas y tierra rojiza. Introdujo el coche en una cavidad natural del paisaje, descendió del coche y comenzó a caminar en sentido ascendente por la roca. Elmore y Northon le siguieron hasta la entrada de una gruta. Los tres entraron en ella.

—Hemos llegado —dijo por fin Hastings—. Aquí no pueden oírnos. Podemos hablar con toda tranquilidad. Aquí la ausencia de árboles es total.

—Parece que conocías el lugar —dijo Elmore mientras miraba como la luz de la luna penetraba por una grieta de la parte alta de la gruta.

—Es un buen escondite —contestó Hastings.

—¿Habías estado aquí antes? —preguntó Northon.

—Sí, pero ahora eso no es lo que nos importa. Cuéntanos por qué me llamaste con tanta urgencia.

—La noticia de la muerte del Presidente Mullhouse me ha afectado mucho y estoy plenamente convencido de que el próximo en caer voy a ser yo. No me importa morir pero no quisiera hacerlo sin desvelar antes muchas incógnitas que todavía tengo.

—Tus incógnitas pueden esperar porque no vas a morir. Por lo menos, no lo vas a hacer a corto plazo —soltó un sonriente Hastings.

Elmore no pudo abstraerse a la sorpresa de que Hastings estaba sonriendo. Era la primera vez que lo hacía en su presencia.

—Vayamos primero a conocer lo que tú sabes —espetó de nuevo Hastings.

—Como prefieras —aceptó resignadamente Northon.

—¿Confías en la doctora Gina Hartford?

—Completamente. Ella era la auténtica *alma mater* de la expedición científica.

—¿Qué hacía ella? ¿Cómo se comportaba?

—Gina es tremendamente disciplinada y su trabajo también lo es. Si no llega a ser por ella, todos los demás hubiéramos abandonado. Una semana antes de que se produjera aquella bendita tormenta, estuvimos a punto de dejarlo. Hicimos una votación y ella fue la única que votó por no terminar la investigación. Nos convenció a todos para que no lo hiciéramos y le concedimos dos semanas de plazo. En la cuarta noche de aquella convenida prórroga sucedió lo que ya he explicado por activa y por pasiva.

—Explícanos ahora y a ser posible sin excesivos tecnicismos qué fue exactamente lo que descubristeis.

—Lo intentaré —respondió Northon—. Lo cierto es que el descubrimiento fue doble y prácticamente las dos cosas al mismo tiempo. La primera fue la naturaleza foto luminiscente de la pintura en las marcas de los árboles y en segundo lugar, algo que yo creí en un principio que había sido un error de interpretación. Gina me comunicó en secreto que el análisis de aquella primera línea pardusca que vimos en la secuoya partida tenía una forma indeterminada de vida.

—¿Vida? —preguntó Elmore—. ¿Qué clase de vida?

—La explicación que me contó Gina me asustó. Me contó que aquello era como una especie que vivía dentro de otra. Algo similar a la solitaria, la *taenia solium*, en el intestino del hombre. Le pedí que me ampliara lo que me estaba diciendo y además le recomendé que guardara un silencio absoluto con todos los demás.

—¿Qué fue lo que te contó la doctora Hartford? —intervino de nuevo Hastings.

—En pocas palabras me dijo que aquello era una especie de *alien* con capacidad de pensar y actuar por sí mismo y también de comunicarse. Eso último es lo que más me impresionó. En un principio me quedé muy pensativo después de esa afirmación, pero al cabo de dos horas volví a hablar con ella para decirle que lo que me había contado no era ni podía ser posible. Entonces fue cuando me mostró la prueba definitiva que lo confirmaba todo.

—Continúa, te lo ruego.

—Se sacó de su bolsillo la grabadora de Nelly que habíamos encontrado una semana después de que ella y Tom desaparecieran. Aprovechando que estábamos solos, me hizo escuchar la grabación completa que estaba almacenada en un chip que ella sin conocimiento de Nelly le había agregado a la grabadora, justo debajo del botón del *play*.

—¿Dónde está ahora ese chip?

—Lo tiene Gina.

—¿Recuerdas suficientemente lo que decía?

—Sí, primero se oía toda la conversación intrascendente que tuvieron Nelly y Tom hasta llegar a aquello que estaba grabado al final de la cinta convencional.

¡Corre Tom, esos dos viejos están en peligro! ¡Vamos rápido!

Sin embargo, en el chip las voces continuaban jadeantes. Se notaba que estaban corriendo. Poco después era la voz de Tom la que se podía oír preguntando sin dejar de correr.

¿Has visto cómo el árbol se ha tragado a los dos viejos? ¡Dios mío! ¿Qué es lo que me está empujando? ¡Me va a hacer chocar contra el árbol! Nelly, ¿dónde estás?

Luego el ruido de la grabadora rodando por el suelo y muy poco después, otra vez el silencio elevado a la enésima potencia.

Elmore estaba sentado sobre el borde de una roca. Hastings tenía las manos con los dedos entrelazados y se notaba pensativo. La explicación de Carl Northon le había confirmado que sus enemigos iban a jugar con todas sus cartas y también le había dejado con la sensación de que su reina particular volvía estar junto a él.

Capítulo 11

Los tres permanecían todavía en la gruta. Carl Northon seguía repitiendo las frases grabadas que había pronunciado Tom, el día en que desapareció junto a Nelly. Al final repetía una y otra vez la conclusión final a la que había llegado Gina Hartford.

Esos seres viven dentro de los árboles.

—Ya tenemos dos incógnitas menos —dijo Hastings.

—¿A qué te refieres? —preguntó Elmore—. A que ese Tom y su compañera Nelly fueron, ¿cómo te lo podría decir yo? Eso es, fueron fagocitados por aquellos seres. No los encontraremos nunca más porque ya no existen ni ellos ni sus cuerpos. Sin embargo, todavía tenemos a dos elementos que pueden aparecer en escena en cualquier momento y eso me preocupa.

—¿Te refieres a Brad Murray y a Mike Kingston, los otros dos desaparecidos?

—Efectivamente. Esos dos pueden presentarse a Gina y le pueden crear dudas y problemas. Gina verá en ellos a sus compañeros pero realmente serán sus enemigos que trataran de acabar con ella.

—Tenemos que avisarla —dijo inmediatamente Northon.

—Eso no es el del todo necesario. Apostaría cien contra uno a que ella ya lo sabe —aseveró Hastings—. Lo que sí que deberíamos hacer es hablar con ella. Oye, Carl —continuó diciendo Patrick—, ahora que ya has visto el grafismo de los círculos, ¿con cuál de esos anillos circulares coincidían más los signos en vertical que visteis en las secuoyas?

—Sin duda eran trozos parciales de los signos del último de los anillos. ¿Cuándo nos vas a explicar el resto de significados? Sólo lo has hecho con el primero de ellos.

—Son agua pasada y ahora no es el momento de aburrirnos con eso. Ahora es momento de regresar cada uno a su casa. Habrá que pensar en montar algún circo que nos permita hablar con la doctora Gina Hartford de una forma que no comprometa su seguridad.

—Se me ocurre una idea —intervino Elmore—. Podríamos servirnos de la policía local de Seattle.

—¿De Fowler? —preguntó Hastings viendo la transformación que se había producido en la cara de Northon.

—De Fowler, no. Me refiero a su segundo. Creo que su nombre es Travis Kent y es muy distinto a su jefe.

—Pero Kent es la viva voz de su amo. Hace todo lo que él le pide.

—Repito que creo que Kent es otra clase de persona y por tanto de policía. A

nosotros tres nos tienen muy controlados y a Diana también. Si detenemos a Kent, se interpretará como una respuesta a las provocaciones de Fowler. Todo parecerá indicar que hemos iniciado una guerra entre nosotros mismos. Eso les divertirá y espero que también les relaje y les despiste. No se fijarán en Kent cuando le soltemos después de que le hayamos enrolado en nuestras filas.

La idea no desagradó a Hastings. Con toda tranquilidad la fue madurando durante el camino de vuelta y al final le dio el visto bueno a su teórico jefe. No obstante le hizo una recomendación.

—Haz que parezca más una cosa personal tuya con ese cretino de Fowler, que algo oficial entre cuerpos policiales. No quiero tener problemas con la Agencia.

—Me parece bien —admitió Elmore—. Habrá que avisar a Diana.

—Hazlo si lo estimas conveniente. Ahora voy a dejar a Northon en su hotel. Después tengo que ir a equilibrar los efectivos del tablero.

—¿A qué te refieres? —preguntó Glenn.

—Nada. Son cosas mías —respondió Hastings, mientras descendía del coche de Elmore para coger el suyo.

Pasaban diez minutos de las cinco de la madrugada cuando Hastings entró en su apartamento. Bebió un poco de agua y se tumbó en la cama. Una cama que no había arreglado en las últimas dos semanas. Ese detalle sin embargo, no le inmutó en absoluto y tampoco se hizo el más mínimo propósito de remediarlo a corto plazo. Cerró los ojos y pensó en los tres signos del segundo anillo. Una rama de olivo, un rectángulo con un pequeño círculo en el centro que tenía la letra 'N', del que salían cuatro rayos flechados hacia las cuatro esquinas y un triángulo con fuego en el vértice superior simulando un volcán y con el número siete 'VII' en cifras romanas en su interior. Tenía que descansar pero mientras lo hacía podía volver a vivir aquellos terribles días en la Roma de la mitad del primer siglo de nuestra era.

—Decidme Dácio —le preguntó el César—. ¿Por qué me teme el pueblo? ¿Acaso no se comportó Calígula de manera mucho más cruel que yo? ¿Y mi tío Claudio? ¿No fue él quien cambió la ley del incesto para poder yacer con mi madre que era su sobrina carnal?

—El pueblo no os entiende, querido César. Vos sois demasiado inteligente para ellos. Deberíais mostraros más magnánimo. Vuestro pueblo tiembla al oír el nombre de Nerón.

—La culpa la tienen esos malditos cristianos. Su falsa religión se extiende como una plaga.

—El Senado también está en vuestra contra. No podéis gobernar teniendo

a todos enfrentados a Vos.

—La semana próxima me iré de vacaciones a Anzio. Allí nací, ¿lo sabíais? Desde allí prepararé algo que me hará recuperar la estima de la parte del pueblo fiel que realmente me merece. Aquí en Roma hace demasiado calor.

—Dejaos aconsejar de nuevo por Séneca. Él os podrá guiar con sus consejos y su experiencia.

—Séneca es un traidor desagradecido. Me ha abandonado.

—Os ha donado toda su fortuna.

—Esa fortuna era mía. Yo le he pagado de forma generosa durante los últimos diez años por unos servicios que al final no han dado el fruto esperado.

—Creo que os equivocáis César.

—Yo nunca me equivoco Dácio. No vuelvas a decirlo si en verdad aprecias tu vida.

La imagen de aquel hombre de mediana estatura con el pelo rubio y los ojos extremadamente claros, que sólo tenían un ligero tinte azul, le exasperó de la misma manera que lo había hecho en aquel mes de Julio del año 64. La frialdad extrema con la que había mandado asesinar a Británico, su hermanastro adoptivo y luego a su propia madre Agripina, definía de forma clara la crueldad con la que Nerón tomaba y revestía todas sus decisiones.

Hastings recordó los esfuerzos que había hecho para disuadirle de sus alocados propósitos. Pero el César era demasiado terco y poderoso. No le hizo ningún caso y empezó a tramar una estratagema para liquidar al Senado, ejecutando a los miembros que se mostraban más críticos con su persona.

Pero ocurrió un desgraciado hecho que hizo que Nerón cambiase por completo su estrategia y también la dirección de sus acusaciones de culpabilidad. El diecinueve de ese mismo mes de Julio, un feroz incendio asoló tres de los once barrios de Roma y Nerón regresó de inmediato de sus vacaciones en Anzio. Se colocó al mando de las labores de extinción y comenzó a reconstruir casas en terrenos de su propiedad para los que habían perdido la suya. Eso le hizo ganar algo de popularidad. Después culpó de todo lo sucedido a los cristianos. Mandó ejecutar de forma cruel a miles de ellos y comenzó la persecución de los mismos. De esta forma recuperó otra pequeña parte de la mucha estima que él exigía a todos los súbditos de su Imperio hacia su persona.

Hastings recordaba aquello como una nueva derrota. Un nuevo intento de religión monoteísta había sido sofocado. Los interesados defensores del politeísmo habían vuelto a vencer al igual que lo habían hecho trece siglos antes en Egipto.

Pero él, en la persona del romano Dácio, todavía no había terminado con su

misión.

Desde su cama en el apartamento de Seattle, centró de nuevo sus pensamientos en el recuerdo de aquella época llena de convulsiones y de intrigas en el Imperio Romano.

—La situación se hace insostenible, Dácio.

—Lo sé, César.

—El pueblo es un gran desagradecido. No ha entendido que yo soy un poeta y un músico que gusta de degustar los placeres y las dulzuras del arte en estado puro.

—Roma no os ha perdonado lo que hicisteis con Séneca.

—Ordené su suicidio porque descubrí que estaba confabulado con Cayo Pisón. Ellos dos y otros más estaban conspirando para asesinarme. Por eso mandé confiscar los bienes de todos los senadores que no me han sido leales.

—¿Y eso incluía que violaran a sus mujeres e hijas y que degollaran a sus primogénitos varones, antes de matarles a ellos? Creo, César, que vuestra manera de concebir el arte, es a veces muy difícil de entender.

—¿Qué noticias me traes hoy? —preguntó Nerón para cambiar el signo de la conversación.

—Hoy os soy portador de una noticia que va a terminar con todos vuestros males y preocupaciones, César. El Senado en pleno ha votado contra Vos y os ha destituido del trono. Os ordena que preparéis vuestro suicidio en el plazo de dos días.

—Sabéis de sobras que yo sólo soy un artista y que voy a ser totalmente incapaz de hacerlo por mí mismo.

—Esa es la razón por la que he permanecido siempre a vuestro lado, César. Os ayudaré en todo lo que necesitéis para que podáis cumplir con toda puntualidad la orden que habéis recibido del Senado.

—Gracias Dácio. Siempre me he preguntado por qué estabas conmigo y por qué yo no te había hecho cortar la cabeza en las numerosas ocasiones en la que lo has merecido. Hoy tus palabras son la respuesta a todas mis preguntas.

—Pedidme todo lo que necesitéis, César.

El emperador Lucio Domicio Claudio Nerón César Augusto, más conocido entre la corte por Nerón Claudio César Druso Germánico, apareció sin vida en sus aposentos el nueve de junio del año 68. Tenía una daga clavada en el cuello. Le faltaban seis días para cumplir los treinta años y medio.

Tras su muerte, nunca más se volvió a ver a Dácio, su viejo y fiel criado por la

ciudad de las siete colinas. El fiel sirviente del César desapareció sin dejar rastro alguno.

Las legiones de Hispania y de Germania que se habían sublevado contra el César al no percibir el dinero de sus pagas, calmaron su rebelión al recibir con suma alegría la noticia de la muerte del dictador.

Galba, un díscolo general de las legiones hispánicas que era mucho más célebre por su conocida y declarada homosexualidad que por sus éxitos militares, fue nombrado sucesor de Nerón. La dinastía de «Julia Claudia» con dieciocho césares había llegado a su fin. El declive de la supremacía de Roma empezaba su inmutable andadura.

Hastings recordó la cobardía de aquel hombre en el momento de quitarse su propia vida. Una cobardía que contrastaba con la facilidad de la que había hecho gala, cuando había decidido acabar con la de sus víctimas. Entre ellas se contaban cristianos, senadores, militares o simplemente gente del pueblo llano, a la que se divertía apuñalando en bares y burdeles cuando se disfrazaba y salía a la calle en plena noche.

También pasaron por su cabeza algunas de las numerosas leyendas que a través del tiempo se habían montado alrededor de la figura de Nerón. Muchas de ellas tenían un trasfondo de verdad fundamentada en su conocida crueldad. Otras sin embargo, eran fruto de la inventiva y la necesidad de buscar razones para embrutecer y envilecer todavía más, a una personalidad ya de por sí muy polémica, llegando incluso, a relacionarla con la predicción apocalíptica del número de la bestia. Se había constatado que la suma del valor de las letras de su nombre en hebreo, NRWN QSR, era el tan llevado y manido '666'.

Las tres figuras del segundo anillo retrataban a la perfección lo que había sucedido en una simbiosis perfecta. La decisión de representar los signos dentro de los anillos no era un hecho casual. De esta forma se conseguía una sucesión y una individualización que hubiera sido muy difícil de reflejar de otra forma. También quedaba claro que todo el grafismo formaba parte de un mismo todo.

En el primero de ellos la imagen del rostro de la reina Nefertiti y el signo que definía a Aton sostenían una dependencia mutua y era muy difícil establecer un orden de prioridad entre ellos. Lo mismo sucedía en el segundo. La rama de olivo representaba de una forma muy clara a los cristianos de la primera época. El rectángulo con el círculo en su centro era el signo del poder romano simbolizado en el *scutum* de sus ejércitos con el *umbo* central haciendo una referencia inequívoca a Nerón. Por último, la figura del volcán se tenía que interpretar como una montaña o una colina ardiendo. El número siete en su interior indicaba que eran siete las colinas que ardían y por lo tanto centraba la acción en Roma, la ciudad de las siete colinas. Teniendo en cuenta que el incendio fue la causa que desencadenó el comienzo de las

persecuciones de los cristianos, el círculo nos conducía de nuevo a la rama de olivo.

Y aunque tanto el primer como el segundo anillo habían representado sendas luchas del politeísmo contra el monoteísmo con el primero como único vencedor en ambos casos, no era esa la lectura que se tenía que hacer de los hechos porque eso sólo había sido el pretexto. La auténtica razón de todo continuaba siendo el manejo del control total de la situación global por parte de los seres superiores.

Cuando estos pensaban que surgía un movimiento que podía crecer hasta convertirse en problema o en algo peligroso para ellos, tomaban la decisión de abortarlo. Y si estos movimientos o fenómenos eran más de uno, lo más inteligente era enfrentarlos entre sí. Y esto es lo que habían hecho en ambos casos. De esta forma se destruían y se debilitaban entre ellos. Era como obtener dos piezas por el precio de una sola y con el coste mínimo.

Hastings intentó descansar de nuevo. Esta vez puso la mente en blanco y lo logró.

Un pitido agudo y un *led* rojo que parpadeaba en su reloj de pulsera le despertaron. Era la señal de que las fuerzas del tablero se acababan de igualar. Amos Williamson y su ocupante habían pasado a formar parte de la historia de los atentados con coche bomba. El fuego les había calcinado por completo.

Se levantó y se duchó. Justo en el momento de salir de la ducha, recibió una llamada telefónica. Era Glenn Elmore.

—Patrick, ¿te has enterado ya de la noticia?

—¿Qué ha pasado?

—Se han cargado a otro miembro del Consejo de la «NWC». El coche de Amos Williamson, ese que también era periodista, ha saltado por los aires cuando ha accionado el contacto de puesta en marcha. Cuando han logrado sofocar el fuego y le han sacado del interior del coche su cuerpo estaba reducido a una mezcla de cenizas y de carbón. ¿Cuándo se detendrá toda esta locura?

—Solo acabará cuando alguien gane la partida.

Al oír el tono de la contestación de Hastings, Glenn Elmore cayó en la cuenta del comentario de la noche anterior y rápidamente le preguntó a su compañero.

—¿No tendrás tú nada que ver en la muerte de Amos Williamson, verdad?

—Con la muerte de Amos Williamson, nada en absoluto. Amos murió hace días. El que ha muerto esta mañana nos equilibra la partida.

—¿Qué me estás pretendiendo decir con toda esta maraña de comentarios teledirigidos? —preguntó Elmore.

—Solo lo que tú seas capaz de interpretar en mis palabras. Te aseguro que nada más —sentenció Hastings—. Cambiemos de tema. ¿Cómo va la operación Kentucky? —preguntó haciendo hincapié en el Kent de la primera parte de la palabra.

—Nada nuevo todavía. Me ha llamado Northon. Ha oído la noticia y está otra vez

acojonado.

—Mejor. Eso le hará estar en tensión y le mantendrá alerta. Déjale así. No creo que vayan a por él, todavía.

—Se nota que está sufriendo.

—Sufrir, dignifica.

—Estás muy sarcástico esta mañana.

—No lo creas. Yo pienso que sólo estoy expectante. Necesito hablar con quién tú ya sabes y necesito hacerlo con urgencia.

—Voy a ver lo que puedo hacer. ¿Cuándo nos vemos?

—Calculo que sobre el mediodía. Ahora tengo algunas cosas que hacer y la primera de todas es coger una toalla y secarme. Estoy poniendo un suelo de pena y además voy a coger una pulmonía. Acababa de salir de la ducha cuando me has llamado.

—Ok. Hasta entonces.

La comprobación del primer juego de chips binarios colocados en las cercanías de la casa de Amos Williamson no aportó mucha información a Hastings. Tan sólo pudo conocer que el ocupante que se había metido en el cuerpo del científico periodista era *ZimbaK* y que su interlocutor en la conversación interceptada ayer había sido *MerakB*. No recordaba haber tenido ningún encuentro anterior con el ya desaparecido *ZimbaK*. En cambio recordaba haber coincidido con *MerakB* en varias ocasiones, entre ellas, las dos reflejadas en los dos primeros anillos circulares.

Se colocó una gorra y unas gafas oscuras y salió en busca del segundo juego de chips binarios. Esta pareja de chips habría recogido también la intensidad de la explosión del coche y aunque, a priori, el dato no tenía excesiva relevancia, le iba a servir para poder comparar en el futuro.

Patrick Hastings no tuvo ninguna dificultad en hacerse con el segundo par de chips. La zona de la explosión continuaba acordonada por la policía pero las farolas en las que él las había colocado, estaban fuera de esa zona protegida. Además, su presencia no fue ni siquiera apercebida por nadie ya que una gran cantidad de curiosos merodeaba por el lugar sin otro norte que el del propio morbo por lo acontecido hacía poco más de dos horas. Hastings se confundió entre ellos.

La codificación de las señales binarias recogidas por los segundos chips, puso inmediatamente al descubierto una situación de carácter extremadamente grave. Gina Hartford había sido localizada y *MerakB* le ordenaba a *ZimbaK* que la secuestrara.

Pensaban aprovechar el momento de desconcierto que le iba a producir el cruzarse con su antiguo y desaparecido compañero Mike Kingston, durante su ejercicio diario de footing matinal.

Lo cierto era que Hastings, sin saberlo, había abortado la operación de rapto de la

doctora. Había sido un golpe de suerte que sin embargo, sólo había logrado retrasar el hecho en sí porque estaba claro que lo iban a intentar de nuevo. Por si eso no fuera ya un lastre muy negativo, cabía la posibilidad de que la eliminación de *ZimbaK* fuera interpretada como un hecho conocido y preparado de antemano. Eso podría endurecer todavía más las condiciones de la partida.

El resto de la conversación del segundo grupo de chips, no revelaba ningún hecho significativo a excepción de tres nombres más. El primero *UtlerZ*, el inseparable compañero de *MerakB* y que parecía ser el jefe del equipo. Y después *ParoxM* y *EjbotD*, dos nombres completamente desconocidos para Hastings. La indicación exacta del punto del asalto a Gina Hartford estaba establecida en grados de deriva geográfica desde lo que ellos consideraban su punto ‘cero’.

Hastings abrió el ordenador y lo desconectó de la red. Acto seguido cogió un disco duro externo y lo conectó por cable al procesador central. Cargó los mapas necesarios y calculó el punto exacto según las derivas interceptadas.

El lugar calculado correspondía a una pequeña área boscosa que estaba situada frente al hotel Rialton Palace en las afueras de la ciudad.

Hastings estudió la zona palmo a palmo, ampliando virtualmente la visión de la misma. Analizando las suposiciones más lógicas, la que tomaba cuerpo con más facilidad era la de considerar que volverían a intentarlo mañana de la misma forma y bajo la misma e idéntica estrategia.

Decidió actuar en solitario. Llamó a Elmore y le contó una excusa que ya sabía que no se iba a creer pero sobre la que tampoco iba a preguntar. Era un hecho convenido de antemano entre ellos que no dejaba lugar a muchas interpretaciones pero que revestía de mucha complejidad a quien quisiera analizarlo. Elmore le entendió a la perfección y realizó el papel que su compañero se esperaba. Hastings se sentía satisfecho al comprobar que se podía confiar en él.

Se dirigió al armario y colocó todo lo que necesitaba en una bolsa de deporte de color verde. Después cogió el coche y condujo hasta el refugio del desierto. Una vez que hubo llegado allí, realizó todos los preparativos pertinentes que precisaba para llevar a cabo su plan y esperó a que llegara la noche. Amparado en la oscuridad que ofrecía la luna nueva, salió de la cueva y se dirigió a la zona boscosa en la que Hastings suponía que iba a repetirse el intento de secuestro.

Cuando llegó, examinó los árboles y localizó el que buscaba. Entonces encaminó sus pasos hacia el hotel. Entró vestido con camisa y corbata. Iba corriendo y sudando abundantemente. La recepcionista le atendió entre sorprendida y temerosa porque era el turno nocturno y estaba sola. Ella no quería problemas. Hastings intentó tranquilizarla y le pidió permiso para utilizar los servicios de la planta del hotel. La recepcionista se lo concedió y él simulando estar apremiado por una incontenible necesidad fisiológica, le dio las gracias sin detenerse.

Entró en los servicios y se encerró en uno de los excusados. Abrió el pequeño macuto que llevaba en la cintura y que había rescatado de la bolsa de deporte verde antes de dejarla perfectamente escondida en la zona boscosa. Sacó un pequeño transmisor, lo activó y luego lo colocó adosado a la tubería de desagüe general que había localizado en el techo. Acto seguido se alisó el pantalón y salió de los servicios. Al pasar de nuevo por delante de la recepcionista, le dio las gracias de nuevo. La empleada del hotel se sintió muy aliviada cuando comprobó que el visitante abandonaba el hotel.

Hastings volvió a internarse en el bosque y activó otros dos sensores para la recepción de señales. A partir de ese momento, la triangulación ya se encontraba totalmente operativa y cualquier actividad que se produjera en el hotel, por pequeña que esta fuera, iba a quedar detectada y procesada por él. Por otra parte, también tenía dominados todos los movimientos de la zona boscosa. Se sentó y esperó.

Gracias a sus especiales facultades, Hastings ya había averiguado la habitación en la que se encontraba Gina Hartford. Sin embargo, como no conocía su rostro, tenía que esperar a que el transmisor del desagüe detectase actividad en su habitación, para ponerse entonces a vigilar la puerta del hotel.

Se cambió de ropa y se enfundó ropa deportiva. Después se colocó unos auriculares que estaban conectados a los receptores y volvió a sentarse. Por precaución y para ahorrarse sobresaltos inoportunos, había dejado el móvil en la gruta del desierto.

El sol apareció por el horizonte a las siete y veintidós minutos. Cinco minutos después, el árbol identificado por Hastings denotó una primera actividad de muy baja intensidad. A las siete y cuarenta y cuatro minutos se recibió la primera señal de movimiento de agua en el apartamento de Gina Hartford. Tres minutos después, se detectó la presencia de un coche a una milla de distancia en la zona este del bosque. A las ocho menos dos minutos, una figura femenina vistiendo ropa deportiva y unos auriculares de diadema, apareció en la puerta del hotel. Casi inmediatamente, el árbol identificado por Hastings entró en actividad. Veinte segundos después, un atlético ejemplar masculino comenzaba a correr en sentido y dirección contrarios a los que llevaba la figura femenina que había salido del hotel.

Hastings calculó el hipotético punto de encuentro con un margen de error de sólo seis metros. El tiempo estimado era de tres minutos y cincuenta y dos segundos. A continuación desactivó los sensores por control remoto y activó un pequeño cilindro de quince centímetros de longitud que había llevado todo el tiempo colgado del cinturón.

La intención de Hastings, era la de enviar un potente destello enfocado directamente a los ojos del deportista masculino. Había calculado que debía hacerlo siete segundos antes de que se cruzara con Gina. Sabía que sus ojos estarían todavía

muy sensibles y tenía que aprovecharse de ello. Se concentró y esperó el momento mientras detectaba que otra persona entraba en el bosque por la zona este y que también encaminaba sus pasos hacia el punto de encuentro. Él intentó permanecer lo más quieto posible.

Gina se apercibió que un corredor venía en sentido contrario cuando les separaban unos doscientos cincuenta metros. A ella le extrañó la circunstancia porque era la primera vez que sucedía. Hastings, teniendo en cuenta la suma de la velocidad de los dos corredores, calculó el cruce de ambos en cuarenta y dos segundos. Preparó el cilindro y templó el pulso, mientras observaba los movimientos del segundo hombre agazapándose detrás de un árbol que estaba a unos quince metros del punto de encuentro.

Hastings contuvo la respiración y accionó el botón del láser. El corredor masculino se llevó las manos a los ojos y cayó arrodillado. De nada le sirvieron las gafas que llevaba puestas.

Gina reconoció a Mike Kingston y tuvo una primera intención de detenerse para auxiliarle pero inmediatamente desistió de hacerlo y varió el rumbo de su carrera. Torció hacia la derecha dirigiéndose de lleno a la posición del segundo hombre que salió de su escondite y se abalanzó sobre ella. Hastings disparó de nuevo, pero esta vez no fue un láser sino una bala de su pistola de nueve milímetros. El hombre cayó desplomado al suelo. Hastings tenía que aprovechar el momento porque conocía que el disparo no era definitivo y que sólo iba a concederle unos cinco minutos de ventaja. Ese era el tiempo estimado para que los dos pudieran reparar los daños sufridos y continuar la lucha. No se lo pensó dos veces y disparó por tercera vez. Esta vez el blanco elegido fue la doctora Gina Hartford y acertó de lleno. El dardo con el somnífero se clavó en la nalga izquierda de su objetivo y ella notó primero el pinchazo y después el mareo. A los pocos metros se desplomó.

Hastings corrió hacia ella. El deportista estaba ocupado en curar su ceguera y el segundo hombre en el proceso de reparar la herida de bala de su pecho. Cuando llegó a su posición se inclinó sobre ella y le colocó un arnés por debajo de las axilas y se la cargó a su espalda. Después comenzó a correr en dirección a su coche.

Cuando Gina despertó, estaba tumbada entre mullidos cojines de seda en un lugar que le pareció paradisíaco. A su lado, pudo ver a un desconocido que no había dejado de mirarla en ningún momento.

Ella todavía tardó varios minutos en estar completamente consciente. Hastings seguía mirándola.

—¿Dónde estoy? ¿Quién es usted? —logró articular mientras intentaba incorporarse.

Hastings se lo impidió de manera cortés.

—Ahora está a salvo y le recomiendo que permanezca unos diez minutos más sin levantarse. La droga que le inyecté con el dardo es muy fuerte pero su efecto pasa sin dejar secuelas.

—¿Quién es usted? —repitió Gina.

—Mi nombre es Patrick Hastings. Pertenezco a la sección de apoyo especial del «FBI». Mi jefe oficial, el inspector Glenn Elmore y su jefe de expedición, Carl Northon están al llegar. Y por si todavía no lo sabe, iba usted a ser secuestrada.

—¿Y no es eso lo que acaba usted de hacer? ¿Acaso no me ha secuestrado usted?

—En absoluto, doctora Hartford. Lo que he hecho yo ha sido rescatarla del secuestro.

—¿Cómo puedo saber que no me está mintiendo?

Patrick Hastings no contestó. Estaba mirándola fijamente. De hecho, no había dejado de mirarla y observarla desde que llegaron a la cueva. Había intentado encontrar en ella algo especial que confirmara todos sus presentimientos pero no lo consiguió.

Ella repitió la pregunta.

—¿Por qué se supone que he de creerle?

—Porque no le he hecho ningún daño —contestó Hastings.

—Si considera usted que clavarme un dardo con somnífero en el culo y trasladarme en contra de mi voluntad, a todavía no sé dónde, es la cosa más normal del mundo, debo informarle que yo no suelo hacer ese tipo de cosas todos los días. Quiero saber dónde estoy y por qué estoy aquí.

—Está usted en un lugar donde sus enemigos, que también son mis enemigos no pueden llegar. Mejor dicho, sí que podrían llegar pero es muy improbable que se arriesguen porque caso de hacerlo estarían demasiado indefensos.

—¿Dónde nos encontramos? —volvió a preguntar Gina.

—En medio del desierto. Aquí no hay árboles.

—¿Qué sabe usted de los árboles?

—Lo suficiente para saber que lejos de ellos estamos más seguros.

—¿Por qué me observa usted con tanta insistencia? Usted no me mira. Usted me está analizando.

—Me recuerda a una persona que conocí.

—¿A su exmujer?

—No estoy casado. Me refería a una persona que conocí hace mucho tiempo. — Pues deje de mirarme de esta forma tan impertinente. Me hace sentir incómoda y no me gusta. Además, si como usted mismo dice, hace mucho tiempo de ello, ya se habrá convencido de que yo no soy esa persona.

Hastings desvió por primera vez la vista de ella y la dirigió hacia la parte más interior y oscura de la cueva. Allí, tras un angosto laberinto natural entre las rocas, se

podía acceder a otra estancia más interior.

—Ven —le dijo tendiéndole la mano como invitación a que le siguiera.

Gina no tardó en reaccionar al cambio de trato y le siguió.

—¿Me aseguras que no me vas a causar ninguna clase de daño? —preguntó más por tener tema de conversación que por temor real a que ello sucediera.

—¿Es que vas a confiar ahora en la palabra de un vulgar secuestrador?

Ella pasó por alto el comentario de Hastings y continuó preguntando.

—¿Qué hay ahí dentro?

—Algo que quiero que veas antes de que lleguen Glenn y Carl.

Hastings iluminó la zona con una linterna. Gina se pegó materialmente a él. Pudo notar como latía su corazón y también el de ella. El silencio se acercaba al límite del silencio absoluto. Lo único que se podían oír eran las pisadas de ambos. El suelo estaba seco y cubierto de un finísimo polvillo que lo convertía en una superficie extremadamente resbaladiza.

—¡Ten cuidado de no resbalar! —recomendó Patrick sin volver la vista atrás.

—Procuraré no hacerlo pero sigue iluminando el suelo, por favor. El piso está muy irregular. Creo que le temo más a la posibilidad de tropezar o de doblarme un tobillo que a resbalar.

La proximidad de Gina caminando muy cerca de él, le envolvió por completo. Sin darse cuenta se vio paseando entre palmeras y pequeños estanques llenos de nenúfares. Pudo sentir la fragancia de su olor. Hacía calor. En Egipto siempre hacía mucho calor. Oyó que ella le preguntaba.

—¿Está muy lejos nuestro destino?

Y él le contestó como siempre lo había hecho. Con mucho respeto, con profunda admiración y con una intrínseca sumisión.

—El destino es sólo nuestro.

—¿He de entender que además de secuestrador, eres también poeta?

Patrick siguió iluminando el suelo. Los estanques y los nenúfares habían desaparecido pero su aroma persistía. Estaban descendiendo por una sucesión de irregulares peldaños. Ella seguía a su espalda. Tenía la mano derecha apoyada en su hombro. El contacto de la mano era suave. Más que suave era sublime. Y dentro de lo sublime está siempre lo divino.

Ella insistió en su pregunta.

—¿Eres poeta?

—Siempre he sido un enamorado del arte —acertó a contestar Hastings, mientras seguía compaginando su descenso entre la rocas con su paseo por los vergeles egipcios.

—Hemos llegado —dijo por fin Hastings, accionando una manivela al mismo tiempo que apagaba su linterna.

Por unos pocos instantes la oscuridad fue total. El suave ruido de una engrasada motobomba que giraba para poner en funcionamiento a un generador precedió a la total iluminación de la nueva cavidad natural.

—¿Qué es esto?

—Tu laboratorio —contestó Hastings.

—¿Quién ha montado todo esto?

—Yo. Lo he hecho yo solo.

—No es posible. —Lo es. Confía en mí. Tengo que hacerte unas preguntas y quisiera hacerlas antes de que lleguen Carl y Glenn. Estimo que tenemos unos veinte minutos para ello.

—Sorpréndeme con tus preguntas —dijo ella.

—¿Reconociste a Mike Kingston esta mañana?

—Sí.

—¿Por qué decidiste cambiar tu dirección y no te paraste a ayudarlo?

—Sabía que no era él —aseveró taxativamente Gina.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—El día en el que desapareció, me dijo que quería comprobar algo que rayaba los límites de lo alucinante. Sin que él lo supiera, yo le seguí. Pude ver como Mike se acercaba desafiante a uno de los árboles en los que yo había detectado actividad. Él se fue acercando más y más mientras gritaba.

Hazlo conmigo si te atreves.

Mike repetía su desafío una y otra vez. Puse en marcha mi filmadora y lo grabé todo.

—¿Por qué crees que Mike hizo lo que hizo?

—He pensado muchas veces en ello. No descarto la hipótesis de que él supiera que yo le estaba siguiendo. Él era muy meticuloso y observador. Sabía que yo iba siempre con mi cámara. Es posible que él se sacrificara para que yo lo descubriera todo y tuviera las pruebas irrefutables de lo que había sucedido.

—Ahora ya tengo claro el motivo por el que tú eres su principal objetivo. No pueden permitir que esas pruebas salgan a la luz.

—He visto las imágenes más de mil veces. Tengo el DVD escondido en la habitación del hotel. Está dentro de una caja de sales de baño.

—Le he pedido a Glenn que pasara antes de venir aquí por tu hotel y que recogiera todas tus cosas. Sólo deben faltar unos escasos cinco minutos.

—No creo que hayan reparado en coger la caja de sales de baño. Yo misma la deje tirada en un rincón para que nadie le concediera la más mínima importancia. —Pues yo creo que sí que la traerán.

—Apuesto a que no.

—No lo hagas. Perderías tu apuesta porque yo mismo les recalqué dos veces que no olvidaran la cajita de sales de baño.

—¿Cómo podías tú saberlo si no has estado nunca allí? ¡Me has estado espiando con cámaras! También eres un maldito mirón.

—No había ninguna cámara —dijo Hastings—. Esa no es mi manera de proceder —añadió en voz baja.

Gina oyó el comentario y volvió de nuevo a la carga.

—¡He aquí el hombre de los contrastes! Policía, secuestrador, poeta y ahora también adivino. Esto es fantástico. Nunca antes me habían secuestrado. No sabía lo que me había perdido. Si todos los secuestros son así, creo que todas las mujeres deberíamos ser secuestradas, por lo menos, una vez en la vida.

—Subamos —repuso Hastings—. Sólo faltan dos minutos y diecisiete segundos para que lleguen.

Capítulo 12

El plan a seguir fue definido entre los cuatro. Gina Hartford accedió a permanecer escondida y protegida en la cueva. La existencia de la grabación con la desaparición de Mike Kingston continuó siendo un secreto entre Gina y Hastings.

Hastings dejó bien claro que los seres superiores eran concedores del paradero en el que ahora se encontraban. Para tranquilizar a sus compañeros había vuelto a referirse al símil de la partida de ajedrez. En ella, las fichas estaban a la vista y con la posición bien definida y conocida por el enemigo. Pero no por eso estaban en peligro ni en riesgo si estaban bien protegidas por el resto de fichas de su equipo. Eso es lo que tenían que hacer ellos. Su trabajo y su responsabilidad les exigían no realizar ningún movimiento individual que descolocase al grupo y pusiera en zona desprotegida a las piezas clave.

Gina se había quedado sola. Se habían marchado todos. Primero lo habían hecho Elmore y Northon. Hastings se había quedado diez minutos más para mostrarle a ella sola, los secretos y el resto de posibilidades de la cueva. Existía un sistema de bloqueo automático entre la primera cavidad, en la que habían estado Elmore, Northon y Hastings la primera vez y la segunda en la que ella ahora se encontraba sentada en uno de los cojines de seda. El sistema cerraba y aislaba una de la otra. Sólo se podía accionar desde la segunda cavidad y nunca desde la primera. Nadie podía abrirla desde fuera porque el sistema desencadenaba en el interior una serie de bloqueos de posición que eliminaban cualquier posibilidad de secuenciarlos en el orden correcto desde el exterior. Elmore y Carl desconocían todo esto por completo.

La cueva disponía de un sistema de sensores que detectaban la presencia humana a veinte millas a la redonda. La detección se hacía por medio del análisis de la exhalación en la respiración. Nadie que respirase con el ritmo y la capacidad humana podía pasar inadvertido al sistema que barría la zona.

Para el último lugar, Patrick había reservado a la joya de la corona. Un espejo circular al que bautizó como el «efecto final».

Hastings había insistido varias veces en el hecho de que sólo tenía que ser utilizado en último extremo. No quiso explicarle nada más. Sin embargo, le indicó que no dudara en hacerlo si llegaba el momento, en el que ella lo estimase totalmente necesario. Ella sólo tenía que colocar su mano izquierda sobre el espejo.

—¿Y si utilizan equipos de respiración autónoma para llegar hasta aquí? —había preguntado ella.

—Eso no cambia nada porque la exhalación de la respiración siempre sale hacia el exterior. Lo único que variaría es que en lugar de respirar aire del desierto llegarían

respirando aire comprimido de una botella y eso no nos importa en absoluto.

Había pasado una media hora desde que Hastings se había marchado. Gina bloqueó el acceso a la segunda cavidad y bajó al laboratorio. En él también existía la posibilidad de aislarse pero desde allí no se tenía acceso a utilizar el «efecto final».

Se dispuso a revisarlo todo. Allí estaban sus notas que habían sido rescatadas por Elmore y Carl en el hotel. También estaban las de Mike en una carpeta que llevaba rotulado su nombre. En el rincón izquierdo estaba el equipo portátil de análisis de Ben Carraguer.

Gina cogió la carpeta de Mike y la abrió después de pasarle la mano por encima varias veces. Estaba todo perfectamente ordenado. Estaba tal y como él las dejó antes de irse para siempre.

—¡Pobre Mike! —pensó por un instante y ese pensamiento la llevó a materializar la imagen de Hastings. De pequeña siempre había soñado con que un día llegaría su príncipe azul convertido en héroe y la salvaría de las mismísimas fauces del dragón. Hoy la habían salvado pero ese extraño policía que lo había hecho, estaba mucho de ser el tipo que ella se había imaginado en sus fantasías.

UtlerZ sacaba literalmente fuego por los colmillos. La eliminación de *ZimbaK* no la tenía prevista y trastocaba todos sus planes. *MerakB* le escuchaba con respeto. Ambos conocían lo que podía significarles el fracaso en esta importante misión. Si no lograban el éxito, no volverían a ser admitidos y quedarían condenados a terminar su existencia dentro del cuerpo en el que ahora se movían.

Según *MerakB*, la perspectiva no era halagüeña para ninguno de ellos dos, pero era todavía peor para *UtlerZ* ya que el cuerpo que él estaba ocupando pasaba de los setenta años.

—Ese entrometido se nos ha adelantado dos veces. ¿Cómo has podido permitirlo?

—No esperaba que después de lo de *ZimbaK*, pudiera reaccionar tan rápido.

—¿Te ha reconocido cuando te ha disparado?

—No creo que me conozca pero no le será difícil identificarme entre los miembros del Consejo. Yo soy el único que tiene rasgos orientales.

—Tienes que abandonar este cuerpo. Yo también voy a abandonar el que ahora tengo. Con eso lograremos ganar un poco de tiempo. Por el momento, han tomado ventaja y esa doctora está inaccesible para nosotros. Hemos de lograr que algo o alguien la hagan salir de allí.

—Si me das autorización, creo que lo mejor sería que yo abdujese a ese Carl Northon. Ella confía en él.

—No, por el momento es mejor que no. Necesitamos dominar el Consejo.

Mañana se celebrará la reunión para elegir al nuevo Presidente. Desaparecido ese pretencioso de Mullhouse, la elección debe recaer en Robert Sommersen. Este es mi elegido. Le abduciré esta noche. Tú debes hacer lo mismo con John Terry. Su opinión es también muy influyente al representar al mayor mecenas de la Corporación. Con esas dos posiciones dominaremos al Consejo y pararemos la investigación.

—¿No crees que Sohenstein cuando se entere de las dos nuevas muertes apelará a que la situación es especial y que no se debe seguir el orden de antigüedad, reclamando para sí la Presidencia en aras al buen orden y gobierno?

—Lo hará, pero nosotros dos se lo impediremos. Sobre todo serás tú quien se encargará de hacerlo.

—Puede que consigamos frenar a Sohenstein pero al resto quién los parará. No creo que esa doctora y el equipo del «FBI» dejen de insistir en su empeño. ¿Qué piensas hacer?

—Combatirles con sus propias armas. Mañana aparecerán los dos cuerpos que ahora estamos ocupando. Ambos tendrán una de nuestras agujas en estrella clavadas en la nuca. Eso despertará de nuevo las ansias de protagonismo de ese policía fofo de Seattle. Ese gordinflón nos va ser de mucha ayuda.

—¿Quieres que le diga a *CodufT* que ocupe el cuerpo de ese policía?

—No, por ahora no. Es mejor que *CodufT*, *EjbotD* y *ParoxM* permanezcan lo más inactivos y protegidos que nos sea posible. Recuerda que ellos van a ser la parte ejecutora del plan que anuncia el cuarto anillo del grafismo. Los quiero preparados y en su posición para cuando llegue el momento. Ese grafismo va a convertirse en un oráculo sagrado para las próximas generaciones de esclavos. Les hará recordar que hagan lo que hagan, siempre tendrá que ser con el consentimiento expreso de sus verdaderos amos. Aquellos a los que se lo deben todo porque fueron los que les trajeron aquí para que les sirviesen.

—Recuperaremos el control, ¿no es verdad?

—Hasta ahora nunca lo hemos perdido. Es normal y también cierto que en algunas ocasiones hemos dejado que la cuerda perdiera un poco de tirantez, pero cuando ha sido necesario la hemos tensado de nuevo. Cada uno de los círculos del grafismo así lo certifica. Los esclavos son una especie inferior porque siempre han estado y aún continúan estando, hambrientos de poder. Y eso les perderá una y otra vez. Lo único que nosotros tenemos que hacer es crear las situaciones para que ellos se enfrenten entre sí. Entonces se despellejan los unos a los otros sin ninguna clase de piedad. Nuestra misión es desencadenar todo esto de nuevo. Llevamos años preparando hechos aislados pero ahora ha llegado el momento de que nuestro propósito sea el más ambicioso que nunca hemos puesto en escena.

—Estoy convencido de que lo lograremos.

—Pasemos a la acción. Ya sabes como tienes que hacerlo. Arréglatelas para

encontrarte con John Terry. Distráele y múdate de cuerpo. Sólo necesitas diez segundos para hacerlo. Yo haré lo mismo con Sommersen. Recuerda que tenemos que dejar nuestra particular tarjeta de visita en la nuca de los cuerpos que ahora tenemos y que vamos a abandonar. Yo por mi parte, procuraré dejar algo más.

MerakB asintió con los ojos llenos de la admiración que sentía por su jefe de expedición. *UtlerZ* era el mejor y él estaba muy orgulloso de poder estar a sus órdenes.

Era un honor que siempre le iba a acompañar.

Christopher Fowler volvía a estar como un niño con zapatos nuevos. En esta ocasión los cadáveres eran dos y ambos pertenecían a ese maldito Consejo de la no menos maldita «NWC». Esta vez también había encontrado pruebas mucho más concluyentes y que apuntaban hacia una dirección que a él le sonaba a música celestial. Había llegado el momento de resarcirse de todas las afrentas que había sufrido por parte de los sabiondos del «FBI».

Sin embargo, él era un perro viejo y conocía de forma sobrada que al enemigo peligroso no se le puede ir de cara porque en un solo momento de descuido, te desuella y te despelleja sin que te hayas dado cuenta. La táctica a emplear debía ser otra y Fowler sabía mucho de eso.

Se levantó de su mesa y cogió una copia del informe preliminar. Salió de la comisaría sin decirle nada a Travis Kent. Ese asunto iba ser sólo cosa suya. El sabor de la victoria final ya comenzaba a aparecer en sus labios y en su sonrisa cuando cogió el coche y se dirigió a la sede de los federales.

Preguntó por Glenn Elmore a secas y en cambio él se presentó con todas sus credenciales. Lo hizo como el jefe inspector de la policía de Seattle, Christopher Fowler. No fue este un descuido sino un hecho totalmente intencionado y premeditado para comenzar a jactarse de su situación de ventaja.

Glenn Elmore le recibió de forma cautelosa ya que antes de hacerlo hizo llamar a Diana Farrell a su despacho. No quería estar con ese lobo a solas y una forma prudente de evitar males mayores era contar con la presencia de una tercera persona que evitase un enfrentamiento directo cara a cara y sobre todo las consecuencias que esto pudiera conllevar.

Cuando Fowler llegó frente a la puerta de la sala en donde le esperaba Elmore, escondió los colmillos y se vistió con su mejor piel de cordero. Después se sacudió cada uno de los hombros de su chaqueta empleando la correspondiente mano contraria. Lo hizo para eliminar al máximo los casposos restos blanquecinos que siempre le acompañaban a pesar de que él los detestaba y que había hecho casi de todo para librarse de ellos.

El encuentro entre ambos jefes de policía comenzó de forma estudiadamente

cordial por ambas partes. Diana Farrell se mantuvo en silencio.

—Parece que el destino se ha empeinado en que nuestros caminos se crucen, ¿no es verdad Elmore? —dijo Fowler al entrar.

—Sí, eso parece —contestó Glenn correspondiendo al saludo de la mano que le tendía Fowler y estrechándola—. Supongo que recuerda a nuestra experta en análisis forense, la doctora Diana Farrell.

—Por supuesto que sí —asintió Fowler tendiendo de nuevo la mano a Diana—. Me gustaría sin embargo, hablar con usted a solas Elmore. Le pido a la doctora que no se moleste por mis palabras pero creo que sería mejor si se ausentara por un breve espacio de tiempo. Calculo que bastarán cuatro o cinco minutos.

—Eso no a va a ser necesario —respondió Elmore de inmediato—. La doctora Farrell forma parte de mi equipo y por eso compartimos toda la información. Puede usted hablar con toda libertad. Supongo que su visita se debe a que ha venido a comunicarnos algo importante. Puede usted proceder sin tapujos.

—De acuerdo. Será como usted prefiera —aceptó Fowler de forma resignada—. Me imagino que están ustedes enterados de los dos nuevos asesinatos que se han producido en la pasada noche.

—En efecto —confirmó Glenn.

—Pues, quiero que me dejen trabajar e investigar libremente en ellos. No quiero interferencias de ningún tipo y para ello he venido a ofrecerles un trato.

Diana y Glenn se miraron mutuamente. Desde el momento en que el teléfono sonó y él había oído el anuncio de la visita de Fowler, ya se había imaginado que algo así iba a suceder. Ahora sólo tenía que esperar unos segundos más, para conocer el alcance de la nueva situación que venía a exponerles Christopher Fowler.

—¿Un trato? —preguntó simulando ser presa de una gran extrañeza.

—Iré directamente al grano, Elmore. Entre los objetos encontrados en uno de los dos cadáveres se encontraba una nota. He sacado una fotocopia para ustedes —dijo entregando una hoja de papel a Elmore mientras la desdoblaba.

Glenn hizo una señal a Diana con la mano para que se le acercara y pudiera leer la nota junto a él. Esta era corta, escueta y sumamente concisa.

Es muy importante que nos veamos hoy a las veintidós horas en la 5th Avenue, entre Madison St y Spring St.

Patrick Hastings.

—¿Dónde la encontró? —preguntó Glenn Elmore.

—En el bolsillo derecho de la chaqueta que llevaba puesta Jeff Robertson cuando le encontramos.

—Vamos, Fowler. Usted sabe que esto no prueba ni significa nada. Cualquiera

pudo colocarla ahí.

—No se llame usted a engaños, mi querido inspector federal. Los dos conocemos sobradamente que una parte implicada no puede formar parte de la investigación de un caso.

—¿Y cuál es el trato que nos ofrece?

—El silencio —repuso Fowler—. No quiero crearles problemas a ustedes si ello no es absolutamente necesario. A cambio les pido que me dejen trabajar sin trabas burocráticas amparadas en falsas dependencias y jurisdicciones. Les aseguro que mi investigación será imparcial y que sólo en el caso de que esté plenamente convencido de que su compañero está involucrado, y sólo en ese caso, actuaré contra él.

—¿Qué pretende exactamente?

—Lo que ya le he explicado. Permítanme ustedes hacer mi trabajo. Ese trabajo por el que la comunidad en la que vivo me paga puntualmente cada fin de mes. Estamos casi empatados. Ustedes tienen dos cadáveres y yo por un lado, tengo un montón de cenizas dentro de un amasijo de hierros sin forma, con el que no puedo hacer prácticamente nada, y por el otro lado, tengo también otros dos cuerpos calentitos y recién salidos del horno con los que puedo divertirme a mis anchas. Si intentan joderme de nuevo, entregaré la prueba a la fiscalía y pediré su recusación en este caso y también en los anteriores.

—Eso no es un trato, Fowler —contestó Elmore—. Eso es una amenaza velada con tintes de chantaje.

—Nada de eso, amigo. Esto es un trato en toda ley. Usted decide. ¡Ah, casi me olvidaba! Les informo que tanto Jeff Robertson como ese chino, Peter Law, han aparecido con el mismo regalito clavado en sus nuca que lo hizo el listillo de Mullhouse hace unos días. Eso indica a todas luces que todos los casos están relacionados. Sólo quería que ustedes lo supieran para que puedan valorar mi honestidad en el trato que les estoy ofreciendo. Acabo de hacerles un bonito regalo. No lo duden.

—Le contestaré esta misma tarde. Déjeme estudiar el alcance de su proposición. Quiero hablar primero con Hastings.

—Retendré la nota hasta las cinco de la tarde. Si a esa hora todavía no he recibido noticias tuyas, procederé tal y como le he explicado —dijo Fowler al tiempo que se levantaba—. No se molesten ustedes en acompañarme. Conozco sobradamente el camino —añadió dirigiéndose a la puerta y desapareciendo por ella.

Diana y Glenn se miraron de nuevo. Ella se sentía furiosa. Él estaba lleno de impotencia.

—¿Cómo le has permitido que nos chantajee de esa forma tan descarada?

—No podía hacer otra cosa.

—¿Cómo qué no? Podías haberle mandado a tomar por el culo. Hemos dado la

impresión de estar dependiendo en todo de Hastings y por lo tanto de no estar seguros de nuestras propias decisiones.

—Tengo que hablar primero con Patrick, Diana.

—Ya sabes que no termino de entender ese pacto de sumisión que tenéis establecido entre vosotros y ahora, ahora estás a punto de realizar otro trato con esa especie de rata de alcantarilla, astutamente reconvertida en inspector de policía. Me pregunto si algún día vas a querer también hacer algo similar conmigo.

—Estás sacando las cosas de quicio, Diana. Aún no he aceptado nada con Fowler. Lo único que he hecho es intentar ganar un poco de tiempo. Te repito que necesito hablar con Patrick.

—No sé qué pensar, Glenn, pero últimamente estoy descubriendo algo en ti que no acaba de gustarme.

—¿Como jefe de tu trabajo o como persona con la que mantienes una relación?

—No sabría cómo separar lo uno de lo otro —contestó ella.

—Pues es muy importante que lo logres. Tú me importas mucho, cariño —dijo Glenn levantándose y dirigiéndose hacia ella.

—No empieces con eso ahora. No es el momento —sentenció ella abandonando el despacho con paso firme y decidido.

Capítulo 13

Colocar Texto Capítulo 13 aquí.

Eran las dos y media de la tarde cuando Hastings escuchaba con toda atención el relato que Elmore le contaba acerca de su encuentro con el inspector Fowler.

—No hagas ningún trato —dijo Hastings.

—Vendrá a por ti, si no lo hago.

—No lo creo. No va a tener los huevos suficientes para hacerlo. Sabe que si lo hace y se equivoca, alguien va a pedir su dimisión y entonces dirá adiós a su paga de jubilación.

—Ese tío está loco, Patrick.

—Ponte en contacto con Kent. Es sólo su ayudante pero creo que le tiene aprecio. Haz un trato con él. Ofrécele que no vas a actuar contra Fowler por las amenazas que te hizo en presencia de Diana. A cambio de no hacerlo, él debe hacer todo lo posible para disuadir a su jefe de sus propósitos. A menos que...

—¿A menos qué? —preguntó Elmore tras unos segundos de silencio.

—Está claro que esa nota encontrada en el bolsillo de Robertson es real. Eso demuestra que la partida sigue viva. Nuestros contrincantes han realizado una maniobra de ataque apuntando directamente al rey. Su propósito no es otro que el de valorar nuestro grado de respuesta. Sin embargo, la cuestión principal es la siguiente. ¿Cuál es la pieza que ha realizado el movimiento de la amenaza? ¿Ha sido una pieza interna o externa al tablero?

—¿Qué quieres decir?

—¿Habéis notado algún síntoma de los que os expliqué en Fowler? Diana estaba contigo, ¿no es cierto?

—Sí.

—Dile que venga.

—Está algo disgustada conmigo porque cree que te protejo demasiado. No comprende mi comportamiento.

—Llámalas, Glenn.

Cuando Diana apareció en la puerta del despacho de Glenn, tenía la cara y la actitud de no saber exactamente adónde mirar. Glenn sin embargo, mucho más sentado y dominador de la situación, la miró directamente a los ojos y le dijo.

—No vamos a hacer ningún trato con Fowler. Hastings ha descartado esta posibilidad. Intentaremos no obstante, obtener la colaboración del ayudante de ese tipo. Por cierto, Patrick quiere preguntarte algo.

Diana miró a Hastings y antes de que este le preguntara nada, le dijo abiertamente.

—No apreció en Fowler ninguno de los signos que pude identificar en Amos

Williamson.

—Buena chica —contestó Hastings—. Estás en todo. Por eso eres la pieza más especial del equipo.

Diana no supo cómo reaccionar al cumplido recibido. Se quedó muy sorprendida por el comentario de Hastings.

Glenn siempre atento y al quite, intervino explicando.

—Esto forma parte de la manera que utiliza Patrick para referirse a lo que está sucediendo. Él lo simboliza todo como si estuviera jugando una imaginaria partida de ajedrez y tú eres una de las piezas de nuestro equipo.

—¿Qué pieza soy? —preguntó rápidamente ella.

—Tú eres la pieza con más libertad de movimientos de todas y eres la pieza en la que confío para asestar el golpe final y definitivo —explicó Hastings—. Tú, Diana, eres nuestro caballo.

Ella hizo una mueca con la cara. Era el reflejo de la sensación de estar contenta por sentirse integrada en el equipo, mezclada con la decepción de no ser considerada como una pieza de más alto rango.

—¿Quiénes formamos nuestro equipo? —preguntó.

—Nosotros tres, Carl Northon y la doctora Gina Hartford.

—¿Solo somos cinco? Las partidas de ajedrez se juegan con dieciséis piezas por cada bando. ¿Cuántos son ellos?

—Ahora también ya son sólo cinco.

—¿Y nosotros con qué color jugamos? ¿Con las blancas o con las negras?

—Con las negras —contestó Hastings—. Pero no te preocupes porque vamos a ganar.

—¿Y el seboso de Fowler con quién juega?

—Con nadie. Sólo está en el entorno del tablero, al igual que Travis Kent. Sin embargo, debemos saber aprovechar toda su posible influencia en nuestro favor.

—¿Y yo que se supone que debo hacer ahora? —preguntó Diana.

—Venir conmigo. Quiero que conozcas a la reina de nuestro equipo.

—¿A Gina Hartford?

—Efectivamente. Así, si Kent no consigue convencer a Fowler, por lo menos contaremos con la ventaja de estar lejos. Vendrás tú sola conmigo. Glenn se quedará aquí y Carl también. A partir de ahora y aunque todos juguemos juntos la misma partida, no quiero que volvamos a coincidir más de tres de nosotros en un mismo sitio. Las reglas de seguridad de la partida han cambiado y no podemos permitirnos ningún error.

El primer encuentro entre los dos miembros femeninos del equipo, resultó satisfactorio. Diana quedó impresionada por la solidez de la personalidad de Gina

Hartford y esta no pasó por alto la enorme versatilidad que Diana ofrecía a la situación. Ellas no se parecían en absoluto pero tenían una infinidad de cosas en común. Ambas tenían en su piel la herencia del azabache y parecían tener unos orígenes muy cercanos aunque la realidad se cuidase de desmentirlo.

Hastings lo celebró interiormente. No dijo nada pero supo que había ganado una batalla muy importante. Ahora, y por primera vez, tenía un equipo cohesionado en sí mismo. Su grupo estaba formado por personas muy heterogéneas, pero era precisamente eso lo que lo hacía más homogéneo y unido.

Patrick pudo ver como Gina y Diana compartían sus secretos e impresiones sentadas en el borde del lecho principal de la segunda cavidad de la cueva. Les vio moverse con soltura y con una elevada profesionalidad cuando ambas bajaron al laboratorio y contrastaron sus opiniones comentando el resultado del análisis de la naturaleza de los enemigos. Las dos mujeres se infundían fortaleza y seguridad la una a la otra, mientras Hastings procuraba permanecer lo más en silencio que podía.

En algún momento se sintió tan abstraído que se vio paseando por los rincones más olvidados que Akhetaton, la ciudad proscrita de aquel Egipto que había decidido rendirse de nuevo, al culto de Amón y del resto de divinidades.

Nefertiti era muy distinta a Gina pero él estaba seguro de que era ella. La situación actual había permitido que fuera realidad un hecho que hubiera sido imposible en el pasado. Por un instante tuvo la sensación de que Diana era la reencarnación de Ankhsenamón y que madre e hija volvían a estar juntas, teniendo casi la misma edad.

—¡Patrick, ven a ver esto! —oyó que le gritaba Diana desde un rincón del laboratorio.

Hastings se acercó a ellas. Diana tenía el ojo pegado al ocular de un microscopio mientras que con la mano izquierda le apremiaba a llegar hasta ella lo más rápido posible.

—¿A qué viene tanta prisa? ¿Acaso estás viendo la final de los cien centímetros lisos de los espermatozoides más veloces del condado? ¿Crees que será necesaria la *photo-finish*? ¿Aquí no dan la repetición? —iba diciendo él mientras se acercaba a ellas.

—Veo que podemos seguir añadiendo cualidades a tu curriculum personal —dijo Gina—. Habrá que sumar la de gracioso chistoso a las ya contrastadas de secuestrador, poeta y adivino.

Hastings llegó al lado de Diana y esta se apartó para dejar que mirara por el objetivo. Patrick ya sabía lo que iba a ver pero simuló no saberlo. Aun así, se sorprendió por la velocidad en que se producía la reacción que estaba en el visor del microscopio.

—¿Lo has visto? —incidió de nuevo Diana—. Sí, pero yo no entiendo nada de

eso —mintió Hastings de forma intencionada.

Gina le dedicó una mirada de incredulidad pero no dijo nada. Había asumido perfectamente que Hastings era el jefe de la operación y ella no iba a contradecirle en público.

—Pues lo que acabas de ver es el sistema autótrofo de alimentación que Gina ha recogido en uno de esos árboles con actividad.

—Es cierto —siguió explicando Gina—. Los signos que detectamos en algunos de aquellos árboles nos indicaron que en ellos se producía un proceso de características hasta ahora desconocidas. Mi empeño entonces, se centró en conseguir una explicación a lo que estaba sucediendo. Las conclusiones que he podido sacar son sencillamente aterradoras. Los últimos resultados de las pruebas que realicé ayer demuestran que estamos ante algo o alguien que es casi intelecto puro.

La cara de Diana era el reflejo de su estado. Por primera vez, ella estaba comenzando a calibrar el alcance y las dimensiones de lo que tenían delante de las narices. Hasta ese momento no había acabado de entender la actuación de complicidad de Glenn, ni la de subordinación de Carl Northon. Ahora, al ver el respeto que Gina procesaba a Hastings, se había sentido ridícula y mezquina por todos sus comportamientos anteriores.

Patrick Hastings se dio perfecta cuenta de ello y se decidió a intervenir para refrendar un poco más su liderazgo.

—Efectivamente, esos seres a los que nosotros nos estamos enfrentando, viven en el interior de los árboles. Salen y entran de ellos a su completo antojo. Como muy bien les ha calificado Gina, ellos son puro intelecto y sólo necesitan de un pequeño nexo de unión a la materia, tal y como la conocemos y entendemos nosotros, para continuar ligados a este mundo. Sin embargo, esa es también su mayor dependencia y servilismo. Ellos no pueden vivir sin esos árboles que han elegido como morada. Podríamos decir que en ellos recargan sus baterías. Es una recarga absolutamente necesaria para poder mantener vivas y efectivas todas sus portentosas cualidades. A través de esos árboles, también tienen establecida una especie de red de filtros cónicos multidireccionales que les permite controlar todas las comunicaciones.

—¿Nos están oyendo ahora? —preguntó Diana.

—Yo apostaría por una respuesta negativa a tu pregunta. Pero eso no debe importarnos. Nosotros sabemos quiénes son ellos y ellos saben quiénes somos nosotros.

—¿Y quiénes somos nosotros exactamente? —volvió a preguntar Diana aprovechando que la ocasión se le presentaba propicia para hacerlo.

—Gina te lo explicará mejor que yo —contestó Hastings.

Los ojos de Diana se posaron en Gina Hartford. La doctora del equipo de investigación científica aceptó el reto que le había enviado Hastings y se preparó para

contestar.

—Patrick me valora mucho al dejar que sea yo quien conteste a esa pregunta. Creo que yo le recuerdo a alguien que fue importante para él. Sin embargo, me da la impresión de que tú, Diana, también le debes recordar a otra persona que conoce o conoció. La forma en la que nos miraba a las dos hace algunos minutos, así me lo ha hecho pensar.

—Yo no me he dado cuenta.

—Yo sí y además creo que esas dos personas que él recuerda en nosotras tenían una estrecha relación entre si. ¿Me equivoco con lo que estoy diciendo? —preguntó Gina dirigiendo su mirada a Hastings.

—No has contestado a la pregunta que ha realizado Diana.

—Ni tú a la mía.

—Seamos respetuosos con el orden. Contestale tú primero a Diana.

Gina recogió una vez más el desafío.

—En esta atípica batalla, los equipos contrincantes también lo son. Hemos definido a nuestros enemigos como extraños seres que necesitan retroalimentarse dentro de unos árboles y nosotros somos una especie de selección mundial de científicos y de policías federales. Sin embargo, nosotros formamos un equipo muy compacto y competitivo. Carl aporta entusiasmo y generosidad. El inspector Elmore, al que conozco muy poco, me pareció una persona sensata y ecuánime que esgrime una firme convicción en todas sus decisiones. Tú, Diana, por lo poco que he podido ver, eres el vivo ejemplo de la fuerza y la agresividad. Eres una pura sangre.

Hastings sonrió por la referencia equina que acababa de hacer Gina. A Diana tampoco le pasó inadvertido el hecho de que en escasas horas, la hubieran comparado dos veces con un caballo. Gina continuó explicando.

—No sabría cómo definirme a mí —continuó diciendo la doctora Hartford—. Creo que lo que yo le puedo aportar al equipo es, sobre todo, rigurosidad y trabajo, mucho trabajo. Y para terminar está nuestro jefe. Antes ya le he definido como un secuestrador, un poeta, un adivino y un chistoso. Sin embargo, creo que él es mucho más que todo eso. Si tuviera que definirle con una sola palabra creo que elegiría la de «impredecible».

—¿Por qué impredecible? —preguntó el aludido.

—Eso es una nueva pregunta y debemos respetar el orden. Ahora es tu turno. Debes contestar primero a la mía.

—Es cierto que me recordáis a unas personas que conocí hace mucho tiempo y que estaban relacionadas entre ellas. Sin embargo, eso carece de valor en el presente. Nada conserva su valor si quien debe cuidarse de hacerlo no lo hace o no es consciente de haberlo hecho.

—¿Podéis hablar más claro? Me hacéis sentir como una tonta porque no entiendo

nada de lo que decís ni tampoco a lo que os estáis refiriendo —dijo Diana.

El silencio reinó unos segundos en la cueva. Estos no fueron muchos pero sí que fueron los suficientes para que Hastings realizara un nuevo viaje atemporal a Egipto.

Hacía más de tres mil años que Ankhsenamon, aquella inocente criatura de sólo diez años, les había pronunciado la misma pregunta y la misma queja a ellos dos.

Estaban paseando por el jardín de palacio que llegaba hasta la orilla del Nilo. Nefertiti se interesaba por el futuro pero no hacía preguntas directas para evitar que la princesa se preocupase en demasía. Él le contestaba de igual forma, empleando alusiones que la pequeña no comprendía y por eso Ankhsenamon había protestado.

Diana decidió cambiar la pregunta por otra más intrascendente.

—¿Cuántos años tienes, Hastings?

—Cuarenta y siete.

Te felicito porque no los aparentas.

—Eres muy amable, Diana. Creo que deberías aprovechar tu oportunidad para preguntar puesto que no sé si el futuro te deparará una ocasión mejor que esta.

Diana no tardó ni un segundo en volver a preguntar.

—¿Explicadme cómo es posible que esos seres tan poderosos e inteligentes no puedan llegar hasta nosotros y destruirnos?

—Poco a poco han ido perdiendo movilidad y eso condiciona sus recursos. La edad no perdona a nadie y a ellos tampoco. Todo ser vivo sin excepción tiene un ciclo vital que se resume con aquello de ‘nace, crece, reproduce y muere’. Pues bien, nuestro progreso, el progreso actual de la raza esclava, les está matando. Por un lado, el nacimiento de la cibernética como fruto de la unión casi incestuosa de la mecánica y la informática, les han hecho ver que sus poderes no son ya tan extraordinarios como lo eran antes. Y por otro lado, este planeta que eligieron entre muchos miles, ya no les regenera como lo hacía cuando llegaron —explicó Hastings.

—No es sólo eso —continuó Gina recogiendo el testigo en una imaginaria carrera de relevos con Patrick—. Seguramente fueron esos seres los que nos enseñaron a cultivar la tierra y lo hicieron porque era de su interés que lo aprendiésemos.

—¿Por qué era todo eso de su interés?

—Cuanto más árboles y plantas existieran sobre la faz de la tierra, era mucho mejor para ellos porque se enriquecía el ciclo vital que ellos precisan —explicó de nuevo Hastings—. Piensa que en la actualidad nada funciona como antes. Ahora se hacen continuas trampas a la naturaleza. El esclavo cultiva la tierra en espacios cerrados y con luz artificial sin descanso. Los invernaderos son como burbujas que

roban ese intercambio enriquecedor a la atmósfera y además empobrecen a la tierra porque se sacan más recursos de ella de los que se reponen por ciclo natural. Los productos transgénicos son otro fraude que inhibe y secuestra la libre capacidad de desarrollo que diferencia, por ejemplo, a un tomate de otro tomate.

—¿El resumen final podría ser algo así como que estamos continuamente rompiendo la cadena natural? —preguntó Diana.

—Sí, y ellos necesitan hacer algo para que esta dinámica cambie de dirección o se detenga por completo —asintió Hastings.

—Es normal que lo hagan —añadió Gina—. De ello depende su propia existencia. No van a poder subsistir si todo continúa igual o todo va a peor. Nuestro progreso les está aniquilando.

—¿Y qué es lo que pretenden? —volvió a preguntar Diana.

—Hasta ahora siempre se han aprovechado de los conflictos que nosotros, los esclavos, nos hemos ido creando entre nosotros mismos pero ahora eso ya no les es suficiente. Ahora necesitan provocar una situación excepcional que nos destruya y nos debilite casi por completo. Algo que desencadene nuestra aniquilación hasta el nivel que ellos precisan, para volver a coger el mando y el timón de la situación.

—¿Otra guerra mundial? —preguntó Diana.

—No. Eso ya no les va a resultar suficiente —contestó Hastings.

—Y todo está explicado en ese misterioso grafismo que descubristeis, ¿no es cierto Patrick? —preguntó Gina.

—Sí.

—¿Lo has descifrado todo por completo?

—Casi. Sólo me falta un signo del último anillo.

—¿Y? —preguntaron las dos mujeres al unísono.

—Pues que sin saber a qué se refiere ese séptimo símbolo, los otros seis pierden importancia y desconozco el tipo de relación que tienen entre sí. Necesito averiguarlo para poder preparar adecuadamente nuestra defensa.

Gina desapareció unos segundos y volvió con la fotografía del grafismo que Patrick había incluido en la documentación que le había dejado en el laboratorio.

—¿Es este el grafismo, verdad? —dijo colocando la foto encima de una pequeña mesa.

—¿Qué has podido descifrar tú sola? —se atrevió a preguntar Hastings muy temeroso de la respuesta que iba a obtener de Gina.

—He de confesarte que no le he prestado mucha atención. Ahora veo que tenía que haberlo hecho. Lo siento.

—¿No has identificado nada? —volvió a preguntar Hastings ante la mirada expectante de Diana.

—Tan sólo signos inconexos que no sé qué explicación les tengo que atribuir.

—¿Cómo cuál? —insistió de nuevo Hastings para comprobar si le daba la respuesta que él esperaba.

—¿No es esa la cruz que definía a los Caballeros de la Orden del Temple? —dijo al fin Gina señalando uno de los cinco signos del tercer anillo circular.

—¿Te refieres a los Templarios? —preguntó Diana totalmente entusiasmada.

—Sí, esa es la cruz de la Orden del Temple —admitió Patrick, un tanto decepcionado.

—¿Cuál es el signo que no has logrado descifrar? —preguntó Gina totalmente ajena a todo lo que sentía su compañero.

—Ese —dijo él, señalando con el dedo índice de su mano izquierda a un signo que parecían ser cuatro «w» seguidas.

Capítulo 14

El día se presentaba muy lúgubre. Todos los intentos para que el Papa Clemente V concediera el perdón a Jacques de Molay, vigésimo tercer y último Gran Maestro de la Orden del Temple, habían fracasado. La debilidad del Sumo Pontífice para enfrentarse al rey Felipe IV, apodado el Hermoso, era la causa de todo. El rey mandaba en la política y en la religión. Incluso había hecho trasladar la sede papal de Roma a Avignon. Nadie osaba contradecirle y la desgracia había caído sobre aquellos que habían defendido, durante más de dos siglos, a los peregrinos en Tierra Santa.

La razón era obvia. Los Caballeros Templarios habían amasado fama, respeto, poder y fortuna y en cambio las arcas del rey estaban casi vacías.

Declarar herejes a los miembros del Temple suponía apoderarse de todas sus posesiones, bienes y riquezas y eso era demasiado apetecible para ser despreciado por un rey ambicioso.

La mentira vertida sobre el comportamiento de esos Caballeros, acusándoles de haber rendido culto a Baphomet, había sido la piedra angular para sacarles de sus castillos y encarcelarles. Durante siete largos años, las negociaciones habían sido muchas pero todas inútiles ya que el rey exigía al Papa que se cumpliera la pena capital al haber obtenido su confesión por escrito. Una confesión lograda bajo tortura y mediante promesas incumplidas.

El sol comenzaba a despuntar tras los muros de la catedral de Notre Dame. Justo enfrente, en la plaza principal, se alzaban dos estacas sobre sendas piras de madera listas para ser prendidas y ejecutar al Gran Maestro Jacques de Molay y a su lugarteniente Geoffroy de Charnay.

—Debéis prepararos, mi señor —dijo Bertrand de Montagut al Gran Maestro.

—Gracias, fiel escudero. Habéis sido el único en desafiar y superar todas las trabas que os han puesto para permanecer a mi lado hasta el último momento.

—He tratado de hacer lo que mi conciencia me ha dictado en todo momento. Si me permitís quisiera daros un consejo, mi señor.

—Adelante, aunque en mi situación no sé si servirá de mucho.

—Mi señor, la madera de la pira de la hoguera ha sido impregnada con brea y con aceites para que prenda rápidamente. Procurad respirar y tragar mucho de ese humo. Eso hará que perdáis el conocimiento más pronto y que cuando las llamas se apoderen de vuestro cuerpo, Vos ya no sintáis nada.

—Siempre me has sido de gran ayuda, aunque hayas permanecido en un segundo plano. Gracias Bertrand, procuraré seguir tu consejo. Avisaré a Geoffroy para que

haga lo mismo.

—Debo confesaros además, que ayer añadí una sustancia en las barricadas de brea con la que embadurnarán las maderas. Les añadí un líquido verdoso obtenido de una receta muy antigua y secreta. Respirad fuerte, os embriagará rápidamente.

—Gracias de nuevo, Bertrand —dijo el Gran Maestre mientras rezaba arrodillado—. Lo haré. No obstante, espero tener tiempo de proclamar mi inocencia al mundo entero. Mi muerte ha de servir para destapar la infamia del rey y del Papa contra nuestra Orden.

—No temáis. Podréis hacerlo inmediatamente después de que os lean la sentencia firmada por el Papa.

—Ahora dejadme solo. Quiero pasar mis últimos momentos rezando para que los fundamentos que dieron origen a nuestra Orden y los secretos por los que han luchado tantos y tantos hombres de honor, perduren en el tiempo.

—Como Vos ordenéis, mi señor.

Hastings todavía recordaba aquellas horas de la madrugada del 18 de Marzo de 1314 con gran amargura.

Cuando el sol estaba en lo alto, les bajaron. Iban los dos con las manos atadas a la espalda. Los dos hombres parecían estar tranquilos cuando les ataron a las estacas y el representante de la Santa Sede, les leyó los cargos.

—Jacques de Molay y Geoffroy de Charnay. Se os acusa a ambos de herejía, de idolatría y de sodomía. Se os acusa por renegar de Jesús y por asegurar que es un falso profeta. Se os acusa de escupir a la cruz y de adorar a falsos ídolos. También se os acusa de homosexualidad y de daros besos obscenos.

Todos estos cargos han sido admitidos y firmados por los dos. La condena que se os impone es la muerte en la hoguera purificadora de los pecados. ¡Qué Dios se apiade de vuestras almas!

—Proceded —dijo finalmente dirigiéndose a los verdugos que esperaban con dos antorchas encendidas.

Fue en ese momento cuando Jacques de Molay proclamó a gritos su inocencia y declaró que las confesiones habían sido obtenidas con tortura y con engaños. Después lanzó al aire sus últimas y premonitorias palabras. Unas palabras que por su importancia todavía retumbaban en los oídos de Hastings.

—¡Papa Clemente! ¡Rey Felipe! Os cito a los dos a que antes de un año, comparezcáis ante el tribunal de Dios para que recibáis vuestro castigo. ¡Malditos! ¡Malditos! Seréis todos malditos hasta la treceava generación de vuestras familias.

Hastings recordaba como Jacques de Molay había proclamado su maldición una y otra vez, hasta que su voz se apagó para siempre.

También recordaba cómo esta maldición se había cumplido por completo. El Papa Clemente V falleció el 20 de Abril de 1314, fruto de un ahogo por sofocación. Apenas había pasado un mes desde que el gran Maestre pronunciara sus palabras. El rey Felipe IV murió en la noche del 26 al 27 de Noviembre del mismo año, debido a un *ictus* cerebral. Sus tres hijos varones fallecieron en los doce años siguientes sin haber dejado descendencia masculina.

Patrick Hastings colocó sobre la mesa la fotografía ampliada del grafismo. La mesa estaba tan desordenada como el resto del apartamento. Apartó con el brazo los vasos sucios y las servilletas del papel usadas para dejar un espacio libre para la foto.

Su mirada se centró en el tercer anillo circular. Allí estaban los cinco signos encadenados en un orden perfecto. El primer signo eran dos llaves cruzadas que simbolizaban el poder otorgado a Pedro y a todos sus sucesores, al haberseles entregado con ellas, la custodia del reino de los cielos. El segundo signo era la cruz templaria que había identificado Gina. Era la cruz que lucían todos los Caballeros de la Orden en su pecho. La relación entre esos dos primeros signos estaba muy clara, ya que había sido el Papa Urbano II el gran impulsor de la creación de la Orden de los Pobres Caballeros de Cristo, como se la llamó en un principio, bajo el mando de su primer Gran Maestre, Hugues de Payns.

El tercer signo emanaba del segundo ya que era la representación del escudo de armas de último Gran Maestre templario. Un escudo dividido en cuatro cuadrantes con la cruz templaria en el superior izquierdo y en el inferior derecho y la barra ancha inclinada hacia abajo en los otros dos, como signo de identificación del apellido de la familia «de Molay».

El cuarto signo de esta tercera corona circular era la clave de todo. Dos puntas de flecha superpuestas y enfrentadas entre sí, simulando una cabeza humana, barbuda y con cuernos de carnero, definía el signo que permitió que el rey Felipe IV con la sumisión, la complacencia y la debilidad del Papa Clemente V, acabara con la Orden del Temple.

La condición del carácter y la firme convicción de los Caballeros Templarios en su causa también ayudaron. Los Templarios eran monjes guerreros y poseían una formación muy superior al resto de la población e incluso de la propia nobleza. Habían desarrollado en el interior de la Orden un eficiente y sofisticado sistema bancario, en el que depositaban y gestionaban las numerosas donaciones que recibían y que habían logrado que fueran libres de impuestos. El continuo contacto con el Islam les llevó a amalgamar creencias paganas con las cristianas, dando lugar a un

concepto de religión propia. Ellos fueron los primeros en admitir y profesar culto a las Vírgenes negras. Por último, sus utópicas convicciones les llevaron a iniciar un camino sinárquico que pudiera englobar a cristianos, judíos y musulmanes, sustituyendo a todas las religiones existentes por una sola, en un destino espiritual conjunto. Por eso crearon sus propios símbolos y uno de los principales fue esa cabeza con barba y cuernos, a la que algunos de forma totalmente intencionada, identificaron con el diablo y le llamaron Baphomet.

Sin embargo, esa figura tenía un significado muy diferente para los Caballeros del Temple. Habían sido ellos los que habían recibido el encargo de guardar la reliquia más preciada del cristianismo, el sudario de Cristo, conocida en aquellos tiempos como el *Madylion*.

La Sábana Santa se guardaba en un lugar secreto. Permanecía cuidadosamente doblada dejando únicamente a la vista la cara de Cristo con la maltrecha corona de espinas todavía clavada en ella.

Ese era el verdadero significado del símbolo de los Templarios. Sin embargo, habían prometido silencio y lo guardaban celosamente. Los miembros de la Orden del Temple, en su contacto con los judíos, habían tenido también acceso a los secretos de la Cábala, habiendo desarrollado de esta forma unos conocimientos ocultos que quedarían reflejados en sus símbolos y rituales.

Las dos puntas de flecha superpuestas formaban también tres letras del alfabeto hebreo, la «Y», la «H» y la «V» y esas tres letras debidamente enlazadas formaban la palabra *Yahvé*.

Era por lo tanto el símbolo de Dios.

Hastings recordó a aquellos hombres como unos verdaderos luchadores frente al inmovilismo anquilosado de la Iglesia.

La defensa de sus convicciones les llevó de cabeza al quinto signo del anillo, el fuego. El Gran Maestre y su segundo murieron en la hoguera por orden de otro Papa, lo que cerraba y enlazaba de nuevo con el primer signo del tercer anillo.

Una vez más, los intentos de unión entre religiones habían fracasado al representar un peligro demasiado elevado para los seres superiores y estos habían decidido cambiar una vez más la unión por la confrontación.

Más que un «divide y vencerás», ellos aplicaban la versión del «divide, confronta y seguirás teniendo el control».

Hastings sintió más que nunca la necesidad de descifrar el séptimo signo del cuarto y último anillo. Las cuatro 'w' eran la clave.

A varios kilómetros de distancia, *UtlerZ* había establecido una nueva comunicación

con *MerakB*.

—Todavía no lo ha descubierto —dijo el jefe—. No hay ningún indicio de que lo haya hecho.

—¿Por qué hemos de esperar a que lo descubra? —preguntó *MerakB*.

—Esa es precisamente la parte secreta y no revelada de nuestro plan. Debes tener paciencia y estar preparado en el lugar que ya conoces. Cuando nuestro viejo amigo descifre el verdadero significado del cuarto anillo, sus acciones van a desencadenar, sin que él se lo proponga, el comienzo del verdadero plan. En ese momento recibirás las instrucciones oportunas. No antes.

MerakB volvió a sentirse fascinado por la capacidad de liderazgo de su jefe. Estaba dispuesto a hacer todo lo que le ordenara. Estaba dispuesto a dar su vida por él si fuese necesario.

Gina Hartford no separaba su vista de la fotografía del grafismo. Desde que ayer Patrick se lo pidiera, no había dejado de estudiarlo. A su condición de científica se le unía la pasión que sentía por la numerología. Y los números no dejaban de ser también símbolos. Ella sostenía la teoría de que todo era explicable, representable y solucionable mediante el valor de los números.

Comenzó a mirarlo con ojos de matemática. Procuró abstraerse del significado de los símbolos para centrarse en los números que estos le ofrecían. Lo estuvo contemplando fijamente durante más de dos horas y tomaba notas continuamente de todo lo que se le venía a la cabeza.

Cuando consideró que se había terminado el tiempo para la observación, apartó la fotografía de su vista y comenzó a leer y a repasar las notas que había ido tomando.

Mientras lo hacía se mesó los cabellos y se rascó la cabeza. Después comenzó a realizar movimientos circulares con los dos hombros a la vez para desentumecerlos. Estaba nerviosa pero se sentía totalmente relajada. De su interior surgió la necesidad de hablar con Hastings. Utilizó para ello el sistema directo que estaba instalado en la cueva. Patrick contestó de inmediato.

—¿Sucede algo?

—Nada en especial. Sólo que tengo necesidad de hablar contigo.

—¿A solas?

—Preferentemente. Aunque si deseas venir acompañado del caballito saltarín, pues tú mismo.

—¿No te cae bien Diana, verdad?

—Tengo la sensación de que esa mujer nos esconde algo y todavía no tengo claro si eso es o no es importante.

—¿Has descubierto algo?

—Muy poco. He tomado un montón de anotaciones. Las ideas se me agolpan en

la cabeza pero no logran concretarse en nada consistente. Mi única conclusión ha sido que el medallón central y los cuatro anillos circulares suman cinco en total y que el cinco es un número primo. Como ves, necesito discutir mis notas con alguien que actúe un poco como un sacacorchos.

—Muchas gracias. Me siento muy halagado con esa definición. ¿Vas a añadirla a mi repertorio de secuestrador, poeta y ya no sé qué más?

—Prometo hacerlo, pero sólo si te lo mereces.

—Vendré esta noche. Recibirás la señal convenida para que desbloquee la entrada.

—¿Vendrás solo? —preguntó ella sin estar muy segura de cuál era el alcance de su pregunta.

—Todavía no lo sé.

—Ah, antes de que cortemos. Se me olvidaba decirte que le he dado mil vueltas a esas cuatro «w» y lo único que han logrado recordarme es a una serpiente. Lo siento —dijo Gina antes de accionar el botón de cerrar la comunicación.

Christopher Fowler había aceptado a regañadientes las condiciones que le había hecho llegar Travis Kent. Se había visto obligado a hacerlo, pero él sabía que la aceptación era sólo temporal. En realidad, en él, todo siempre había sido sólo temporal desde el día en que, cuando tenía doce años, mataron a su hermano que sólo era tres años mayor que él, durante una reyerta de bandas callejeras que sucedió estando él presente.

Desde aquel día, Fowler sintió un rechazo total por los hechos consumados. Pasó a odiar todo aquello que supusiera que era una manipulación y una imposición. Su desprecio por la vida le llevó a realizar actos heroicos formando parte ya de la policía, que si se los hubiera pensado dos veces, seguro que no los habría hecho.

¿Y ahora iba él a amedrentarse por un par de mequetrefes almidonados? La respuesta obvia era que no. Él iba a seguir jugando y recogiendo sus cartas hasta que pudiera jugarlas todas como un auténtico vencedor.

Esos pretenciosos se iban a enterar de quién era él. Sobre todo ese altanero de Hastings que se hacía pasar por adivino. Y si la información que le había llegado era cierta, él iba a ser el último en reír.

Las últimas palabras que Gina había pronunciado, sin ninguna importancia aparente, justo antes de cortar la comunicación, tenían muy pensativo a Hastings. No sabía cómo tenía que interpretarlas. ¿Había sido una referencia casual? ¿Conocía ella algo de su relación con la serpiente? Lo cierto es que después de algunos minutos de incertidumbre, se decidió por no considerarlas nada más que como una referencia

afortunada por su parte.

No obstante, eso le llevó a recordar otra de sus existencias anteriores. Había pensado muchas veces en ella y quizás la tenía considerada como la más enriquecedora de todas.

Muchas habían sido las leyendas generadas y cimentadas alrededor de su personalidad que habían logrado perdurar hasta la época actual y que se referían a sus años de contacto con el pueblo azteca y el pueblo maya. Unas lo habían hecho con mayor fortuna que otras pero casi todas habían llegado deformadas y manipuladas, de una forma más o menos intencionada, según fuera el origen de su procedencia.

Él había cumplido con la misión que se le había encargado. Había enseñado a aquellos hombres a labrar los metales y a trabajar la orfebrería. Les había transmitido también sus exactos y avanzados conocimientos de astrología para que pudieran corregir sus pequeños errores de concepción. Se había quedado muy impresionado por la capacidad de absorción que tenían aquellos pueblos para asimilar sus enseñanzas.

Los pocos libros indígenas que se salvaron de la quema que realizaron los españoles cuando llegaron al Nuevo Mundo, relatan la presencia de un hombre alto, rubio y barbado que llegó a través del mar y de los cielos para enseñarles todo lo que él sabía y para predecirles la llegada de otros muchos.

Su paso por las dos culturas fue efímero y ambas lo elevaron a la categoría divina cuando desapareció de ellas con más o menos mitología de por medio.

Los aztecas le llamaron Quetzalcoátl.

Los mayas le pusieron el nombre de Kukulkan.

En ambos idiomas el significado era el mismo. Los dos nombres definían a una ‘Serpiente Emplumada’ que subió a los cielos para convertirse en su estrella y en su guía.

Gina se alegró cuando le vio llegar solo. Recordaba las únicas horas que habían pasado a solas cuando él la salvó del secuestro. Era cierto que lo había hecho con otro secuestro, pero ahora este lance lo recordaba como algo dulce e idílico. El comportamiento de Hastings con ella había sido el más exquisito que nunca le habían dedicado en toda su vida. Una existencia que justo hacía unos pocos días, acababa de estrenar el número tres en las decenas de su casillero.

—¿Qué tal te sienta la soledad?

—Eres toda una mujer independiente.

—No tanto. Ahora mismo dependo de ti y del resto del equipo. Mi vida corre

peligro y no puedo defenderme yo sola. Necesito vuestra ayuda.

—Y yo necesito la tuya. ¿Qué más has averiguado?

—Ya te dije que he concretado muy poco. Muchas anotaciones pero casi ninguna conclusión.

—No te des tan rápidamente por fracasada. Tu reflexión sobre que el número «5» es un número primo, me ha ofrecido la posibilidad de tener una nueva visión del grafismo.

—Eso lo dices sólo para complacerme.

—Todo lo contrario. Lo digo para incitarte a que me digas más conclusiones por banales que estas te puedan parecer.

—No te creo Hastings. Demuéstrame primero que lo que me dices es verdad. ¡Pero si sólo te faltaba un signo por descifrar!

—Y todavía no lo he descifrado. Sin embargo, tu número primo ha hecho que me dé cuenta de que el grafismo sólo contiene números primos.

—Explícate.

—El medallón central contiene un solo signo y «1» es el primer número que puede considerarse como primo. El primero de los anillos circulares contiene sólo dos signos y «2» es también un número primo. En el segundo anillo hay tres signos. Cinco en el tercero y siete en el último. Pues bien, «3», «5», y «7» son los siguientes números primos. Tú me has hecho ver que el grafismo son cinco conjuntos formados por los cinco primeros números primos. Otra vez el «5». Tu número primo.

—Yo por mi parte los sumé todos y vi que el resultado era dieciocho. No supe encontrarle relación y eso me desanimó.

—Cometiste un error que es muy lógico que lo cometieras. El medallón central no forma realmente parte de las historias que se reflejan en él. Es sólo una referencia común que hilvana los cuatro anillos circulares. Si descartas ese signo que, en realidad y por sí solo, es un conjunto de tres signos, la suma que nos interesa nos vuelve a ofrecer otro número primo. El «17» —explicó Hastings.

—Estoy comenzando a sentir que me embarga la emoción. Empiezo a encontrar sentido a ese galimatías de grafismo. Por favor Patrick, cuéntame hasta donde puedas el significado de cada uno de los anillos.

—Eso nos va llevar tiempo.

—Tenemos toda la noche —contestó ella.

—Como tú quieras —acabó aceptando Hastings y comenzó por el significado del medallón central.

Hastings habló durante una hora y media. Durante esos noventa minutos en los que el protagonismo se repartió entre Nefertiti, Nerón y Jacques de Molay sólo fue interrumpido una sola vez por Gina cuando esta le preguntó.

—¿Me equivoco si creo que el cuerpo de Nefertiti no se ha encontrado nunca?

—No. No te equivocas —había contestado él muy satisfecho.

Después de esa única interrupción, Patrick había podido continuar hasta el fin de su relato.

Cuando terminó, se dio cuenta de que Gina había ido tomando notas durante todo el tiempo.

—¿Qué dicen tus notas?

—Si tenemos en cuenta que el medallón central es atemporal y nos centramos en los tres anillos circulares que nos han hablado del pasado vemos que el primero sucede en el siglo catorce antes de Cristo. El segundo tiene lugar en el siglo primero y el tercero otra vez en el catorce, pero esta vez, después de Cristo. Si sumamos «14» más «1» más «14» nos da «29».

—Y el «29» es otro número primo con la particularidad de que si además sumo los dos dígitos que lo componen, me da como resultado «11» que también es otro número primo —asintió Patrick.

—Y si consideramos el episodio del siglo «14» antes de Cristo con valor negativo. El resultado de la suma anterior es entonces igual a «1».

—Que ya hemos dicho antes que es el primer número que se puede considerar como primo. ¿Qué más?

—Por lo que yo he podido entender de tus contadas referencias y cortas alusiones al cuarto anillo y analizando la situación en la que me encuentro, o mejor dicho, que nos encontramos, he de entender que lo que está descrito en él sucederá en el siglo «21». ¿Estoy en lo cierto?

—Sí.

—Bien. En este caso, si hacemos la resta entre el siglo «21» del cuarto anillo y el «14» del tercero, el resultado es «7».

—Otro más de nuestros queridos números primos —dijo él.

—Y si hacemos lo mismo entre el tercero y el segundo anillo el resultado de restar «14» menos «1» ¿es? —preguntó ella.

—«13». Asombroso. ¡De nuevo otro número primo!

—Patrick, ¿qué interpretación le das a tanto número primo? ¿Qué significa todo eso exactamente?

—Mi explicación se decanta por lo siguiente. Los números primos son números puros porque no provienen de ningún otro. Eso les concede el carácter de ser originales y también de ser independientes en sí mismos. Es la misma característica que tienen los tres sucesos relatados en los anillos circulares. Creo que esta es la interpretación correcta. Aunque por otra parte, es también evidente que después todo está relacionado entre sí. Quizás el conjunto nos está ofreciendo un mensaje global que no acabamos de entender.

—Antes de que llegaras, y sin haberme dado cuenta de que todos eran números

primos, he estado jugando con ellos. Ya sabes, con combinaciones, sumas, multiplicaciones, divisiones y después buscando relaciones entre ellas. Pues bien, casi sin darme cuenta he llagado a un punto en donde lo que he obtenido me ha asustado. Si quieres, te lo cuento.

—Adelante —confirmó Hastings.

—He realizado la multiplicación de todas las cantidades de signos que hay en cada anillo, incluido el medallón. Aunque es evidente que si no lo hubiera incluido, el resultado que habría obtenido hubiera sido el mismo.

—Es verdad. Multiplicar por uno no cambia nada —aceptó Hastings muy metido en el tema.

—El resultado de multiplicar «1» por «2» por «3» por «5» y por «7» nos da «210». Aparentemente este número nos dice muy poco, pero si lo observas más atentamente, ves que tiene tres dígitos y que la suma de ellos es también «3». Por otra parte el número de episodios relatados en los anillos que ya han pasado son también tres. Y el número «3» indica plenitud.

—Exacto —corroboró Patrick—. De la misma forma que el número «7» indica perfección.

—Correcto —asintió Gina—. Pues bien, si realizamos la multiplicación de «210» por «3», obtenemos el número «630», que tampoco parece indicarnos mucha cosa.

—Es verdad, ese número tampoco me sugiere nada que pueda considerar especial.

—A mí tampoco me lo ha hecho en un principio —continuó explicando Gina—. Pero se me ha quedado retenido en la memoria. Poco después me he visto asaltada por la vena mística. Ya sabes, aquello de que no hay bien sin mal, que no existe la luz sin la oscuridad, que el silencio es la confirmación del sonido, que no hay monedas de una sola cara, que cada anverso tiene un reverso y en ese momento, en mi cerebro el «630» ha encontrado a su contrario, el que se obtiene invirtiendo el orden de sus cifras, o sea el «036».

—¿Y? —preguntó Hastings que no veía donde quería ir a parar Gina.

—Volvamos de nuevo a la mística. Pienso que del mismo modo que la cara y la cruz son las dos partes intrínsecas e indivisibles de la misma moneda, lo que nos forman el «630» y el «036», si los sumamos, es el temido «666».

—El número de la bestia —exclamó Hastings.

—Exacto. El número «6», al no llegar a «7», indica y es signo de imperfección. Y por lo tanto, «tres seises» nos definen la «plenitud de la imperfección». Dicho de otro modo, el «666» tiene el significado de la imperfección total o también del Mal. Ya te he dicho que cuando antes he llegado a él, me he asustado mucho. ¿Crees que eso tiene significado?

—Es muy posible. Todos los hechos relatados en los anillos tienen algo que ver

con la religión y el diablo es también una parte de ella.

—Tengo mucho miedo, Patrick.

—El miedo nos paraliza el pensamiento. No nos deja pensar ni discurrir. El miedo es lo último que podemos permitirnos tener. Esto es un reto y los retos no se ganan si dejamos de pensar. Hoy, aunque todavía no hayamos descifrado el séptimo signo, hemos avanzado mucho. Vamos a dormir.

—¿Te quedas aquí, conmigo?

—Sí, dormiré en aquel rincón. Un par o tres almohadones me bastarán —dijo él.

—Como prefieras —aceptó ella con una mezcla de alegría y decepción—. Te sentirás mejor si coges tres almohadones. Recuerda que el «3» es número de la plenitud —añadió.

Capítulo 15

Fowler lo tenía claro. Su propia teoría le convencía más y más, cada día que pasaba. El informe que acababa de recibir, debidamente escondido y disimulado entre otros, así se lo había confirmado.

El informe, fechado el 23 de abril de 2001, era parte de un expediente que se había visto eliminado del dossier de la investigación oficial del caso del muchacho encontrado en la cueva, después de que Patrick Hastings indicase con toda exactitud, el lugar en donde le tenían que buscar.

Dicho informe estaba firmado por un tal Frankie Hamilton, subinspector de la policía local de la localidad en la que había sido hallado el muchacho. El contenido del mismo ponía en tela de juicio las conclusiones reflejadas como definitivas en el informe oficial.

Hamilton sostenía la teoría de que el chico había sido objeto de un secuestro perpetrado por un hombre y una mujer. Los delincuentes habrían intentado chantajear a los padres del muchacho amenazando con matarle si no colaboraban y cumplían con todas sus pretensiones. El muchacho habría sido depositado en un lugar del que no podía salir por sí solo y además habría estado vigilado todo el tiempo por la mujer. Cuando los padres pagaron y cumplieron con lo que se les había pedido y ante el desconcierto y despiste general demostrado por la policía en el caso, Hastings se ofreció para ayudar y les desveló el lugar donde lo tenía escondido. El hecho de que no respondiera a ninguna llamada hasta que oyó y reconoció la voz de Hastings que le pronunciaba la clave convenida, era el punto determinante del informe.

El muchacho no había dado señales de vida hasta entonces y después cuando los miembros de la brigada de rescate le sacaron de la cueva, los médicos le dieron el alta sin hospitalización.

Después, cuando todo terminó, el secuestrador volvió a la cueva para sacar a su cómplice de ella. El informe se paraba en este punto. La conclusión final establecía que el único que podía saber el lugar exacto donde estaba el muchacho, era el propio secuestrador.

Fowler estaba convencido de que esta conclusión era la correcta y también estaba seguro de conocer la identidad del cómplice femenino. Esos dos, eran los mismos que habían asesinado y hecho desaparecer a cinco miembros de una expedición científica de la que casualmente la mujer implicada formaba parte.

Eso demostraba que la «NWC» no era trigo limpio y él estaba también seguro de que alguien había estado manipulando esa investigación científica hasta unos límites que se les habían escapado de las manos al no tenerlos previstos en un principio. Era asimismo muy probable que las muertes de Dorothy, Mullhouse, Williamson, Robertson y el chino Law, fueran la consecuencia de la misma cadena. Algo muy

importante se debía estar cociendo allí para que se produjeran tantas y tantas muertes. El chantaje también estaba cantado.

Fowler miró el reloj de su muñeca. Eran las diez y veinte minutos. Había concertado una cita a las trece horas con alguien que había seleccionado con todo cuidado entre los miembros del Consejo de la «NWC».

El inspector Fowler esperaba obtener de ese encuentro la clave de la información que le permitiera cerrar el círculo de su teoría y poder por fin arrestar a Patrick Hastings y a su cómplice Gina Hartford. Y si no era ella, ¿por qué la había tenido escondida? La respuesta era obvia. Para que nadie pudiera reconocerla. Y si no era ella, ¿por qué habían llegado a simular su asesinato? ¿De quién había sido la idea? ¿Hasta dónde estaban implicados el resto de miembros del equipo del todopoderoso «FBI»?

Miró de nuevo su reloj. Faltaban veintiún minutos para llegar a las once. El tiempo pasaba muy lento y él estaba ávido por obtener respuestas. Decidió que después de su cita intentaría localizar a Hamilton.

Hastings entró en el despacho de Glenn. Acababan de dar las doce del mediodía. Glenn alzó la vista y le miró con cara afable.

—¿Cómo lo llevas, amigo?

—Creo que bien. Tú eres el único que sabe que estoy luchando en dos frentes al mismo tiempo.

—Ese ha sido el verdadero objeto de mi pregunta —respondió Elmore, levantándose y abriendo la nevera para coger un par de cervezas sin alcohol—. ¿Te apetece una?

—Sí, empieza a hacer un calor de mil demonios y tengo la garganta reseca.

—Estamos en la segunda semana del mes de mayo. El verano ya se acerca. Cuéntame cómo va la partida, Patrick.

—Está en punto muerto. No va a ser una partida larga con muchos movimientos. Al contrario, yo tengo la impresión de que todas las piezas están colocadas en su posición final. Nos toca mover a nosotros y no me puedo equivocar al elegir mi jugada. No creo que tenga otra oportunidad.

—¿Qué quieres hacer? ¿En qué puedo ayudarte? —volvió a ofrecer Elmore con las palmas de las manos totalmente abiertas y extendidas.

—Mañana me voy a ausentar por espacio de más o menos una semana. Quiero hacer unas comprobaciones. Pero antes quisiera que nos reuniésemos todos juntos en la cueva. Quiero hablaros del último anillo circular y de sus signos. Por lo menos de los que ya he descifrado. El séptimo signo continúa resistiéndoseme.

—Dijiste que no querías que nos reuniésemos más de tres miembros del equipo. ¿No va eso en contra de las precauciones que nos dictaste?

—En la cueva no hay peligro. Allí podemos estar todos juntos. Iremos por separado. Yo me llevaré a Carl. Tú vendrás con Diana. A las nueve en punto, ¿vale?

—Caramba, va ser emocionante. Algo así como la Última Cena. Con todos los apóstoles alrededor del Maestro.

—Buena comparación —asintió Hastings levantando la botella de cerveza.

—Espero que no te traicione nadie y que después no vengan a prenderte.

—No, no. Todavía no.

MerakB estaba nervioso. No lograba contactar con *UtlerZ*. Lo había intentado de todas formas. Incluso le había llamado por teléfono al móvil particular del doctor Robert Sommersen, el cuerpo que actuaba como su envoltorio actual. Nada, no había obtenido respuesta por ningún medio de los que había utilizado.

Se encontraba sólo en el peor de los momentos. Sus otros tres compañeros tampoco daban señales de vida. *UtlerZ* le había dicho que recibiría las órdenes oportunas en el momento justo y ahora él estaba solo y no sabía lo que tenía que hacer.

Tendría que actuar por sí mismo según sus propias decisiones. Acababa de tener un encuentro con ese policía de Seattle. Ese era un hombre ambicioso y resentido. Fowler estaba dispuesto a involucrar a esa doctora al precio que fuese y él había sabido aprovecharse de ello. Al final de la conversación, le había dado parte de la información que le había estado pidiendo con insistencia. El resto tendría que confirmarla el propio inspector por sí mismo.

MerakB por su parte, tenía que lograr contactar de nuevo con *UtlerZ*, de forma urgente.

A las cinco de la tarde, Fowler recibió la noticia. No se podía contactar con el subinspector Frankie Hamilton porque este llevaba cinco años muerto. Había fallecido en un accidente de caza en extrañas circunstancias mientras participaba en una cacería con un grupo de amigos. Un desgraciado accidente.

—Tiene que haber sido él. Otra vez él —refunfuñó entre sus dientes amarillentos, que eran el resultado de su elevado consumo de nicotina.

Se acercó al armario de puertas correderas que tenía justo detrás de su silla y deslizó la puerta de la izquierda. Apartó unas carpetas y encontró lo que buscaba. El trago de *bourbon* le sentó de maravilla. El contacto que le había indicado John Terry era de delicado acceso. Tenía que dormir y madurar en sueños la forma de llevarlo a cabo. Él confiaba en sus sueños. Siempre lo había hecho.

Cuando Patrick llegó con Carl, Gina estaba con los ojos enrojecidos. Había estado todo el día con la vista fijada en el último de los anillos. Ella se había sorprendido al

ver llegar a Carl pero no había dicho nada.

—Glenn y Diana deben estar a punto de llegar.

—¿Qué sucede? —preguntó ella imaginando que alguna razón especial tenía que existir para que se reunieran todos juntos.

—Tengo que ausentarme durante más o menos una semana. Quiero dejaros a todos con las tareas bien definidas.

—¿Cómo nos hacían en la escuela?

—Algo así —contestó Hastings al tiempo que el detector señalaba la presencia de dos invasores del territorio. El análisis determinó su identidad. Todo estaba en orden. Eran Glenn Elmore y Diana Farrell.

—Todavía van a tardar unos quince minutos —dijo Gina.

—Espero que Glenn haya pensado en traer algo para la cena. Tengo las tripas jugando al Tetris —dijo Northon.

Hastings comenzó a preparar la mesa de discusión. Gina se le acercó. Cuando Patrick estuvo seguro de que Carl no podía oírle, le dijo a Gina.

—Lo de ausentarme durante una semana es sólo para ellos. La realidad es que vendré aquí contigo pero no quiero que lo sepa nadie. ¿Me has entendido?

—Sí —contestó Gina asintiendo con la cabeza y con la sonrisa implantada en su rostro de una forma automática por lo que acababa de oír.

—No te separes de Carl —le dijo él—. Enséñale el laboratorio mientras llegan los dos que faltan.

Gina le hizo caso. Hastings se quedó solo y aprovechó el momento para introducir unos nuevos datos en el ordenador que analizaba la respiración de los posibles invasores. Cuando llegaron Glenn y Diana, llamó a Gina para que ella y Carl subieran a la sala principal.

Glenn había sido previsor. Cerveza y bocadillos de salami para todos. Se lo comieron todo en menos de diez minutos. Un termo de café y una botella de bourbon completaron la cena. Hastings tomó la palabra.

—Supongo que todos más o menos habréis identificado algunos de los signos del último anillo del grafismo. ¿Cierto?

Todos asintieron con la cabeza. Sin embargo, nadie se atrevió a ir más allá. Nadie abrió la boca.

—De los siete signos, seis son símbolos religiosos. Son los símbolos que corresponden e identifican a las seis principales religiones actuales. Estos seis signos sólo tienen en común la espiritualidad que representan y el hecho de que ahora convivan todas juntas.

—¿Por qué crees que el cristianismo está representado por el pez y no por la cruz? —preguntó Diana para dar argumentos a que Patrick se pudiera extender más en sus explicaciones.

—Cruces hay de muchos tipos —comenzó explicando Patrick Hastings—. El cristianismo las engloba a todas pero no sería justo elegir a una de ellas como representativa de todas las demás. La elección del *Pez*, con el *Crismón* en su interior, nos remite a la figura central del cristianismo. En el idioma griego, el *Pez* recibe el nombre de *Ichthys* y sus letras son el acróstico de las iniciales de las cinco palabras que definen a Jesucristo.

Iesous Christos Theou Yios Soter

Lo que para la cristiandad actual equivale a decir, «Jesús», «Cristo», «Dios», «Hijo» y «Salvador».

—Si quisiéramos buscarle más profundidad al símbolo del *Pez*, podríamos establecer el paralelismo de que tanto el pez como el cristiano nacen en el agua. El pez por razones obvias y el cristiano porque recibe la vida espiritual con el agua del bautismo —dijo Gina.

—El *Crismón* del interior del pez incide de nuevo en la figura de Cristo. Las letras «X» y «P» superpuestas también forman la palabra de Cristo. El emperador Constantino, en el siglo IV, fue el primero en utilizarlo en sus estandartes —acabó explicando Hastings.

—Antes de que continúes con el siguiente de los símbolos, voy a hacer más café —dijo Gina.

—Yo te ayudo —se ofreció Carl.

La espera proporcionó a Patrick la oportunidad de intercambiar opiniones con Glenn y Diana.

—¿Qué os parece todo este lío de religiones?

—Tengo que confesarte que yo no estoy muy puesto en ello. Por mi trabajo, conozco mucho más de falsas sectas que de religiones verdaderas.

—A mí, además del signo que todavía no hemos descifrado, me inquieta mucho esa especie de margarita con varios niveles de hojas. ¿Qué es? —preguntó Diana.

—Si quieres, ese será el próximo símbolo en el que centraremos nuestra atención —respondió Patrick para ganar tiempo y poder esperar a que Gina y Carl regresaran con el café recién hecho.

—Listo —anunció Carl

—Fantástico —confirmó Elmore entusiasmado ante la perspectiva inminente de poder beber una taza de café caliente de verdad.

—Recién hecho y listo para degustar —dijo Gina al sentarse.

—A petición de Diana voy a continuar con el símbolo que define a la religión más antigua del mundo que ha logrado sobrevivir hasta nuestros días. Me estoy refiriendo al hinduismo y al signo que aquí lo representa, el *Mandala*.

Mandala en el idioma sánscrito significa círculo. Pero no lo tenemos que entender con el significado que para nosotros sería más normal. Ese círculo debe entenderse como una totalidad, es decir, como una sucesión de hechos que enlazan el final con el origen. Más allá de este significado, el *Mandala* se utiliza desde los tiempos más remotos como un ejercicio de equilibrio que ayuda a transformar la mente y el espíritu. Es en sí mismo la representación de la reencarnación de la religión hinduista y está formado por figuras geométricas concéntricas.

—¿Significa esto que la respuesta de todo este grafismo la tenemos que buscar a través de la espiritualidad? A mí particularmente me va resultar muy difícil. Yo no creo en todas esas cosas —dijo Diana—. Para mí la única doctrina que existe es la ciencia. Con ella se explican la mayoría de cosas que suceden y han sucedido en nuestro universo. Y las que todavía no tienen una explicación satisfactoria, el tiempo se encargará de dársela. La ciencia avanza cada día para lograrlo.

—No me parece muy acertada la reflexión que acabas de hacer, Diana —dijo Gina—. Yo también me considero una científica pero no por ello me siento inmune a la espiritualidad de las cosas. Es un grave error confiar todas las respuestas a la ciencia. Creo que lo que estás haciendo es cargarla con un exceso de responsabilidad que no le corresponde en absoluto.

—Será mejor que concentremos todos nuestros esfuerzos en intentar encontrar una explicación a todo esto más que a confrontar nuestras creencias religiosas —intervino Elmore para cortar la discusión—. Oigamos a Patrick hasta que él haya terminado su exposición por completo. Os lo ruego.

Esto no se trata de una competición entre nosotros sino más bien de un trabajo en equipo para intentar alcanzar una meta juntos, que al parecer, ninguno de nosotros ha logrado por sí solo.

—Glenn tiene razón —dijo Hastings—. Mis explicaciones o las de cualquier otro de nosotros que también sea capaz de aportar algo más al tema, no pretenden ser una lección para nadie. El único objeto de la reunión de hoy es hablar en voz alta sobre lo que ya sabemos y conocemos para que cualquiera de nosotros pueda interpretar o extraer sus propias conclusiones.

Estamos tratando de encontrar algo nuevo que, aunque pueda parecer obvio, no lo hayamos visto o entendido hasta ahora. Buscamos un nuevo enfoque que nos ofrezca más luz o que nos muestre el camino para poder interpretar la solución a todo lo que nos ocupa.

—Está claro. Continúa Patrick —dijo Carl.

—El siguiente signo, el que está entre el mandala y el pez, es la *Esvástica*. Este es uno de los signos que identifican a la religión budista. Fijaos que sus brazos apuntan en la dirección contraria a las agujas del reloj para que su giro sea hacia la derecha. No confundirla con otra *Esvástica* que tomó un triste protagonismo a mediados del

siglo xx y que tenía los brazos apuntando en el sentido horario correcto para girar hacia la izquierda.

El silencio había vuelto a ser poco más que sepulcral. La mayoría de las miradas se clavaban en el suelo de la cueva.

—La *Esvástica* se llama *Wan* en idioma mandarín. No es un signo exclusivo de la religión budista ya que muchas otras lo han utilizado, pero es un signo que podemos encontrar tatuado en el pecho de casi todas las estatuas de Buda, incluida la de la isla de Lantau en Hong Kong, una de las mayores del mundo.

El *Wan* es signo que auspicia la fortuna y la buena suerte en la cultura china. El nombre que ha llegado hasta nosotros, *Esvástica*, también proviene del sánscrito y tiene el sentido de «ser afortunado».

—Eso es precisamente lo que vamos a necesitar. Una buena dosis de fortuna —dijo Elmore para romper el estado un tanto melodramático en el que había caído la reunión—. Yo estoy más despistado que un pulpo en un garaje. Necesito más café. ¿Alguien más quiere?

—Yo —contestó Gina—. Creo que hay suficiente para los dos en la jarra. Tiene que haberse mantenido caliente porque he dejado la base conectada.

Carl levantó el brazo.

—¿Tú también quieres café? —le preguntó Gina—. En ese caso voy a tener que hacer más.

—No, no quiero más café. Yo sólo quería aportar que una vez leí que los cuatro brazos de la *Esvástica* representaban a las cuatro estaciones y a la sucesión ininterrumpida de estas en un «ciclo sinfín». No creo que tenga mucho valor pero queda dicho.

—Gracias Carl —dijo Hastings—. Ese debe ser el camino. La participación de todos es vital. No es preciso conocer el tema en profundidad. Cualquier reflexión tanto directa como indirecta al mismo puede resultar capital para que descubramos algo más.

Elmore se sentó de nuevo. Hastings reemprendió la charla.

—Imagino que los tres signos que faltan por explicar son muy conocidos. Continuaré no obstante, por el que está representado a continuación del pez, por el *Yin-Yang*, el signo que representa al taoísmo. El *Yin-Yang* representa la unión de los opuestos y la fusión de la dualidad en Dios. La doctrina de Lao Tse defiende que todo en la creación es interdependiente y que todas las cosas giran en un cambio perpetuo. El nacimiento, el crecimiento, el envejecimiento y la muerte son parte inevitable de ese ciclo cósmico. Sólo Tao permanece inmutable.

—El *Yin-Yang* es un símbolo que indica dinamismo —comenzó diciendo Diana—. Representa también la interacción entre los dos polos energéticos opuestos. Los pequeños círculos que hay dentro de cada media sección que tienen el color opuesto a

la mitad que los contiene, indican la semilla del opuesto en la que se convertirá cada mitad en otro repetitivo «ciclo sinfín».

Elmore estaba encantado con la reciente intervención de su compañera. Su cambio de comportamiento en la reunión había sido total. Había pasado de la discusión tonta con Gina a aportar una visión que por lo menos, ofrecía por primera vez un punto de unión entre dos de los signos ya comentados.

—Seguro que ya os habréis dado cuenta pero quiero recalcar por si no ha sido así, que el «ciclo sinfín» ha aparecido en los dos últimos signos, en la *Esvástica* y en el *Yin-Yang* —dijo Elmore muy ufano de sí mismo.

—Gracias Glenn.

—Espera un momento —interrumpió Carl—. Como científico me gustaría añadir que de la doctrina taoísta emanan tanto los conceptos de la alquimia como los tántricos. Son muchos los tratados en la tradición esotérica taoísta que describen procesos para obtener la piedra filosofal y el elixir de inmortalidad. Puedes continuar Patrick. Me ha parecido importante el resaltarlo ya que la inmortalidad es otra manera de describir una vida sin fin.

—Ha sido un comentario interesante y enriquecedor —dijo Gina sorbiendo el poco café que le quedaba en el vaso—. Muy interesante —repitió.

—Ahora le toca el turno al *Hexagrama*, también conocido por la *Estrella de David* o por el *Sello de Salomón*. Representa al judaísmo y es uno de los signos con más significados e interpretaciones que conozco y estoy seguro de que alguno de vosotros aportaréis alguno nuevo que yo desconozco.

»El *Hexagrama* está formado en realidad por dos triángulos equiláteros que se entrelazan. Estos dos triángulos son la base de todas las interpretaciones y leyendas. La más antigua, la que procede de la «Cábala» o magia judía, lo describe como un símbolo eficaz para ahuyentar a demonios y espíritus malignos. Otras lo interpretan como el pilar fundacional sionista con sus dos tríadas estrechamente relacionadas entre sí. Algunos han llegado a ver la interrelación de los dos reinos pretendidos por el hombre, el terrenal y el celestial —terminó diciendo Patrick.

—Yo voy a aportar la interpretación que de este signo hacen los antropólogos —dijo Gina—. El triángulo que señala hacia abajo es considerado como la representación de la sexualidad femenina y el que mira hacia arriba de la masculina. La unión de ambos simboliza la unión y la estabilidad.

—Yo voy a continuar haciendo uso de la vena científica de la alquimia —dijo Carl—. Los dos triángulos representan al agua y al fuego significando la conciliación de los opuestos. Aunque si he de ser sincero esta interpretación también llevó al *Hexagrama* a ser considerado como un simbolismo mucho más vulgar. Concretamente y muy ocasionalmente se le utilizó como signo que identificaba a las tiendas de licores.

Las risas se generalizaron. Carl había estado genial. Un poco de humor no sobraba.

—El agua de fuego —exclamó Glenn—. No había pensado en ello. Es la definición perfecta del bourbon. Por cierto, ¿no habrá por casualidad, entre las numerosas comodidades de esta cueva, otra botella escondida por algún rincón? La que he traído yo, ya ha pasado a mejor vida.

—Lo siento Glenn. No has tenido suerte —le contestó Gina mientras observaba sorprendida como Patrick se dirigía muy decidido hacia el fondo de la cueva. Allí colocó la mano en una grieta y la sacó con un recipiente extraño. Se dirigió hacia Glenn ante la mirada expectante de todos.

—Prueba esto —le dijo cuando estuvo a su altura.

—¿Qué es?

—Agua de fuego —le contestó Hastings con una sonrisa.

Glenn se sirvió un poco en el vaso que antes había contenido bourbon. Sorbió con mucho cuidado.

Paladeó con entera convicción y finalmente exclamó.

—Excelente. ¿De dónde has sacado esto?

—Secreto profesional —respondió quitándole el recipiente de las manos—. Con eso tienes suficiente. Me temo que vas a tener que conducir tú a la vuelta —dijo mirando a Diana.

—En ese caso no lo voy a probar —respondió ella.

—Mejor que no —afirmó Hastings.

—¿Tienes más secretos en esta cueva? —preguntó Glenn.

—Sigamos —contestó Patrick una vez que hubo dejado de nuevo a buen recaudo el licor que él mismo había fabricado según una receta ancestral maya—. Ahora es el turno del sexto signo. El *Hilal* que se representa por una Luna Creciente con una estrella de cinco puntas y que identifica de manera inequívoca al islamismo. Varias son también las interpretaciones del origen de la palabra «Islam» que van desde el significado de «paz» al de «sometimiento». Lo verdaderamente cierto es que el islamismo, es una creencia que ha sabido englobar los movimientos de carácter político e ideológico, con los religiosos.

La astronomía en general y principalmente la luna son los ejes centrales que ordenan la vida de los seguidores del «Corán». Las conjunciones de los planetas Urano y Neptuno en los primeros grados de Virgo, son considerados como anuncios de hitos o de importantes cambios ya que reproducen de nuevo la misma posición que tenían estos planetas, cuando nació Mahoma.

—Todavía nos falta el séptimo signo —dijo Gina—. Esas cuatro «w» seguidas.

—Si fueran sólo tres, estaría muy claro —dijo Diana en una clara referencia a la red de Internet.

—No te lo creas, Diana. El significado de *world wide web* quizás sería muy fácil de adivinar, pero también es justo reconocer que nos iba a resultar muy difícil de interpretar. No sabemos hacia dónde se nos quiere dirigir y la red tiene una amplitud y una profundidad sin límites —apuntó Carl de forma convincente.

—Entonces abandonemos las «w» y busquemos por el otro lado, por la cifra del «4». ¿Quién puede aportar algo acerca del significado del número cuatro? —preguntó Gina.

Carl Northon tomó la palabra.

—El «4» es el signo de la potencia por excelencia. También se le asocia con lo material y lo terrenal. Sólo cabe recordar a los cuatro puntos cardinales, a las cuatro fases de la luna, a los cuatro elementos considerados esenciales que son el fuego, la tierra, el aire y el agua. Y creo que os podría poner muchos más ejemplos.

—Matemáticamente hablando, se le considera como el retorno a la unidad fundamental —comenzó a decir Hastings, pero al ver la cara de sorpresa de todos sus compañeros, se detuvo y recomenzó de nuevo—. Me explicaré, si sumamos el «1» más el «2» más el «3» obtenemos el «6» que es un número que tiene sus propios defensores y también unos detractores acérrimos. En cambio si también le sumamos el «4» el nuevo resultado obtenido es el «10» y si sumamos sus dos cifras, «1» más «0», volvemos a obtener el «1». Lo que equivale a decir, que hemos regresado de nuevo a la unidad fundamental.

—¡Qué difícil es todo esto para mí! —exteriorizó Elmore con un movimiento de cabeza.

—Me he quedado con un comentario que has realizado muy de pasada y sin profundizar mucho en él, Patrick —dijo Gina, mientras se levantaba de su asiento y se dirigía a preparar un poco más de café—. Has dicho que el «6» tiene sus detractores y eso ya lo sabemos todos con el famoso tema ese de la imperfección por no llegar a siete. Sin embargo, recuerdo que también has dicho que tiene sus propios defensores. ¿Podrías ampliar más ese comentario?

—Pitágoras lo consideraba el número perfecto. Él basaba su afirmación en que el «6» es el único número en el que la suma de los números que lo forman es igual a su producto. Quiero decir que «1» más «2» más «3» da el mismo resultado que «1» por «2» por «3». En ambos casos el número obtenido es «6».

—Eso no nos aclara mucho —dijo Carl—. Creo que esta reunión ha llegado a su techo. No vamos a sacar mucho más en claro aquí todos juntos. Yo propondría que cada uno de nosotros por separado, pensara sobre todo lo que se ha dicho aquí esta noche. Podríamos reunirnos de nuevo cuando Patrick haya regresado para volver a compartir nuestras impresiones, nuestras sensaciones y todo lo que se nos haya podido ocurrir en estos días.

—Estoy de acuerdo con Carl —dijo Elmore que tenía un baile en la cabeza que

no sabía si se debía a los números o al licor que se había tomado.

—Si todos estamos de acuerdo con Carl y con Glenn, damos por finalizada la reunión. Ahora debemos regresar por parejas igual que hemos venido. No sé si estaré fuera unos cinco o más días. Llamaré a Glenn cuando regrese. La sugerencia de Carl es muy buena. Pensad en ello. Me atrevo a aconsejaros que toméis nota por escrito de todos los pensamientos que encontréis interesantes para discutirlo a mi vuelta. Si me necesitáis, contactad con Glenn. Él sabe cómo localizarme.

Capítulo 16

A Fowler le llovía el maná del cielo. Robert Sommersen, el biólogo y antropólogo que recientemente había sido nombrado Presidente de la «NWC», había aparecido muerto con otra aguja estriada en la nuca.

—A este paso voy a hacer colección de ellas —pensó para sí.

Por si esto fuera poco, acababa de ponerse en contacto con la persona que le había sugerido John Terry. Lo había hecho con el máximo sigilo y también había pedido mucha discreción. El resultado había sido más positivo de lo que podía haberse imaginado.

El encuentro iba a celebrarse esta noche a las siete y media en el parking de unos conocidos almacenes de juguetes. Un lugar muy concurrido pero terriblemente impersonal. Nadie se iba a fijar en ellos dos.

Hastings había regresado a la cueva. Su instinto así se lo había aconsejado desde hacía algunos días. Sabía que allí, en compañía de Gina, sería donde iba a encontrar el significado real del séptimo signo. Había descansado sólo cuatro horas pero se encontraba en perfectas condiciones.

—Te he preparado café y tostadas —le dijo Gina al ver que se levantaba frotándose los ojos.

—Eres una perfecta ama de casa.

—Voy a pasar por alto ese comentario machista. Haré como si no lo hubiera oído.

—Lo siento. Era sólo un cumplido. No quería enfervorizar tu vena feminista. Pido perdón por mi desliz. No volverá a suceder. Te lo prometo.

Ella no hizo caso al último comentario y levantó la foto del grafismo reclamando la atención.

—Quiero descifrar el séptimo símbolo. Me tiene comida la moral. Estoy obsesionada. Algo me dice que no tenemos mucho tiempo para hacerlo.

Hastings miró a las cuatro «w» en fila. Ese no era un símbolo como los demás. Cuando se sentó lo hizo justo al lado de Gina. Se pegó materialmente al cuerpo de ella. Gina se sorprendió pero no le dijo nada. Él sí.

—Quiero que tengamos el mismo ángulo de vista en todo momento. Quiero que nuestros ojos confluyan juntos en el mismo punto para sumar y multiplicar energías. Dime, ¿qué es lo primero que piensas cuando las miras?

—Ya te lo dije. A una serpiente.

—A una serpiente hecha trocitos, querrás decir —rectificó Hastings.

—Hay cuatro «w» y ayer dijiste que el cuatro es signo que denota y define lo material.

—Correcto.

—Entonces tenemos que encontrar un significado material a las seis espiritualidades que reflejan los seis símbolos restantes. ¿Crees que podríamos aplicar el concepto de material como un sinónimo de terrenal?

—Yo diría que sí.

—Pues hay algo que se nos escapa entre tanto número. Algo que tiene que ser muy obvio.

—Un momento —dijo Hastings—. ¡Es cierto! ¡Ya está! No sé cómo no lo he pensado antes.

—Dímelo. No me tortures más —dijo Gina.

—¿Te acuerdas que te conté que algunos pretendían relacionar a Nerón con el número de la bestia porque el valor de la letras de su nombre en hebreo era «666»?

—Sí. ¿Y?

—El valor que le corresponde a la letra «w» según el alfabeto hebreo es el «6».

—Ahora tenemos cuatro «seises». Si fueran sólo tres estaría más claro. ¿Te has dado cuenta de que estamos en el mismo punto tanto con las «w» como con los «6»? ¡Siempre nos sobra uno!

—Algo muy importante se nos está escapando. Algo estamos pasando por alto, Gina, porque está muy claro que tanto en un caso como en otro, son cuatro y no tres.

—¿Y si no hubiera que interpretarlo expresamente como «cuatro» sino como «tres más uno» o mejor dicho como «uno más tres»? No quiero ser pesada pero el número «1» y el número «3», son los dos números primos que forman el número «4».

—Eso le daría más valor a la vertiente numérica de los «6» que a la alfabética de las «w» —aceptó Hastings—. Ahora podríamos estar hablando de «6» veces «666».

—¡Qué horror! Si ya me asusté cuando lo obtuve una sola vez, imagínate ahora como me siento. ¡Seis veces el número del innumerable!

—Sin embargo, eso nos lleva de lleno a los seis signos que ya teníamos identificados.

—¿Crees que el primer «6» se refiere a ellos?

—De eso no hay duda. Ya has podido ver que todos los anillos circulares anteriores del grafismo han comenzado por uno de los símbolos y al final han regresado a él.

—¿Cabe entonces suponer que en este cuarto anillo, si este es el símbolo principal, el significado de los cuatro números «6» será doble?

—Sí. Sin duda —confirmó Hastings.

—Siempre es un consuelo saber que todavía estamos lejos.

—¿Por qué dices eso?

—Es el doble sentimiento del corredor de fondo. Sobre todo del corredor de la Maratón. Su instinto primario le incita a correr para lograr su objetivo aunque conoce

perfectamente que cuanto más se acerca a la meta, menos disfrute le queda. Cuando termine la carrera, sea en el puesto que sea, sabe que a partir de aquel momento empieza la preparación para la próxima y todo su esfuerzo se centrará extrañamente, en intentar reducir el tiempo real del disfrute verdadero. Es todo un enigma digno de estudio, ¿no crees, Patrick?

—Bueno, no está mal pensado. Bien mirado, esa es al menos una explicación que firmarían todos los corredores que no ganan la carrera. Pero nuestro caso es otro, Gina. Nosotros tenemos que ganar. Ahora que ya lo hemos descifrado, nos falta todavía poder saber interpretarlo. Tan sólo acabamos de empezar.

—Pues no vamos a desfallecer. ¿Qué otros significados tiene el «666» que no sea el del conocido número maldito que anuncia el Apocalipsis en su capítulo «13», versículo «17»?

—He aquí otra vez a dos de nuestros queridos números primos. ¿Te has fijado que aparecen una y otra vez? Siempre están ahí, en todos y en cada uno de los conceptos que desciframos.

—Es realmente intrigante —aceptó Gina—. Nunca me lo habría podido llegar a imaginar.

—Eso nos indica que estamos en el buen camino —afirmó Hastings para dar confianza a Gina—. La verdad es que el número '666' ha sido objeto de muchos estudios. De todos ellos se han ido entresacando conclusiones y como siempre sucede en estos casos, unas son más afortunadas que otras.

—Y también me imagino que algunas habrán sido muy forzadas para obtener lo que se estaba buscando.

—Efectivamente. Un ejemplo muy claro de lo que insinúas y a imagen y semejanza de lo que ya sucedió con Nerón, ha sido un intento reciente de otorgar el valor de «100» a la letra «A», el de «101» a la letra «B», «102» a la «C» y así sucesivamente.

Pues bien con los valores establecidos de esta forma se obtiene que el valor de la suma de las letras de «HITLER» es «666».

—Otra bestia —dijo Gina.

—Dime ahora los seis primeros números romanos que conozcas de menor a mayor.

—La «I» con valor de «1», la «V» con valor de «5», la «X» que vale «10», después viene la «L» como «50», la «C» como «100» y finalmente la «D» cuyo valor es «500». ¿Correcto?

—Muy bien. Ahora forma un número con esos seis dígitos romanos ordenados de mayor a menor.

—Vamos a ver. El número sería el «DCLXVI» —dijo Gina escribiéndolo en un papel.

—Quieres calcularme cuál es su valor.

—El «666» de nuevo —volvió a decir Gina.

—A título de curiosidad, te explicaré que hace siglos en los países anglosajones, se realizaba un juego que se llamaba «Cronograma» y que consistía en medir el valor de las palabras o de las frases, sumando el valor de las letras que tenían un significado en cifras romanas y colocándolas todas por orden de mayor a menor. Un ejemplo muy manido en aquella época de supersticiones era la frase «EXPECT THE DEVIL», que podríamos traducir por ‘Espera al Diablo’ o quizás también por ‘Piensa en el Diablo’. Estoy seguro que ya te habrás dado cuenta que las letras romanas ordenadas por su valor decreciente son «DCLXVI», las mismas que tú habías formado y escrito antes y que su valor es otra vez, «666».

—¿Quieres conocer más curiosidades?

—Por supuesto que sí.

—¿Has jugado alguna vez a la ruleta?

—Sí, una vez en un casino de Las Vegas.

—¿Recuerdas cuáles son los números de la ruleta?

—Pues creo que van del «0» al «32».

—No es correcto. Los números de la ruleta van del «0» al «36».

—¿Y?

—¿Te imaginas cuál es el valor de la suma de todos ellos?

—¡No me digas que es «666»!

—Pues va a ser que sí —respondió Hastings—. ¿Quieres más?

—Claro que sí. No dejo de sorprenderme.

—En el código de barras de cualquier producto que hay hoy en día en el mercado, está el «666». Ese hecho tiende a confirmar para muchos, aquella predicción de San Juan en el Apocalipsis de la que hablabas antes.

—Aquella de que «nadie pudiera comprar ni vender, sino el que tuviera la marca, el nombre o el número de la bestia» —dijo Gina muy pensativa.

—Esa misma.

—¿Tú lo crees?

—Mi opinión no es muy importante. Sin embargo, es una realidad que en todos los códigos de barra comerciales existe una doble barra al inicio, otra en medio y una tercera al final. Estas tres barras dobles son más largas y tienen el valor del número «6». Lo que significa que en todos esos códigos, está en cierta forma, la predicción apocalíptica de Juan.

—Explícame más. Yo voy tomando notas. Estoy segura que de todo eso saldrá finalmente la luz que nos permitirá dar el sentido correcto a ese séptimo símbolo.

—Ahora voy a por lo matemático —dijo Hastings.

—Me parece perfecto —asintió Gina disponiéndose a tomar notas en una nueva

hoja de papel.

—En base hexadecimal, su valor es «29A».

—¿Tengo que considerar otra casualidad que el «29» sea un número primo?

—Como prefieras —contestó Hastings—. Pero mejor es que no te olvides mucho de los números primos, porque la suma de los cuadrados de los siete primeros números primos, si de ellos exceptuamos al «1» por ser la unidad propiamente dicha y no un número primo puro, es de nuevo «666».

—¿Me estás diciendo que la suma de 2^2 más 3^2 más 5^2 más 7^2 más 11^2 más 13^2 más 17^2 , es igual «666»?

—Efectivamente.

—Pues esos son precisamente todos los números primos que nosotros, de una forma u otra, hemos encontrado en el grafismo. Esto no puede ser una casualidad, Patrick. Empiezo a ver que tienes razón y que estamos pisando sobre el camino correcto.

—¿Qué más me puedes añadir?

—El «666» tiene propiedades matemáticas que ya se escapan de un análisis normal. Son propiedades como número triangular y sobre algunas de sus potencias elevadas cuyo resultado da números enormemente grandes y que al final, todo vuelve a sumar «666». Ningún otro número entero que conozcamos tiene esas propiedades —explicó Patrick.

—Tiene que ser algo más terrenal. No puede ser que el resultado de todo sea una complicada ecuación matemática al alcance de unos pocos cerebros privilegiados —observó Gina.

—Como tú muy bien dijiste una vez, todas las monedas tienen una cara y una cruz. Hay una versión del número «666» que le relaciona con el Papa.

—Explicáte —dijo rápidamente Gina mientras tomaba notas de todo lo que se estaban diciendo.

—Es una interpretación similar al del Cronograma anglosajón pero en latín. El Papa es el Vicario de los hijos de Dios. El latín esto sería «VICARIVS FILII DEI». La suma de la letra «C», de las dos «V» y de las dos «I» de la primera de las tres palabras es, «112». La «L» y las tres «I» de la segunda, suman «53» y por último la tercera palabra con la «D» y la «I» llega a «501». Y al sumar «112» más «53» más «501», el resultado nos vuelve a dar «666». Puede que se refiera a eso.

—Pero no todas las religiones simbolizadas en el cuarto anillo tienen una estructura similar a la cristiana —objetó Gina.

—Pero sí que todas la tienen jerarquizada. El número «666», no tiene que asociarse forzosamente al equivalente exacto del Papa cristiano en las otras religiones. Creo que hemos dado con la primera de las dos interpretaciones del séptimo símbolo.

—¿Estás seguro?

—Pienso que sí. Creo que hemos hecho un trabajo encomiable y que hemos obtenido la primera de las recompensas. Ahora deberíamos ir a por la segunda —dijo Patrick Hastings.

—Primero explícame bien la deducción de tu primera interpretación. Quiero convencerme de ella.

—Las cuatro «w» son en realidad cuatro «6». O mejor dicho según tu correcta apreciación son un «6» y un «666». El primer «6» relaciona entre sí a todas las religiones del anillo y el «666» restante identifica al objetivo múltiple de cada una de ellas. Está claro que el plan pasa por atentar contra representantes y mandatarios de todas las religiones al mismo tiempo. Si esto llegara a producirse, se crearía un estado de clamor de venganza entre todas ellas. Los hechos de respuesta se producirían de forma automática y a un magnicidio le seguiría otro y luego otro. Se produciría una espiral de atrocidades que se multiplicarían de forma exponencial y sin ninguna posibilidad de vuelta atrás. El caos iba a ser tremendo.

—¿Te refieres a qué sería una especie de guerra de religiones que lo desestabilizaría todo a la vez?

—Exacto.

—¿Qué podemos hacer?

—Hasta que no descubramos cuando sucederá todo esto, no podemos hacer mucho.

—Esa es la segunda interpretación del séptimo símbolo, ¿no?

—Sí.

—Entonces volvamos al principio. Tenemos cuatro «w» o cuatro «6». ¿Qué prefieres? —preguntó Gina.

—Los números —contestó Patrick sin dudar—. En ellos está la respuesta que estamos buscando —añadió levantándose como un ciclón en busca de su cartera de documentos.

—¿Qué sucede? —preguntó ella extrañada por el movimiento repentino de Patrick.

—Creo que tengo algo.

—¿El qué?

—Espera un momento —contestó Hastings sacando la copia del informe del extraño suceso ocurrido en la gasolinera de Woodburn—. Aquí empezó todo —dijo mientras regresaba al lado de Gina.

—El día del inexplicable suceso de la gasolinera fue el 18 de febrero de 1994 —dijo Hastings al hojear el informe—. Este es el día que tenemos que considerar como día «1» —añadió.

—¿Y qué tenemos que buscar ahora? —preguntó ella.

—El día «6666» que corresponde a ese día «1».

—Esto va ser más laborioso —dijo Gina, poniéndose de inmediato a calcular el día pedido por Hastings.

Primero averiguó los días hasta terminar el primer año, el 1994 y luego le sumó los días de los años enteros teniendo en cuenta los que habían sido bisiestos hasta llegar al último 31 de diciembre, el del año pasado, el del 2011.

—El número de día que corresponde al 31 de diciembre de 2011, es el «6526». Eso nos lleva a considerar que el día «6666» se corresponderá con el día «140» de este año 2012 —dijo ella.

—Este año ha sido bisiesto —dijo Patrick—. Luego hay que contar los «31» días de enero, los «29» días de febrero, los «31» días de marzo y los «30» días de Abril. Esto nos da un total de «121». Por lo tanto, nos faltan sólo «19» días hasta llegar a los «140».

—Ya lo tenemos. El día clave es el 19 de Mayo de 2012 —dijo ella—. Este es el día elegido para atentar contra toda clase de cargos religiosos. Los objetivos serán cardenales, arzobispos, ayatollahs, ulemas, rabinos, chamanes y brahmanes o cualquier monje, imán o sacerdote que pueda ser representativo entre los fieles de cada religión. ¿Crees que hemos llegado a tiempo para evitar todo esto?

—Todavía nos faltan diez días para llegar a esa fecha —dijo Patrick Hastings—. Hemos vencido, Gina —añadió cerrando los ojos y los puños en una clara señal de triunfo.

—¿Te has dado cuenta de que el «19» es otro número primo y de que lo mismo ocurre con el mes de mayo que es el mes número «5» y que la suma de los dígitos del año 2012, vuelve a ser «5»? Todo continúa siendo un ramillete de números primos.

—No me había fijado pero ya que lo dices, creo que eso confirma que hemos resuelto el grafismo.

—El grafismo tiene una forma que me recuerda a las líneas de crecimiento que podríamos observar en un árbol si lo cortáramos por su tronco. Es como si en cada anillo estuviera reflejada la situación que se vivió en aquel momento. La más antigua en el centro y las demás en orden cronológico expandiéndose hacia el exterior. Aparte de todo lo que hemos tenido que sudar para poder descubrir su verdadero significado, tengo que reconocer que por sí solo es toda una metáfora que incita y mucho a la reflexión —manifestó Gina que todavía se encontraba envuelta por la extraña sensación de haber descifrado el enigma por completo.

—Es cierto todo lo que dices, Gina. Tanto en la forma como en el fondo responde todo a un mismo mensaje. El conjunto por sí mismo y luego cada anillo en particular forman parte de un mismo todo.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó ella.

—Ahora mismo cursaré órdenes precisas a Glenn para que el «FBI» ponga en

aviso a la «CIA». Ellos se cuidarán de hacer llegar el aviso al resto de Servicios de Inteligencia de todo el mundo. Ya sabes, la «KGB» rusa, el «MSS» chino, el «MOSSAD» Israelí, el «MI5» británico, sin olvidar también a los del resto de países incluidos los árabes, los asiáticos y los sudamericanos. Después lo harán con la «INTERPOL» y la «EUROPOL». Es posible que no podamos evitar algún daño colateral pero sí que lo habremos hecho con sus consecuencias principales. La «CIA» se encargará de todo. Como no podrá explicar de dónde procede la amenaza, se inventará algún grupo armado o se lo atribuirá a alguno de los ya conocidos sin mezclar valores religiosos. En eso son unos verdaderos artistas. Además aprovecharán la circunstancia para colgarse una medalla. De eso estoy seguro.

—¿Entonces todo ha terminado?

—Eso nunca se sabe pero así debería ser —contestó él mirando el reloj y comprobando que ya pasaban treinta minutos de las siete de la tarde.

Capítulo 17

A la misma hora y a unos escasos doscientos kilómetros de la cueva, un elegante coche deportivo azul aparcaba en la plaza que le habían indicado, justo al lado de un sedán de color negro. Una mujer bajó del coche deportivo y entró por la portezuela del copiloto en el amplio sedán.

—Estoy muy satisfecho de que haya podido venir doctora Farrell.

—Quiero advertirle inspector Fowler que no pienso esconder nada de lo que hablemos aquí a mi jefe el inspector Glenn Elmore.

Fowler la miró como aquel que mira a un gorrión que está presuroso por alzar el vuelo. Estuvo a punto de contestarle que ya sabía que no le escondía nada de nada a Elmore, pero se retuvo. Su táctica requería sutileza.

—No hay objeción por mi parte —aceptó—. La he llamado porque creo que es usted la parte más inteligente de todo su equipo. Mire doctora, tengo en mis manos un informe que relaciona a su compañero Hastings con una mujer joven en un secuestro.

Diana no movió ni un párpado y siguió guardando silencio. Fowler continuó hablando.

—Me gustaría conocer su opinión. ¿Cree usted que Hastings...?

Diana le cortó la frase.

—No voy a facilitarle ninguna información sobre ningún miembro del «FBI», ¿me entiende?

—No me ha dejado usted terminar la frase —dijo con dulzura pero mordiéndose los labios por dentro—. Mi pregunta se refiere a alguien que no es del «FBI». Mi pregunta iba dirigida a si tiene usted constancia de que Hastings conociera a Gina de mucho antes.

—No tengo ninguna constancia.

—¿Y cuál es su impresión? Usted les ha visto juntos, ¿verdad? Eso se nota, doctora. Un comentario, una frase o una mirada pueden delatar lo que le estoy preguntando. ¿Ha apreciado usted algo que pudiera confirmar un conocimiento mutuo anterior a los hechos que ahora tenemos entre manos?

Diana dudó antes de contestar pero al final lo hizo.

—Sí, yo creo que sí. Una vez me intentaron meter a mí también en el cuento de que les recordaba a alguien para disimular lo que parecía obvio a los ojos de cualquiera.

—¿Algún detalle más?

—Ella siempre le defiende como si tuviera un derecho sobre él. Está mucho más pendiente de él que del resto. Eso es una evidencia como la copa de un pino.

Fowler se sentía satisfecho. Nada era mejor que una mujer para sacarle las entrañas a otra. Con suma calma preparó el ataque final.

—Doctora Farrell, mi deber me empuja a ser honesto con usted. Sé que usted conoce el paradero actual de Gina Hartford y yo tengo que detenerla por al menos cinco asesinatos. Ayúdeme a realizar mi trabajo y les prometo que seré generoso con la Agencia Federal. Si Hastings resulta estar también implicado como yo supongo, dejaré que sean ustedes los que se ocupen de él. ¿Qué le parece?

—No voy a hacer nada a espaldas de Elmore —contestó ella.

—Pues lléveme adonde esté Elmore. No quiero tener una guerra entre nosotros. Gina Hartford es una asesina que no tiene nada que ver con el «FBI». Ustedes no van a salir perjudicados. Se lo aseguro.

Al ver que Diana seguía dudando, Fowler exprimió el último de sus cartuchos.

—Diana, no me aboquen ustedes a tener que tomar la decisión que estoy intentando evitar. No me gustaría tener que hacerlo.

—Vamos a ver a Elmore —dijo ella sucumbiendo a la presión de Fowler.

Cuando Diana entró en el despacho de Glenn, le vio y le notó inusualmente feliz y contento.

—Tengo que decirte algo —dijo él—. Acabo de hablar con Hastings y ya he hecho todo lo que él me ha pedido. ¡Es fantástico! Todo ha...

Glenn cortó la frase al ver entrar a Fowler detrás de Diana. ¿Qué hacía ella junto a ese instigador de malas artes?

—Tenemos que hablar, Glenn. El asunto es muy feo y el inspector Fowler ha pedido mi colaboración y la de todo el «FBI». No me he podido negar.

—¿Qué es lo que quiere, Fowler?

—Conocer el paradero de Gina Hartford y el de Hastings.

—Eso no es posible. Hastings es un miembro aforado en el «FBI». Además y aunque no me crea, no conozco su paradero actual. Va a estar fuera unos días.

—¿Y el de Gina Hartford?

—Ella es un testigo protegido.

—¿Testigo? No, Elmore, no se equivoque usted. Gina Hartford es una asesina y una cómplice de secuestro. Además quien la tiene escondida y la protege es su compañero de fechorías. Tengo pruebas suficientes para detenerla y lo voy a hacer. Si ustedes conocen su paradero deben decírmelo. Es su obligación. Además, les dejo a Hastings para que ustedes actúen como prefieran. Ya le he dicho a la doctora Farrell que yo no me voy a meter en eso.

—Déjeme que hable primero con Patrick —dijo Glenn cogiendo su móvil.

—Ni hablar —intervino rápidamente Fowler—. No cometa ese error, Elmore. No puede usted poner en alerta a un sospechoso. Si lo hace no podré después cumplir con lo que les he prometido. No me gustaría que usted quedara de alguna forma manchado por el caso. Me vería obligado a reflejar este acto en mi informe y no

quiero hacerlo. ¿No se da usted cuenta de que esa excusa de estar ausente por unos días sin comunicar su paradero, puede significar su huida y también la de su cómplice? ¿Puede usted asegurarme que lo que le estoy diciendo no es la pura verdad? ¿Asume usted toda la responsabilidad si en estos momentos están huyendo los dos juntos?

Glenn Elmore estaba sumido en un mar de dudas. La razón estaba aparentemente de parte de Fowler. Tenía a Diana frente a él exigiéndole que tomara una postura porque ella ya lo había hecho. Había confiado mucho en Hastings y seguía confiando en él, pero no podía interponerse entre el mundo y las evidencias. Por otra parte, él no le podía ofrecer a Fowler una explicación clara de todo lo que había sucedido porque la realidad distaba mucho de serlo. Apretó los dientes y encogió el corazón cuando dijo.

—Vamos, yo le guiaré hasta al escondite de Gina Hartford.

La resolución del grafismo había influido en Patrick y en Gina. La relajación había producido efectos balsámicos en ellos y los dos se habían apercebido de ello.

La satisfacción de la victoria se mezclaba con la sensación de tristeza por la inminente separación de ambos, una vez que ya se había resuelto todo.

—Estás muy pensativa —dijo él.

—Tú también.

—¿En qué piensas?

—Pensaba en si volveremos otra vez a encontrarnos. El comentario de Gina hizo volar la mente de Patrick. La miró y le tomó las manos entre las suyas. Sintió como ella se estremecía. Su corazón comenzó a latir a mil por hora. Vio cómo el rostro de ella se acercaba al suyo hasta que sus labios se unieron a los de él. Tardaron varios minutos en separarse. De hecho podrían haber continuado así durante siglos, pero la alarma de detección de intrusos comenzó a emitir un pitido insistente.

—Alguien se acerca —dijo Patrick levantándose y dirigiéndose hacia el ordenador.

—¿Quién es? —preguntó ella.

—El ordenador ha detectado tres personas. Una es Glenn, la segunda es Diana y la tercera —Patrick quedó pensativo por unos instantes, hasta que dijo—. Tenemos problemas, Gina, el tercer identificado es un policía de Seattle. Ayer mismo introduje sus datos en el ordenador mientras tú entretenías a Carl en el laboratorio.

—¿Te imaginabas que pudiera venir?

—Francamente, he de reconocer que no. Sin embargo, está aquí y eso demuestra que a veces, todas las precauciones son pocas.

—¿Qué querrán a esta hora? ¡Es más de media noche!

—Por lo pronto, ellos no saben que yo estoy aquí —dijo Hastings muy

preocupado.

—Es verdad, menuda sorpresita se va a llevar el caballito saltarín.

—No bromees Gina. Esto es serio. Si han decidido venir es que vienen a por ti.

—¿A por mí?

—Ese inspector de Seattle es capaz de inventarse cualquier excusa para ello y lo que todavía es peor, es que creo que también tiene mucha facilidad para fabricarse él mismo las pruebas, si es que no las encuentra.

—¿Crees que Diana nos haya podido traicionar?

—Los caballos a veces se comportan de manera impredecible y me temo que ha realizado una maniobra de salto que la ha llevado al cuadro equivocado.

—Están a punto llegar. Estoy asustada. No me esperaba todo esto ahora que todo parecía estar solucionado. No sé qué tengo que hacer.

—No temas. Me voy a quedar a tu lado. No tenemos nada que ocultar —dijo él mientras accionaba el mando de apertura de la estancia.

Elmore entró en primer lugar. Inmediatamente detrás con unos ojos como platos lo hizo Fowler y en último lugar, un tanto rezagada, entró Diana con gafas oscuras.

—¡Se lo dije, Elmore! —exclamó Fowler al ver a Gina y a Patrick juntos.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó Elmore.

—He estado resolviendo el enigma con la colaboración de Gina. Durante la noche de ayer me convencí de que ella era el único camino para lograrlo.

—Pero a mí ya me habías adelantado antes de la reunión de ayer noche que te ibas a marchar por unos días. Eso significa que ya lo tenías preparado de antemano.

—Entraba dentro de las posibilidades. Era una más de ellas a tener en cuenta —contestó Hastings.

—Déjense de monsergas y vayamos al grano —dijo Fowler dando un par de pasos al frente en dirección a Gina—. Yo he venido a detener a Gina Hartford por cinco asesinatos y un secuestro.

—No diga tonterías —contestó Patrick interponiéndose en el camino de Fowler.

—¡Apártese! —gritó Fowler a Patrick.

—Oiga Fowler —intentó decir pausadamente Hastings para dialogar con él.

—Apártenlo ustedes o no habrá trato —gritó de nuevo Fowler en dirección a Elmore y a Diana.

—¿Trato? —gritó Hastings en voz alta—. ¿Habéis hecho un trato con él? ¿Qué clase de trato?

—Yo me quedo con la asesina y ellos disponen de usted para lo que crean conveniente.

—Glenn —dijo Hastings mirando a Elmore pero sin apartarse del camino entre Fowler y Gina—. Tienes que intervenir. No puedes dejar que este lobo hambriento de sangre actúe solo y por su cuenta. Seguro que no ha comprobado nada y que sus

acusaciones son sólo un producto de su mente enfermiza.

—Apártelo de mi camino, Elmore —volvió a gritar el inspector de Seattle.

—¿Un secuestro? —siguió preguntando Hastings—. ¿De qué y de cuándo está hablando?

—De abril de 2001. De cuando usted, que es muy listillo, adivinó el paradero del muchacho perdido. Ustedes dos lo habían secuestrado y cuando la familia pagó, montaron el show de la cueva. Ella permaneció todo el tiempo vigilando al rehén. No me negará que son ustedes unos expertos en cuevas. Sólo hay que ver donde estamos.

—En abril de 2001, yo estaba interna en la «High School» de Chicago preparándome para los exámenes finales. Hay cientos de testigos que se lo podrán corroborar. Desde catedráticos a compañeros de estudio. Y desde compañeras de habitación hasta profesores pasando por todos los empleados del centro docente. Eso que usted dice es una completa falsedad se mire por donde se mire —sentenció Gina.

—Todo eso ya tendrá usted tiempo de probarlo cuando esté entre rejas, monina —dijo Fowler avanzando un paso más hacia ella y sacando las esposas para detenerla.

—¡Corrobórelo primero! —gritó Hastings interponiéndose de nuevo en el camino de Fowler.

—¡Apártenlo de mi camino! —repitió Fowler gritando.

—Corrobore primero lo que le ha dicho la doctora Hartford. Aquí tiene un teléfono. Puede llamar adónde quiera.

—¡Apártenlo de mi camino o lo haré yo mismo! —volvió a gritar el hombretón de la policía de Seattle.

—No sea usted terco. Compruebe primero la información que acaba de recibir. ¡Contrástela!

—¿Terco? ¿Me ha llamado terco? Está usted interfiriendo en una labor policial. ¡Apártese! —chilló de nuevo Fowler.

—No pienso hacerlo hasta que usted compruebe lo que se le ha dicho —contestó Hastings.

Un fuerte empujón apartó por unos segundos a Patrick de Fowler pero sólo fue por un par de segundos porque Hastings se interpuso de nuevo antes de que el inspector llegara a la altura de Gina. Se produjo un forcejeo y la cueva se estremeció por el ruido de dos disparos.

Patrick se llevó las manos a su abdomen. Entre sus dedos comenzaba a manar la sangre. Cayó al suelo.

—Llama rápido a una ambulancia, Diana. Queda usted detenido, Fowler. Ha disparado usted contra un policía federal que no iba armado. Le voy a acusar de falsear pruebas y de engañar al «FBI». Aunque todo eso va a ser una minucia si Patrick no logra salir de esta.

Diana se acercó a Hastings que estaba en los brazos de Gina. En silencio le

comprobó el alcance de las heridas. Se levantó y se dirigió a Elmore que ya tenía maniatado a Fowler.

—La ambulancia no va a llegar a tiempo, Glenn.

—Ya me lo suponía. Él ya me lo advirtió cuando todo comenzó. Me dijo que a mí no me podría proteger. Y yo sólo no me he sabido proteger a mí mismo ni de mí mismo. Me he dejado convencer y le he fallado en el momento decisivo cuando ya todo estaba solucionado. Le he fallado —repitió Elmore.

—Dejadme a solas con él —dijo Gina con los ojos llenos de lágrimas.

—De acuerdo —aceptó Elmore llevándose a Diana y a Fowler hacia el exterior de la cueva.

—Te pondrás bien —le dijo ella.

—Sabes que no es así —dijo él, al mismo tiempo que sufría una fuerte convulsión.

Sus manos se agarraron a las de Gina.

—No puedo verte —dijo él cuando se calmó.

—No necesitas hacerlo —le contestó ella—. Sabes que estoy aquí.

—Esta noche está llena de estrellas nacientes —dijo él.

—Noche de estrellas, noche de promesas —le susurró ella al oído mientras le acariciaba la frente.

—Quiero que me hagáis una promesa, mi reina.

—Decidme todo lo que os tengo que prometer, Sinetmosé. Pedidme todo lo que queráis y deseáis —le susurró ella procurando contener el llanto.

—Cumplid con vuestra misión. De esta forma podremos volver a estar juntos algún día.

—Lo haré, mi querido Sinetmosé —le contestó ella.

—¿Estáis satisfecha?

—Todo ha resultado mucho más difícil de lo que me esperaba. ¿Y vos lo estáis?

—Sí. No podría haber imaginado otra forma más dulce de morir. ¿Cumpliréis con vuestra promesa?

—Yo también cumplo siempre con mis promesas —dijo ella mientras contemplaba como una leve sonrisa en el rostro de Hastings ponía el punto y final a la vida terrenal de un dios.

Con los ojos bañados en lágrimas le acomodó entre cuatro almohadones. Después le besó en los labios y salió al exterior de la cueva. Con un movimiento de cabeza contestó afirmativamente a la callada pregunta de Elmore. Pasó por el lado de Diana y de Fowler sin mirarles.

La mirada de Gina se dirigió al cielo. No sabía dónde estaba pero la encontró al instante.

—Allí está. Esa es. Su brillo es especial —dijo señalando con el dedo a la

constelación de *Ofiuco*.

Capítulo 18

—Bienvenido —le dijo *UtlerZ*.

—Gracias, Maestro —contestó él.

—Has sabido resolver tu misión con brillantez.

—La ayuda de ella me ha sido muy importante.

—Esa era una más de las pruebas de la misión. Tenías que encontrarla y salvarla en el momento oportuno.

—Lo que más me costó fue darme cuenta de que *MerakB* había abducido a Fowler. En ese momento supe que se terminaba la misión y que yo iba a vencer. ¿Qué pasará ahora con él?

—La partida ha terminado y cada pieza tiene que continuar en el tablero hasta la próxima partida.

—¿Significa eso que deberá terminar su existencia actual en el cuerpo de Fowler?

—Exactamente.

—¿Y ella?

—A ella le quedan todavía algunas misiones que cumplir antes de que encuentre su propia prueba final. Pero de eso ya hablaremos luego. Primero tengo que felicitarte por la jugada maestra que hiciste cuando tú mismo colocaste la nota que te incriminaba en el bolsillo de Robertson. En ese momento supe que ibas a ganar. Era un señuelo demasiado importante para que *MerakB* pasara de él. Le pusiste un reclamo que al final no pudo dejar de morder.

—Supuse que eso le haría salir a la luz.

—Te adelantaste dos veces en el secuestro. Eso estuvo bien. Allí combinaste la investigación con una precisión exquisita de movimientos. Por cierto, supongo que ya sabes que Mullhouse mató a Dorothy cuando está se negó a complacerle como él deseaba. Era un perverso sexual. El viejo perdió la paciencia al no comprender que ella lo rechazara después de todo lo que se había gastado y la empujó. Ella cayó y se golpeó accidentalmente contra el canto de la mesa. Cuando él comprobó que estaba muerta se asustó y se marchó. Nosotros tuvimos que hacer el resto. Destrozamos el cuerpo de aquella pobre muchacha y le pusimos restos de ADN de aquel viejo para dejar una pista falsa. Acertaste al decidir que no tenías que seguir por ese camino.

—El Fowler original no era tan tonto, ¿eh?

—No. Ese hombre se dejaba guiar siempre por su instinto y algunas veces acertaba, pero en otras muchas no lo hacía.

—Por eso terminó mal.

—Tú, en cambio, supiste elegir bien a tus compañeros de viaje y utilizaste adecuadamente tus facultades para colarte como asesor en el «FBI». Eso te dio un marco de juego muy superior al de todos tus oponentes.

—Reconozco que sin pretenderlo, eso fue también un hecho muy determinante para el desenlace final.

—Bien *Asclepio*, ya sabes que has dejado de ser un dios menor y que te acabas de convertir en aquello para lo que realmente naciste. Tu formación ha terminado y ha desaparecido el adjetivo comparativo de tamaño que te acompañaba. Ya eres un dios al completo. A partir de ahora me relevarás en mis tareas. Yo ya estoy muy cansado. Procura proteger y guiar a nuestro pueblo. Ese pueblo que llegó como esclavo pero que todavía no ha aprendido a ser libre. Espero que el mensaje que les hemos enviado esta vez les sirva para reflexionar. Si no es así, pronto te quedarás sin trabajo porque ellos solos se destruirán. Reparte tareas y misiones entre los dioses menores y sus aspirantes. Procura ser imparcial. No te dejes llevar demasiado por sentimientos que no son propios de tu condición. ¿Aceptas mi proposición? ¿Quieres ser a partir de ahora el nuevo Maestro?

—Sí —contestó *Asclepio*—. Eso significa que en las misiones anteriores no fracasé —añadió sorprendido.

—Si hubieras fracasado en ellas nunca habrías llegado a la prueba final. En tus vidas anteriores supiste como no interferir en la voluntad de los dioses. Te limitaste a cumplir con lo que tenías encomendado. Protegiste a Nefertiti hasta su muerte. Ayudaste a Nerón a cumplir con lo que se le habían ordenado. Dulcificaste las muertes de Jacques de Molay y de su lugarteniente. Enseñaste y pusiste en aviso de lo que les esperaba a los pueblos amerindios. Nunca te arriesgaste más de lo necesario. Tus intervenciones fueron siempre satisfactorias.

—Me alegra conocerlo.

—Ya sabes, sin embargo, que nuestra misión es totalmente anónima y que nadie debe conocer quién eres realmente. Deberás por ello escoger un nombre de seis letras que empiece y termine en mayúsculas para que te llamen por él.

—De acuerdo, Maestro.

—¿Puedo entonces conocer ya el nombre de mi sucesor? ¿Puedo saber cuál va a ser el nombre que a partir de ahora sustituirá al de *UtlérZ*?

—Sí, Maestro.

—En ese caso ya puedes realizar tu juramento.

Asclepio se puso en pie y colocó su mano derecha sobre su constelación. Las estrellas de la constelación de *Ofiuco* adquirieron el brillo especial que ella pudo ver desde la entrada de la cueva a pesar de que las lágrimas inundaban sus ojos. Gina no le pudo oír, pero él con una voz serena, profunda y grave realizó lo que el Maestro saliente acababa de pedirle.

—Yo, el dios *Asclepio*, prometo que desde este mismo instante desempeñaré mi misión con toda honestidad y justicia bajo el nombre de *KukulK*.

Epílogo

Esta novela es una historia de ficción nacida del recuerdo de un paraje incomparable que tuve la fortuna de visitar en 1995.

Pocas millas al norte de San Francisco, en una larga garganta que sigue perfectamente la forma de la costa oeste de los Estados Unidos en su particular comunión con el Océano Pacífico, se encuentra el incomparable Parque Nacional de *Muir Woods*.

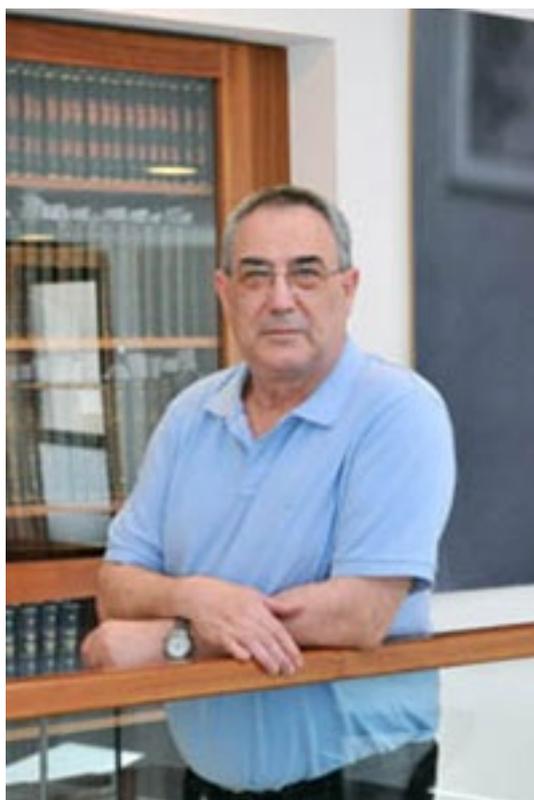
Poder pasear por los largos senderos del parque que van discurriendo entre cientos de majestuosas secuoyas milenarias fue una experiencia extraordinaria e inolvidable para mí.

Muir Woods, por su impresionante grandeza, está considerado y reconocido como un Monumento Nacional en los EE. UU. Es también, uno de los contados lugares de privilegio que existen en nuestro planeta que permite que nos demos cuenta de la inmensa grandeza que posee la naturaleza que nos rodea y de la cual tenemos la fortuna de formar parte.

En *Muir Woods*, las alturas de las secuoyas milenarias rozan los cien metros y llegan a tener también diámetros de tronco que superan ampliamente los cuatro metros.

Espero y deseo que *La génesis de los dioses menores* sea un pequeño homenaje que sirva para descubrir ese marco natural de increíble belleza a los lectores.

Francisco Zaragoza Esbrí.



Francisco Zaragoza Esbrí (Barcelona-1948) es Ingeniero Técnico Industrial Químico y se dedica al análisis y desarrollo de software específico para el Control de Procesos Productivos.

Absorbido por el mundo de las «ciencias» durante el día, siente la necesidad de comenzar a bucear en las marismas de las «letras» durante las noches. Comienza a escribir su primera novela, *El otro foco de la hipérbola*, en 1997. Su segunda obra, *Un futuro en el pasado*, estuvo seleccionada entre las 10 novelas finalistas del Premio Planeta de 2004.

El «placer de escribir» se transforma, poco a poco, en una auténtica «pasión por novelar». Su carácter emprendedor y entusiasta es capaz de ofrecernos una literatura de ricos y variados contenidos, como lo demuestran sus siete novelas ya publicadas hasta la fecha:

- *Un futuro en el pasado ...* (noviembre 2006)
- *Reencuentro ...* (noviembre 2007)
- *El murmullo de las aguas bravas ...* (noviembre 2008)
- *La génesis de los dioses menores ...* (mayo 2009)
- *El otro foco de la hipérbola ...* (marzo 2010)
- *La leyenda de las calaveras de cristal ...* (septiembre 2010)
- *El quinto espejo ...* (febrero 2012)

próxima publicación prevista:

- *El arcoíris se oculta en Sevilla ...* (marzo 2014)